SEPTENARIO DOLOROSO DE MARIA SS.ma

CON UN SERMON (AL FIN) DE GRACIAS POR EL HALLAZGO DE LA IMAGEN

DE N. S.ra DE LA ASUMPCION.

SU AUTOR

EL M. R. P. Fr. ANTONIO ANDRES,

Letor de Sagrada Teologia, Escritor pùblico de su Orden, Regente de Estudios, Calificador del Santo Oficio, y Custodio actual de su Provincia de Descalzos.

CON LICENCIA DEL REAL CONSEJO.

En Valencia: Por Benito Monfort. Año 1785.

AMOROSISIMA, Y DOLOROSISIMA

VIRGEN MARIA.

SEÑORA.

PAtente os es mi ternisima compasion de vuestras penas, y el deseo que siempre me ha asistido de hacer servir mis pocas luces, y cortos talentos para ganar parciales de vuestros Dolores. Yo me dolia dentro de mí mismo, atribuyendo la avaricia de lagrimas quando se

pre-

predicaba de vuestras amarguras, al estilo frio, y desmayado con que se trataba el obgeto mas capaz de enternecer qualquiera corazon. He oido unos Sermones de vuestros dolores (y á veces à Oradores bastantemente sabios, y piadosos) tan desmayados, y tan tibios, que lejos de comoverse el auditorio, parecia asistir á una oracion Academica. Deciame à mí mismo (maravillado de no sentirme comovido oyendo hablar de los Dolores de Maria) esta sequedad en el auditorio, esta esterilidad de ojos, esta falta de suspiros, esta suspension de afectos, este entredicho de lagrimas, esta serenidad tan tranquila de los oyentes, no puede proceder ciertamente sino de que el Orador no trata como debe de los Dolores de Maria. Sus discursos insulsos, y sin arte, su narrativa interrumpida frequentemente de alusiones peregrinas, y de versiones fuera del caso, su cuidado en medir los periodos para que tengan su poco de cadencia, su falta en teger un razonamiento natural, puro, seguido, devoto, tierno, y compasivo, es seguramente la causa de que los oyentes asistan al Septenario de los Dolores

con

con la misma serenidad, que si asistieran al Panegirico de un Santo. Comunicaba con algunos esta falta, sospechando si mi amor propio, ó mi ignorancia me hacian desagradables los Sermones, representandome en ellos los vicios, que por ventura no tendrian otro sér, que el que les daba mi altiva presumpcion, y mis ideas imaginarias, y caprichosas. Mas los Oradores á quienes yo comunicaba mis sospechas, y mis juicios me confirmaban en èstos, asegurandome, que la falta de compuncion, y de ternura, que se experimentaba en los auditorios, nacia ciertamente de hacerse unos discursos de los Dolores languidos, y desabridos, y tan destituidos de eloquencia, como de uncion. Prevenido yo contra estas faltas procuraba evitarlas, cuidando hacer unos Sermones de Dolores, segun la idea que tenia trazada, para hacer impresiones en el espiritu de los oyentes. Quando llegaba á dar á luz estos partos en los Pulpitos, notaba (con gran consuelo mio) que el auditorio me estaba sumamente atento, que no se distraia á miradas curiosas, y preguntas impertinentes, que se mostraba facil á hacer

cer sensibles los afectos á que yo pretendia moverle, y destilando de sus ojos una lluvia de amorosas lagrimas; con la alternativa de ayes, y suspiros, me persuadia mudamente, que si yo no llenaba la obligacion de predicar como se debe de los Dolores, á lo menos no me desviaba tanto como otros muchos, de hacer un Panegirico doloroso, regulado con las justas medidas de la piedad, y de la eloquencia. Deseoso pues de llenar mis deseos, y de significar mis ideas sobre el metodo de predicar de Dolores, para que otros Oradores las llevasen á la perfeccion, que yo no puedo darles por mi insuficiencia, he publicado estas Oraciones, que ofrezco á Vos Reyna de los Martires, mas que con la pluma con el corazon, y con los ojos. Vos que con haver contribuido á tanta costa á nuestra salud, sois digna ciertamente de nuestro perpetuo reconocimiento, y compasion, mereceis con mas justicia el elogio, que dió Ozias Principe del Pueblo de Israel, á la valerosisima Judith. (1) *Benedicta es tu filia á Domino Deo excelso :: ut non recedat laus tua*

(1) Jud. 13.

tua de ore hominum :: pro quibus non pepercisti animæ tuæ propter angustias, & tribulationem generis tui, sed subvenisti ruinæ ante conspectum Dei nostri. Eternamente seais bendita, y alabada de los hombres, por quienes hicisteis oficios tan piadosos, como costosos, martirizando tu propia alma para contribuir con tu pasion á su libertad. Seais siempre Señora el sugeto de las alabanzas de los hombres, de su ternisimo amor, y de su perpetua compasion. Por lo que á mí toca, bien sabeis Vos la parcial devocion, y afecto con que venero vuestra dignidad, y me compadezco de vuestras penas. No pretendo en este libro, que quisiera aver escrito mas bien con lagrimas, que con tinta, daros una contraseña de mi afecto, sino hacerme merito con Vos, por los meritos de los demás, excitando en ellos los mas poderosos motivos de compasion á vuestras penas. Deseando tan ardientemente como deseo servir de algun lenitivo á vuestros Dolores, tengo la satisfacion, y el consuelo de cumplir de alguna manera mis deberes exortando à todos, como lo hago, à concebir los mas tiernos afec-

tos

tos de amor, y de compasion àzia Vos. No atendais Señora, para daros por obligada de mi afecto, à las expresiones de mi pluma, ni aun de mi lengua. Mi corazon es mas fecundo, que mis labios, y él es quien os habla con la muda eloquencia de los ojos. Pagaos, dulce Madre mia, de la compasion con que miro vuestras penas, y del cuidado que he puesto en procuraros parciales de vuestros Dolores. Quando llegue aquella hora tan temida de deber entrar yo como los demàs en el camino de toda carne, pagandole á la muerte su tributo, acordaos piadosisima Señora deste hijo indigno vuestro, que apoya la esperanza de su salvacion, despues de la sangre de Jesus, sobre el capital de vuestra clemencia: *Quando corpus morietur* (repito para entonces deshecho en lagrimas de ternura) *fac ut animæ donetur Paradisi gloria*. Me conozco Señora tan reo, que es bien menester tener la idea, que yo tengo del genio piadosisimo de vuestras entrañas, para no desconfiar de mi salvacion. Triste de mí sino hallára asilo en vuestra piedad. Moveos Señora, no de mi merito, sino del temperamento dulce de vuestro

co-

corazon, à hacer conmigo un milagro de vuestra clemencia. Si mi deseo de exortar à todos à tomar parte en vuestras amarguras os es accepto, remuneradmelo inclinando vuestras amorosas pupilas sobre mi Obra, y sobre su Autor. Siento Señora, que como he escrito estos caracteres, y estos apices, socorrido muchas veces de la tinta de mis ojos, no haya contribuido igualmente el corazon con su sangre. Recibid no obstante mi afecto, y admitid bajo vuestra proteccion, no solo mi Obra, sino à mi mismo, y à quantos se sirvan de mis Sermones, para fecundarse à si, y fecundar à los otros, de los sentimientos mas devotos, y compasivos. Asi lo espera de vuestra piedad el mas humilde esclavo vuestro, que adora rendido vuestras plantas.

Fr. Antonio Andrés.

APROBACION DEL Dr. D. JOACHIN GIBERTò, Catedratico que fue de Filosofia, y Dr. Teologo en la Universidad de Valencia, Examinador Sinodal de su Arzobispado, y Canonigo Lectoral de la Santa Metropolitana Iglesia de Valencia.

POr comision del M. I. Sr. D. Santiago de Miranda, Provisor, y Vicario General del Arzobispado de Valencia, he leido este Tomo de Sermones de Dolores de Maria Santisima, con uno de gracias por el hallazgo de la Imagen de N. Sra. de la Asumpcion, compuesto por el M.R. P. Letor Fr. Antonio Andres, Religioso Descalzo del Serafico P. S. Francisco de Asis, y no encuentro cosa alguna que sea contraria á la Fé, y buenas costumbres, antes bien respiran singular piedad, y afecto á Maria Santisima, por lo que juzgo se le puede conceder la licencia para imprimirse. Asi lo siento, Valencia, y Noviembre 11. de 1767.

Dr. D. Joachin Gibertò,
Canonigo Lectoral.

Jhs. Imprimatur,
Miranda, Vic. Gen.

APRO-

APROBACION DE NUESTROS HERMAnos Fr. Antonio de Jesus, Letor Theologo, y Guardian de San Juan de la Ribera, y Fr. Joseph Sanz, Letor de Sagrada Theologia, y Difinidor actual de la Provincia de San Juan Bautista de Valencia.

CUmpliendo el precepto de nuestro Revmo. P. Fr. Pedro Juan de Molina, Theologo de S. M. por la Real Junta de la Inmaculada Concepcion y segunda vez dignisimo Ministro General de toda la Orden de nuestro P. S. Francisco, hemos visto los siete Sermones de los Dolores, que sintió la Virgen en la Vida, Pasion, y Muerte de su amado Hijo, y nuestro Redentor Jesus, que nuestro hermano Fr. Antonio Andres, Letor de Sagrada Theologia, Regente de Estudios de este Convento de S. Juan de la Ribera de Valencia, y Escritor publico, ha escrito para dar á la estampa. Quando tuvimos el honor de leer, por mandado tambien de V. Rma. los Sermones de su Quaresma entera, nos pareció que no se podia ya esperar, ni desear mas, asi en el genero demostrativo, como deliberativo. Y á la verdad el que huviese leido los dos Tomos de Sermones Panegiricos, que este Autor dió á luz en estos años pasados; y despues leyese la Quaresma, que se acaba de estampar, no podrá menos de confesar ser cada Oracion un perfecto modelo para los Oradores Evangelicos, un plato sazonado para los Christianos eruditos, y un estimulo poderoso para los fieles todos, que les excita á abrazar la virtud, y á aborrecer el vicio. Sin embargo aora vemos (no sin admiracion) que este Autor, á quien la Divina Providencia ha dotado de tan bello ingenio, y á quien sus estudiosas tareas han enriquecido con tan preciosas noticias, no ha agotado sus caudales; antes bien se muestra un Dotor (segun decia nuestro Salvador) que havia de ser

el que enseñase en su Iglesia, para ser util á los fieles. (1) Esto es, semejante á un Padre prudente de Familias, que saca de sus tesoros cosas nuevas, y antiguas. Antiguos son los Dolores, que padeció la Virgen, y las heroicas virtudes, que en ellos practicó; pero nuevo, ó renovado el metodo de proponerlos, de mover á su compasion, y á la imitacion de sus virtudes.

Nos ocurrió al leer esta Obra, que podia decirsele á su Autor lo que el Arquitriclinio, ó Mayordomo al Esposo de las Bodas de Caná: (2) Todos los hombres prudentes sacan al principio del combite los vinos generosos, para que se conozca mejor su delicadeza; y si hay alguno inferior se sirve á lo ultimo, quando ya los combidados no hacen tan facilmente la diferencia. En vuestra casa veo mudado este orden, pues hasta aora haveis guardado buen vino. Y no como quiera buen vino, sino el mejor pudiera haverle dicho, porque lo era en verdad aquel; como lo es tambien el que el Autor nos ofrece en su Septenario Doloroso. En este pretende, no solamente excitar á la compasion de la Virgen en sus siete principales Dolores, sino mover tambien á la imitacion de las heroicas virtudes, que en ellos practicó. Los que de esta suerte se compadecieren de tan Dolorosa Madre, y procuraren imitarla, podrán decir con verdad, que la aman, que son sus devotos, y sus hijos, y podrán tambien estar seguros de que son amados, y protegidos de tan Dolorosa Madre, y conseguirán quanto dignamente le pidieren, como nos lo aseguran sus dos enamorados hijos, y Marianos Dotores San Bernardo (3), y San Buenaventura (4). Esta solida, y verdadera devocion es la que este Autor pretende ar-

(1) *Omnis Scriba doctus in regno Cœlorum similis est homini Patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova, & vetera.* Matth. 13 v. 52.

(2) *Architriclinus vocat sponsum, & dicit ei: Omnis homo primùm vinum bonum ponit, & cùm inebriati fuerint, tunc id quod deterius est; tu autem servasti bonum usque adhuc.* Joan. 2. v. 9. & 10.

(3) S. Bern. Serm. supra salve.

(4) S. Bonav. in stim. Divini amor. c. 7.

arraigar en los corazones, la que esperamos conseguirá en todos los que leyeren estos siete Sermones; pues son como otras tantas espadas de dos filos agudos, y encendidas, que al paso que penetran, inflaman para la compasion, atraen con fuerte, y suave violencia á la imitacion. Por esto, y no haver hallado en ellos cosa alguna contra las buenas costumbres, y Pragmaticas del Reyno, somos de sentir puede V. Rma. dar su licencia para la impresion. Asi lo sentimos *salvo semper, &c.* en este Convento de San Juan de la Ribera de Valencia en 12. de Agosto de 1767.

Fr. Antonio de Jesus. *Fr. Josef Sanz.*

LI-

LICENCIA DE LA ORDEN.

Fr. PEDRO JUAN DE MOLINA, LETOR DE Sagrada Theologia, Theologo de S. M. Catholica en la Real Junta por la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora, y segunda vez Ministro General de todo el Orden de Menores de N. P. San Francisco, y Siervo, &c.

POr el tenor de las presentes, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra bendicion, y licencia al P. Fr. Antonio Andres, Letor de Theologia, y Regente de Estudios en nuestro Convento de San Juan de la Ribera de la Ciudad de Valencia, y de la Provincia de San Juan Bautista de Menores Descalzos, para que pueda dar à la Prensa el Tomo de Dolores, que ha compuesto en quarto, atento á que haviendose visto, y examinado por Theologos de la Religion, nos aseguran no contener cosa alguna contra nuestra Santa Fé, y contra las buenas costumbres, y que es digno de darse á la luz publica. Y en todo lo demás se observarán los Decretos del Santo Concilio de Trento, *ac cætera de jure servanda.* Dadas en este nuestro Convento de N. P. S.Francisco de Madrid en 22. de Agosto de 1767.

Fr. Pedro Juan de Molina, Ministro General.

Por mandado de su P. Rma.
Fr. Joseph de San Pedro de Alcantara, Secretario General de la Orden.

LI-

LICENCIA DE LA PROVINCIA.

Fr. PASQUAL JOVER, LETOR DE SAGRADA Theologia, Ex Difinidor en esta Provincia de San Juan Bautista de Religiosos Menores Descalzos, de la Regular, y mas estrecha Observancia de N.P.S. Francisco, Ministro Provincial, y Siervo, &c.

POr las presentes, y por lo que á Nos toca, damos nuestra bendicion, y licencia á nuestro Hermano Fr. Antonio Andres, Letor de Sagrada Theologia, y Regente de Estudios en nuestro Convento de San Juan de la Ribera de Valencia, para que pueda imprimir un Tomo de Dolores de Maria Santisima; y juntamente el Sermon del hallazgo de la Virgen de la Asumpcion de San Juan de la Ribera de Valencia, Obra que él mismo ha escrito, atento á que haviendo sido examinada dicha Obra de orden nuestro por Religiosos doctos, y de nuestra satisfacion, nos aseguran, no solo no contener cosa alguna contra nuestra Santa Fé Catholica, y buenas costumbres, sino que saliendo á luz, se seguirá muchìsima utilidad para las almas. En fé de lo qual dimos las presentes en este nuestro Convento de San Juan de la Ribera de Valencia, firmadas de nuestra mano; selladas con el sello menor de nuestro Oficio, y refrendadas por nuestro Secretario en 28. de Marzo de 1768.

Fr. Pasqual Jover, Ministro Provincial.

Por mandado de N. carisimo Hermano, y P. Provincial.

Fr. Pasqual Sanchiz, y Borja, Secretario.

TA-

TABLA DE LOS SERMONES CONTENIDOS en este Tomo.

PRO-

PROLOGO AL LETOR.

AMigo: Si tienes alguna correspondencia con los Religiosos Descalzos de mi Santa Provincia de San Juan Bautista, ya no necesitas saber de mí, si he tenido algun motivo particular para publicar este Septenario de Dolores. Los Religiosos desta Provincia, por un feliz contagio, nos pegamos unos á otros la devocion á nuestra Señora de los Dolores. No solo el Colegio de Misionistas de Beniganim la tiene por Patrona de sus Misiones, y promueve con gran zelo en todas partes su veneracion, sino que tambien los demás Predicadores en sus Quaresmas exortan al Pueblo con tanto empeño, y tan feliz efecto, que son pocos los Lugares donde no dejan establecido el Septenario de los *Dolores*. Digolo con la ingenuidad de que me precio: *En el Reyno de Valencia especialmente es mas deudora la Virgen á los Religiosos de mi Provincia, que á todos los demás, del punto que tiene oy la devocion de sus Dolores.* Bien conoce esto mismo, y lo confiesa la Ilustre Religion de los Siervos de Maria, cuyos Padres nos hacen en su trato una distincion tan honrosa, que sus atenciones obligan sumamente nuestro reconocimiento. Vestir, pues, yo el Abito de los que tan celosamente cultivan esta devocion, y un afecto ternisimo

á la Dolorosa Madre, junto con el deseo de propagarle en todos, me ha hecho entrar en el empeño de publicar este Libro, con el fin de hacerle á la dolorida Reyna de los Martires una conquista de devotos, y parciales. Si te precias de ser hijo de sus lagrimas, dado á luz sobre el Calvario á la violencia de sus dolores, no reuse dar su nombre para alistarle en el sangriento esquadron de los devotos de sus penas. La justicia, y el interes, ambos exigen de nosotros la mas tierna compasion de las penas de nuestra Madre. Negarle el titulo de Madre nuestra, es un renunciar el Paraiso. Aora, pues, siendo como es Madre nuestra por mil titulos, cómo dejará de ser una injusticia enorme mirar con indiferencia sus penas, hacerse insensible á sus gemidos, y no ser tocado de la compasion, y de la piedad, á vista de sus afanes? Fuera de que la Virgen nuestra Madre quanto padece lo sufre por nosotros. Por tí, ó hombre, dice San Ambrosio, por tí padeció la Virgen, por tí gimiò, por tí veló, y por tí derramò un diluvio de sus ojos: *Pro te toleravit, tibi vigilavit, tibi flevit, &c.* (1) Qué injusticia, pues, mas mostruosa, que negar las lagrimas, y la compasion á quien ha padecido tanto unicamente por nuestro bien? El Eclesiastico exorta á tener presentes para el reconocimiento, y el

(1) S. Ambr. lib. 8. in Luc.

el amor á los gemidos, que le costamos á nuestras Madres: *Gemitus Matris tuæ ne obliviscaris.* (1) Y Tobias exortando á su hijo al respeto de su Madre, alegaba las aflicciones, y las angustias, que ella avia padecido por su causa: *Memor enim esse debes, quæ, & quanta pericula passa sit pro te.* (2) Si ser desconocido á la Madre que nos diò el ser es un exceso tan grande de ingratitud, y de injusticia, què nombre havrá tan odioso, que pueda quadrarle á la mostruosa barbaridad de ver á nuestra dulce, y beneficiosa Madre, que llora, y que suspira, sin poder alcanzar de nosotros una lagrima, ni merecernos un afecto de compasion? Y no solamente la industria, Letor mio, debe empeñarnos á atender á nuestra Madre Dolorosa con una devota parcialidad. El propio interes, y las espirituales usuras con que se cogen los frutos desta devocion, son capaces de hacernos tiernamente addictos á nuestra afligidisima Madre, quando las obligaciones de hijos, y favorecidos no nos huviesen aun intimado nuestros deberes. Porque quien podrá contar, ni aun en resumen, los intereses espirituales, y temporales vinculados á esta devocion? Quando San Bernardo alcanzò de la Virgen nuestra Señora el mayor de sus favores, dandole á gustar con amorosisima condescendencia su dulce

(1) Eccl. 7. (2) Tob. 4.

leche, estaba el Santo, segun la mas constante tradicion, meditando profundamente los amarguisimos Dolores de Maria. Y Santa Catalina de Bolonia vió siete Angeles, que puestos á su rededor lloraban amarguisimamente, uniendo sus lagrimas á las que ella derrama llorando las penas de la Dolorosa Madre. Estos, y otros infinitos favores de que están llenas las Historias debes considerarlo, Letor mio, como consequentes al genio de su corazon, y como frutos del empeño que tomò por nosotros sobre el Calvario. Pues como ella tuvo tanta parte en la salud de los hombres, contribuyendo entonces con su Hijo en la Redencion, aora continùa sus esfuerzos para que reciban con eficacia el fruto de la sangre, y muerte de su Hijo. Sobre estas razones, y la venerable autoridad de los Santos Doctores, se apoya Cartagena para afirmar, que la devocion á los Dolores de Maria es un clarisimo señal de Predestinados, pues dificultosamente puede creerse perezca un hombre, que aviendose compadecido tiernamente de Maria, haya merecido la aplicacion del merito de sus afanes, y de sus lagrimas. Un fundamento menos solido que este obligó á un Santo Obispo á hacer un pronostico de la felicidad de San Agustin. Quando Santa Monica seguia á su hijo San Agustin llenando de lagrimas los caminos, llorando su ceguedad, y su perdicion, llegó á comunicar su afliccion, y su des-

con-

consuelo á un Señor Obispo. Informado éste del miserable estado del hijo, y viendo las lagrimas, y desconsuelo de su madre, pidió luces al Cielo para responder. Luego inspirado de Dios le dijo á Santa Monica: Buen animo, Señora, respira en tu pena, ves en paz, pues es imposible que perezca un hijo de tantas lagrimas: *Non est possibile quod pereat filius tot gemitum, & lacrimarum.* Si las lagrimas de Santa Monica derramadas por la conversion de San Agustin son precio bastante para mercar su salvacion, dime Letor mio, si las de la Virgen nuestra Señora aplicadas por los parciales, y devotos de sus Dolores, conseguirán menos de las piadosas entrañas de Jesus? Ay Amigo mio, que esta devocion practicada como yo he cuidado inspirarla en mis platicas, es capaz de reformar el mundo, y santificarlo. La meditacion de los Dolores de Maria, y la imitacion de los admirables egemplos de christianas virtudes, que nos dió en su paciencia, y resignacion, pueden hacer tomar muy diferente semblante á la Christiandad. Si dudas quan poderoso es el egemplo de Maria para inspirar pensamientos saludables, y christianas resoluciones, atiende al suceso de Alberto Conde de Palckemberg. Aviase retirado este Principe, resuelto á darle al mundo en su cara con sus riquezas, y sus pompas. Le fue à buscar un primo suyo para retraerle de sus propositos, pretendiendo rendir toda su christiana

for-

fortaleza con la bateria del amor, y cariño de su Madre, cuyas lagrimas le ponderò con la mas viva eficacia. Dijole Alberto con serenidad digna de la grandeza de su animo, y señalando luego con el dedo un devoto Crucifijo, que tenia junto á la Cruz á su Madre afligida, y dolorosa, le respondió: Llora por mí mi Madre, como me dices? pues primero lloró Maria por Jesus. Podia Jesus bajar de la Cruz, y enjugar las lagrimas de una Madre tan tiernamente amada, y no lo hizo; antes bien, mientras él estaba crucificado en el cuerpo, dejó qne ella permaneciese crucificada en el corazon. Y nosotros abandonarémos la Cruz de Christo porque lloran nuestras Madres? No hay que hablar de enternecerme á la vista de tal egemplo. Será inutil quanto me digas de los gemidos de mi madre, para el efecto de hacerme desistir de mis propositos. Si tu quieres acompañarme en mi resolucion, vamos ambos al Claustro, y abrazemos juntos la Cruz Religiosa. Fueron tan eficaces estas palabras, y dichas à tan buen tiempo, que haciendo en el animo de entrambos una impresion poderosa la vista, y egemplo de la Dolorosa Madre, fueron juntos á vestir el Abito en la Religion de Santo Domingo mi Padre, donde vivieron, y murieron hechos unos modelos de virtudes religiosas. Arguye de aqui, Letor mio, los frutos espirituales que puede producir el exemplo de Maria Santisima Señora

nues-

nuestra dolorosa; y asi ruegote por las piadosas entrañas de Hijo, y Madre, y por el amor á tu propia salvacion, que tomes parte en esa empresa de promover la devocion de los Dolores. Este será un obsequio tan acepto á la Virgen, que no podrá dejar de premiarlo con muchas felicidades espirituales, y temporales. Si la sirves en esta ocupacion de procurarle devotos, y dudas de las abundantes efusiones de su piedad sobre tí, no sientes bien de la generosidad de su corazon, y de la condicion caritativa, y franca de su espiritu. Toma mi consejo, que puede importarte tu salvacion. Si eres persona privada, ò literata, contentate con meditar todos los dias los Dolores de Maria, hacer en su obsequio alguna limosna, ú obra penal, practicar los raros egemplos, que diò la Virgen en cada uno de los pasages de la pasion dolorosa de su *Hijo*, y puedes tambien contribuir á aumentar el numero de los devotos de los Dolores con tu aplicacion egemplar, y con tus consejos. Si tienes por oficio anunciar la Palabra de Dios, puedes hacer mas fecundo tu egemplo, y aspirar á hacer una conquista grande de devotos. Los Predicadores de mi Provincia de San Juan Bautista, de Franciscos Descalzos, acostumbran en sus Quaresmas, y sus Misiones dejar establecido para todos los años el Septenario de los Dolores, buscando personas piadosas que contribuyan segun sus fuerzas á satisfacer

los

los precisos gastos de las funciones. Hacen sus Sermones de los Dolores mas, ó menos piadosos, y eloquentes, segun las luces, y espiritu de cada uno. Publican una Comunion en obsequio de nuestra Señora, y exortan á todos á merecer el patrocinio de la Virgen con una continua meditacion de sus Dolores. Para que este egercicio dure todo el año, y la devocion á la Dolorosa Madre eche profundas raizes en los corazones christianos, entablan en algunos Lugares la loable costumbre de dejar una Imagen de nuestra Señora Dolorosa, la qual ván pasando succesivamente de una casa á otra, quedando de cuenta de los que la tienen en su casa venerarla particularmente aquel dia, y convocan por la noche á la vecindad para rezarle sus Dolores. En otras partes he visto, con gran edificacion mia, que han introducido tocar una vez al dia la Campana combidando á todos á rezar los Dolores de Maria. En la hora de hacer esta señal ay variedad, pues en unos Lugares se toca por la mañana, en otros por la tarde, y Poblaciones ay que se toca tres veces la Campana. El modo de combidar al Pueblo á esta fructuosa devocion es tocar siete golpes tan reposadamente, que en el intervalo de uno á otro se da tiempo bastante para rezar devotamente un Padre nuestro, y una Ave Maria. Es obgeto de mucha edificacion, y de que la Virgen no puede dejar de agradarse mucho ver en el punto

que

que hace señal la Campana suspender todas las ocupaciones, conversaciones, y cesar los Labradores en el campo sus trabajos para rezar los Dolores de la Virgen. Yo me enternecí mucho la primera vez que observé esta loable costumbre, y dige á mis solas: Vé aqui un modo admirable con que un hombre medio acomodado puede hacerse merito con la Virgen de las oraciones de todo un Pueblo. Porque qué puede pedir un Campanero, ó Sacristan por tocar los siete golpes con la Campana, que no pueda darselo, sin incomodarse mucho un hombre de medianos averes? Entre los medios, pues, de propagar esta devocion no olvides este, Letor mio. Observa aquellas Personas acomodadas, que muestran parcialitarse con la Virgen Dolorosa, y exortarlas fervorosamente á que por todo el año, á lo menos por algunos meses, hagan á sus expensas tocar los siete golpes, con lo qual se harán un gran merito con la Virgen, y empeñarán su proteccion en la hora de la muerte, pues los reconocerá á ellos autores de el honor que le dan los fieles, y de la compasion que muestran de sus penas. Para establecer este uso loable es menester proceder de acuerdo con los Reverendos Señores Curas, los quales, segun el zelo que los anima, no solo no harán oposicion, sino que tomarán parte en tu cuidado, y solicitud, para procurar por este camino su salvacion, con atender à la de sus feligre-

ses. Si tienes la fortuna (que yo celebraria como un milagro) de dar con algun Sacristan tan desinteresado, y tan devoto, que de su voluntad quiera encargarse de tocar la Campana, te ahorrarás el cuidado de buscar una persona piadosa, que le pague. Pero en mi opinion menos te costará hallar cien personas piadosas, que contribuyan con sus limosnas á costear esta devota costumbre, que no un Sacristan, que lo quiera hacer sin interés, pues estos por lo comun no entienden de devociones, que no les dejan su ganancia. Ya no sé que pueda decirte mas para animarte á que hagas un virtuoso empeño de introducir, y cultivar esta devocion: Aníma á todos los afligidos, y atribulados con las devotas palabras del B. Alano, á respirar en sus trabajos, y miserias, suavizando las de la dulce Madre con la compasion: *Calamitatibus pressi, Mariæ doloribus respiremus.* La gloria de Dios, el honor de la Virgen, la edificacion de los fieles, y sus espirituales ventajas me han hecho tomar este trabajo, considerandole util (si le avalora la Virgen Dolorosa con su proteccion) para los fines de la gloria de Dios, y de su Madre, y un gran beneficio de las almas. Perdona, Letor mio, las muchas faltas, que descubrirá tu perspicacia en esta Obra, y atribuyelas á mi insuficiencia. Si algunas cosas mereciesen tu aprobacion, darás á Dios las gracias, que es el Autor, y yo por el trabajo,

que

que he puesto en servirte, no quiero de tí otra recompensa (y mira que te lo ruego por las purisimas entrañas de Maria Santisima) sino que ofrezcas algun merito de tus oraciones á la Dolorosa Virgen, para que me mire con clemencia, y me alcance de su Hijo el que celebre yo algun dia los misterios de su gozo en el Cielo, como procuro aora compadecerme, y buscar aliados, que se compadezcan conmigo de sus Dolores, y angustias en la tierra.

Porque los fieles, ambiciosos de las misericordias del Cielo adoptan mas bien aquellas devociones, que creen ser mas fecundas de maravillas, quiero poner aqui algunos de los milagros, que ha obrado la Virgen á beneficio de los devotos de sus Dolores. Para que no tengas el trabajo de rebolver Libros, y puedas en las Platicas teger algunos egemplos, que es lo que mas aprecia el Pueblo, y mas se le queda en la memoria de los Sermones, he cuidado recoger aqui los que he hallado mas capaces de exitar, y promover la devocion, que suele ser menos pura, y ingenua, que interesada. Mas porque la Virgen nuestra Señora no se desagrada de que la sirvamos, y nos compadezcamos de sus penas, por los espirituales, y temporales intereses, que puede producirnos nuestra devocion. Vé aqui en los egemplos, que te presento lo que pueden esperar de la clemencia de la Virgen, los que se

¶¶¶¶ 2 de-

dedican á meditar sus Dolores, y á acompañar con sus lagrimas las de la Dolorosa Madre.

EGEMPLOS DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES,

OBRADOS A BENEFICIO DE SUS DEVOTOS.

I.

AVia en Francia una Señora tan afectuosamente devota de la Virgen de los Dolores, que entre otras pruevas de su cordialisimo afecto, daba la mas solida encerrandose todos los Viernes del año en su Oratorio, perseverando todo el dia en devotos egercicios, afligiendo, orando, y derramando muchas lagrimas á honor de sus penas. Uno de los Viernes estando la Señora en el fervor de sus devotas meditaciones, tocó á la puerta del Oratorio una criada, y le dió la triste noticia, de que un hijo unico que tenia avia sido muerto desgraciadamente. Oyó la Señora con una gran serenidad el desgraciado fin de su tierno hijo, y respondió á la mensagera, que aquel dia lo tenia dedicado á llorar con la Virgen Maria la muerte de su amado Jesus, y asi que se reservaba otro dia para llorar la muerte del suyo. Con esto cerró la puerta, y se que-

quedó en su devota soledad continuando sus egercicios. Fue tan acepta á la Dolorosa Madre esta resolucion tan generosa, que no tardó á remunerarla (y de un modo digno de sí) sino hasta el siguiente dia. Acudió á la casa de la devota Señora un gran numero de Ilustres Matronas á cumplir con ella los oficios que dicta la piedad, y la compasion, acompañandola en sus lagrimas, y en su pena. Entre las Señoras que acudieron era muy señalada una á quien distinguia el ayre, la vizarria, el vestido de luto, y un velo negro sobre el rostro. Nadie la conocia, persuadida la Dueña de la casa, que ella fuese alguna Dama de consideracion de las huespedas, y pensando éstas, que era alguna consanguinea, ó confidente de la madre desconsolada, entretuvieron todas con estas dudas su curiosidad. En efecto, ella se llegó á la triste madre del difunto hijo, y le dijo palabras de mucho consuelo para suavizar su pena. Sentóse luego entre las demás, perseverando asi hasta que todos se bolvieron á sus casas, dejandola sola con la madre. Entonces se dejó caer el velo del rostro, y descubrió ser la Reyna Dlorosa. Hija mia, le dijo á la afligidisima Señora, he venido del Cielo á consolarte en la aventura desgraciada de tu hijo. Las lagrimas, que tu me has ofrecido tantas veces para ofrecerlas á mi Divino Hijo, acompañandome en mi sentimiento por su muerte, me han obliga-

ga-

gado á venir á llorar contigo sobre el tuyo. No dudes de mi parcial amor, y mi proteccion, pues tu devota constancia en compadecerte de mis Dolores, ha merecido para tí, y tu hijo mi inclinacion amorosa, &c. *Ped. Pezzo lib. de Dol. specul. 7.*

II.

Avia en Madrid una Señora dotada del Cielo con las gracias de hermosura, honestidad, y discrecion. Era devotisima de los Dolores de Maria Santisima Señora nuestra, en cuyo obsequio tenia la loable costumbre de ayunar todos los Sabados del año. Un Cavallero atrevido cayó en la tentacion de poner una mancha al honor de la Señora á qualquiera precio. Valióse de los alagos, y las ofertas, que suelen ser llaves maestras para robar sin ruido el tesoro de la honestidad. La virtuosa Señora conoció luego las intenciones perversas del deshonesto joven, y dobló las guardias á su cautela. Pero como estas criminales pretensiones suelen ser favorecidas por el interés de los domesticos, sobornó el joven á una criada, la qual avisandole de la ausencia del marido, le franqueó la entrada hasta el secreto retiro de su ama. Sorprendida de la novedad, y del susto la Señora con la vista del traydor, le dijo con christiana libertad: *Si os preciais de Cavallero, no hagais accion indigna de vuestra calidad, y retiraos por amor de la Santisima Virgen.*

Fre-

Frenetico el mozo con la calentura de su brutal pasion, fue á arrojarse á un atrevimiento. La honesta Matrona que miró inevitable su peligro sin la asistencia del Cielo, esforzó la voz, y clamó: *Virgen Santisima Dolorosa defendedme.* No tardó la Madre del amor hermoso á socorrer en tan delicada urgencia á su devota. Al instante mismo fue embestido el mozo de un temblor tan egecutivo, y doloroso, que obligado á retirarse, no tardó á morir sino el tiempo que huvo menester para ausentarse algunos pasos de la casa. *P. Rax. Sab. Dol. num.* 528.

III.

A una Ciudad de Francia, donde era muy señalada por sus prodigios una Imagen de nuestra Señora de los Dolores, acudió una muger tan consumida de la molesta, y asquerosa enfermedad, llamada fuego sacro, que tenia ya comidos los labios, y la nariz. Hizo á la Virgen las mas tiernas, y fervorosas súplicas para obligar su proteccion. Mostraba la Dolorosa Madre no darse por obligada de sus gemidos, pues estuvo la doliente hasta trece dias derramando su espiritu en fervorosas oraciones, y tiernas lagrimas. Determinó bolverse á su casa, y al despedirse de la Dolorosa Imagen, le dijo en tono de impaciente: *Me voy, Señora, porque no quiero ya perder mas tiempo, que soy tan desgraciada, que remediando á todos, á mi sola me des-*

am-

amparais. La primera noche que hizo á la buelta de su viage se hospedó en casa de un Labrador, y estando durmiendo se le apareció la benignisima Señora, y despues de averla reprendido por su impaciencia, y su poca fé, le pasó la mano por la cara, y la dejó perfectamente sana. *Carl. Bob. p.* 4. *Exempl.*

IV.

En la Ciudad de Rimberga avia un Canonigo Regular llamado Arnoldo, tan devoto de nuestra Señora de los Dolores, que por quantos medios le sugeria su oficio exortaba á todos á esta devocion. Cogió á manos llenas el fruto de ella en su ultima enfermedad, en la qual aviendo llegado casi á los ultimos terminos de su vida, repentinamente sintió una novedad tan grande, que imutado el semblante, cubierto de un sudor frio, y entre mortales agonias, comenzó á clamar: *No veis hermanos mios inumerables demonios, que me rodean, y me amenazan? Dadme presto la Imagen de un Crucifijo para defenderme.* Comenzó á besar con grande afecto las sacrosantas llagas del Salvador, apretaba fuertemente al pecho el devoto Crucifijo, y repetia sobresaltado: *Señor por vuestra agonia, y por los Dolores de vuestra purisima Madre sufridos al pie de la Cruz, asistidme en esta hora: y libradme de mis enemigos, y los vuestros. Hermanos*, dijo á los asistentes, *rezad la Letania de Maria Santisima, á cuy*

pro-

proteccion, y piedad apelo en esta hora. Atonitos todos de ver tan furiosamente acometido del infierno un hombre tan virtuoso, empezaron á rezar con grandisima devocion la Letania. Al pronunciar aquellas palabras: *Sancta Maria ora pro eo.* Dijo el moribundo con grande animo: *Repetid esas dulcisimas palabras Sancta Maria ora pro eo, pues á la invocacion del Santisimo nombre de Maria, tambien los demonios, yo los miro estremecer, ya huyen, ya me han dejado. Pero ay de mi: que aora me hallo en el Tribunal espantoso de Jesu Christo. Valgame vuestra sangre Jesus* (exclamó el afligido Canonigo) *aplacad dulce Madre mia las justas iras de vuestro Hijo. Oponed á mis culpas el merito de vuestros Dolores piadosisima Señora.* Asi perseveró el triste agonizante entre sus confianzas, y sus temores, hasta la aurora, y entonces revestido de un extraordinario regocijo dijo á los asistentes: *A Dios hermanos mios, á Dios. La Virgen Santisima me llama para que la siga al Cielo, quedaos en paz, que me voy á descansar eternamente, y coger los frutos de mi devocion á la Dolorosa Madre.* Dichas estas palabras espiró con grande reposo, y serenidad, dejando á todos llenos de una bella embidia de su dichosa suerte. *Rax. tom. 5. Inst. Christ.*

V.

Era singularisimo devoto de la pasion de Jeus,

y de los Dolores de su Madre el B. Joaquin Piccolomini, esplendor ilustre de la Religion de los Siervos de Maria. Deseaba ardientemente participar de los Dolores de Hijo, y Madre, y tuvo el consuelo de padecer á semejanza de entrambos. Fuera desto, hacia á la Dolorosa Madre continuas instancias pidiendole como una de las gracias mas estimables, morir el mismo dia que murió nuestro Redentor. Dióse por tan entendida de sus deseos, que determinó cumplirselos apareciendosele visiblemente un Jueves Santo, y diciendole: Buen animo, hijo mio Joaquin, disponte á la partida, que mañana estarás conmigo en el Paraiso. Asi puntualmente sucedió, como lo avia prometido la dulce Madre, pero de un modo tan admirable, que no puedo omitirle. Viernes Santo estando el B. Joaquin con su Comunidad en la Iglesia de su Convento de Sena asistiendo á los Oficios, al entonar el Diacono aquellas palabras de San Juan, que expresan los Dolores de Maria al pie de la cruz: *Stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus*, se sintió improvisamente herido de mortales deliquios. Fueron éstos tan egecutivos, que le acercaron tan aprisa á la muerte, como que no le dejaron las agonias, sino el tiempo que bastó para llegar á leer en la misma pasion, escrita por San Juan, aquellas otras palabras que dicen la muerte de Jesus, *Et inclinato capite tradidit spiritum.* En el momento mismo que se referia la muer-

muerte del Salvador, y en el mismo dia entregó el B. Joaquin su felicisimo espiritu al Señor. Todo el Pueblo quedò atonito con una muerte tan repentina, y tan misteriosa; y fue mayor su admiracion, quando vieron llenarse toda la Iglesia de una luz clarisima, y de una fragancia, que olia á Paraiso. Celebraron todos con canticos de alabanzas, y bendiciones una muerte, no ya digna de alabanza, sino de embidia. *P. Rosign.*

VI.

Un Joven devotisimo de Maria Señora nuestra, tenia la costumbre de rezar todos los dias algunas oraciones á honor de sus Dolores, y esto lo hacia frequentemente delante de una Imagen Dolorosa, cuyo pecho se mostraba herido con siete espadas. Vencido este joven una noche de una tentacion impura, satisfizo su criminal pasion á despecho de los interiores remordimientos de su conciencia. La mañana siguiente aviendo ido delante la devota Imagen á rezar sus acostumbradas oraciones, encontrò la novedad de tener la Virgen en su pecho, no ya siete espadas, sino ocho. Fuera de sí con la novedad del prodigio, apenas creía el testimonio de sus ojos. Estando en esta turbacion, y perplegidad oyó una voz en el aire, que le decia: No dudes, que el pecado que cometiste la noche pasada es la espada octava con que mi-

ras atravesado el purisimo corazon de esta dulce Madre. Aterrado con estas voces, y mucho mas con el horror, que empezó á causarle su pecado, corrió á toda prisa á buscar un Confesor para sanar la mancha de su delito con el agua de una santa compuncion. *Hazezill. de Ros. part.* 4.

VII.

Lorenzo Tosa, soldado de profesion, aviendo tomado estado de matrimonio, le fue preciso al segundo dia de las bodas dejar á su esposa para partirse á la guerra. Duró la ausencia poco mas de nueve meses, al cabo de los quales bolvió á su casa, donde halló la novedad de aver dado á luz su muger un hermoso niño. Entró luego en sospechas de su fidelidad, y ciego de colera corrió á la cama con el alfange desnudo, resuelto á quitar la vida á hijo y Madre. La afligida Señora, que avia siempre venerado con singularisimo afecto una Imagen de la Virgen de los Dolores, que resplandecia en muchos milagros, en la Iglesia de los Padres Servitas de su Ciudad, clamó entonces con toda la fuerza que le daban su inocencia, y su peligro: *Virgen Santisima Dolorosa Vos que sabeis mi inocencia defendedme*. Rara maravilla. Pusose en pie el niño, de cuyo nacimiento no avia pasado sino diez dias. Con una manecilla defendia á su madre, oponiendola por escudo para su defensa. Con la

otra

otra tomó la espada por la punta, y teniendola fuertemente asida, comenzó con voces claras, y portentosas á gritar: *Parate hombre, qué haces? Mira que soy hijo tuyo, y esta es mi madre inocente. Qué vas á egecutar con quien es tu inocente esposa, y conmigo, que soy un pedazo del corazon de entrambos?* Quando pasmado el Padre á estas voces, y bolviendo á embainar la espada, trocó toda su ira en otro tanto amor á su hijo, y á su esposa. Este niño, cuya lengua desató milagrosamente la Virgen para obrar tan rara maravilla, fue tan feliz, que mereció en sus mas tiernos años la corona del martirio. Teniendo de tres á quatro años le robaron los Judios silenciosamente á sus Padres, y trasladado á un Castillo del Obispado de Vizenza, fue alli cruelisimamente atormentado, y muerto. Enterraronle bajo un monton de piedras; pero el Cielo cuidó de descubrirle, haciendo de noche milagrosas luminarias sobre el niño martir. Los Christianos pudieron hallarle facilmente con estas señales, y colocado en la Iglesia de un Convento de la Religion de nuestro Padre San Francisco, es hasta oy venerado como Martir ilustre del Señor. *Arcang. Gian. in annal. Ord. Serv. lib. 4. cap. 6.*

VIII.

En una Poblacion del Obispado de Avila avia un hombre tan peligrosamente enfermo, que los

Me-

Medicos dieron orden se le administrasen los santos Sacramentos. Trabajaron Sacerdotes, y asistentes quanto alcanzó su zelo para que se confesase, pero él rendido ya del Demonio por su dureza, respondió por ultimo, que no le tratasen de confesion, ni de Sacramentos, pues para él no avia ya mas remedio que condenarse. Sobresaltados igualmente que escandalizados, estraños, y domesticos, no sabian los unos como evitar su infamia, ni los otros como curar aquel frenetico. En esta consternacion acertó á llegar á la casa un gran devoto de la Virgen de los Dolores, y compadecido de aquel infeliz hombre, rogó á todos los presentes recurriesen á la Virgen, pidiendo la salvacion de aquel moribundo, por el dolor que padeció su purisimo corazon quando recibió en sus brazos á su difunto hijo bajado de la Cruz. Tomó una Imagen de la Virgen de los Dolores, y entrandose con ella donde estaba el enfermo, comenzó á decirle: Amigo mira nuestra comun Madre tan penetrada de amarguras, como ansiosa de nuestra salvacion. Atiende sus penas sufridas por nuestra causa, y no creas que ella sea dificil á inclinarse para levantar nuestra miseria. Su intercesion, y su merito pesa mas que nuestras culpas, y asi buen animo en la piedad de sus entrañas, y en el genio suave de su corazon. Justo será que vos le agradezcais esta visita, rezandole una Salve, á que yo os ayudaré con mucho gusto.

to. Rezemos, pues, dijo el enfermo. Lo mismo fue dar principio á la Salve, que como si esperára esta señal el Cielo para aprontar carbones encendidos, cayó tanto fuego de amor, y compuncion sobre el espiritu de aquel rebelde pecador, que deshecho en lagrimas de dolor, y de ternura, comenzó á clamar: *Venga presto un Confesor.* Hizo una Confesion con todas las señales de verdadera, reparó sus malos egemplos, pidiendo perdon á todos con muchas lagrimas; y repitiendo muchas veces: *A Vos Virgen Dolorosa debo mi salvacion*, entregó su espiritu al Señor con mucha edificacion, y consuelo de todos los presentes. *Hist. de la Virgen del Risco.*

IX.

En la Ciudad de Florencia, no sé por qué descuido, se escapó un Leon de la prision, donde era tenido para la delicia, y grandeza de los Principes. Corria la fiera por toda la Ciudad amenazando estragos con sus rugidos. Amedrantado, y temeroso el Pueblo, no hallaba medio de arrestar al Leon nuevamente á la cadena, y asi cada uno cuidaba de salvar la vida, haciendo de su propia casa una voluntaria prision. Impedido el comercio, y cortada la comunicacion de todo punto, se hallaban todos en sumo desconsuelo. Un Religioso de la obediencia de la Religion de los siervos de Maria se salió del Convento en busca del Leon, sin mas armas

mas

mas que el Escapulario de nuestra Señora de los Dolores. Hallóle en una Plaza vecina al Convento de la Anunciata, y invocado el nombre de nuestra Señora de los Dolores, se arrojó sobre él, y le detuvo. Luego le puso al cuello su Escapulario, y como si fuera un manso Corderito le llevó tras sí á la Leonera, entre los aplausos, y bendiciones de todo el Pueblo, que de las ventanas, y balcones miraba atonito el milagro, celebrando con voces de jubilo la proteccion de la Virgen Dolorosa. *Benamat. in thes. grat. Virg. Dolor.*

X.

Vivia en la Ciudad de Perosa por los años de 1615. un mozo de perdidisimas costumbres. Tenia reos designios sobre una Señora joven, la qual resistió siempre con christiano valor á sus criminales pretensiones. Desconfiado de poder rendir su constancia recurrió por ultimo al Demonio, y con una Escritura, que firmó con su propia sangre, le permitió entregarle el alma, si le asistia en el logro de su infame designio. Aceptó la dadiva el Demonio, y arrojó al espiritu de la incauta Señora sugestiones tan vehementes, que rendida à su pasion, satisfizo las desenfrenadas ansias del infeliz amante. Llegado el plazo para la entrega del alma, se le apareció el Demonio al desdichado joven reconviniendole con el pacto, y la escritura.

Le

Le llevó para el cumplimiento hasta el brocal de un pozo profundisimo amenazandole, que si no se arrojaba en aquella profundidad, se lo llevaria al infierno en cuerpo, y alma. No sabiendo el infeliz como librarse de tan cruel enemigo, tomó la impia resolucion de precipitarse. Quitóse la ropa, subió sobre el brocal del pozo, y no atreviendose á dar por sí mismo el funesto salto, rogó al Demonio que le arrojase. Mantenia pendiente del cuello el Abito de nuestra Señora de los Dolores, cuya devocion no avia dejado en medio de sus vicios. Pidióle pues el Demonio, que se quitase aquel Escapulario, y le cumpliria sus deseos de arrojarle. Conoció entonces el desgraciado joven la virtud de aquel sagrado Abito, y se resistió tan constantemente á despojarse dél, que despues de una obstinadisima porfia con el Demonio, huvo de ceder éste, desapareciendo con formidables gritos, y haullidos. El mozo arrepentido de sus delitos, los lloró con gran amargura de corazon, hizo una vida edificativa, y egemplar, reconociendo su salvacion á nuestra Señora de los Dolores. *Monum. Conv. Perus.*

XI.

Inocencio Tercero fue tan cordial devoto de la Virgen de los Dolores, que no huvo obsequio que no usase en honor de sus penas para merecer su patrocinio. Compuso á mayor gloria de la Dolorosa

Reyna aquella devotisima oracion: *Interveniat pro nobis quæsumus*, &c. y aquel Hymno: *Ave mundi spes Maria*, &c. Quando rezaba estas preces, ú estos elogios se deshacia en afectos de suavisima ternura, y compasion. La Virgen nuestra Señora le premió tan á manos llenas esta devocion que hizo con él oficios de Madre en vida, en muerte, y aun despues, como el mismo Inocencio lo dijo á Santa Lutgarda. Apareciòsele á esta santa Virgen embuelto en llamas de fuego, y le dijo se hallaba en el Purgatorio por tres culpas, por las quales se huviera irremediablemente condenado á no alcanzarle la Virgen en aquella hora la gracia de una verdadera contricion. Añadió, que la sentencia del Eterno Juez era que ardiese en aquellas llamas purificantes hasta el dia del Juicio, pero que la Dolorosa Madre avia conseguido de su Hijo la licencia de aparecersele para pedirle sus sufragios, á fin de satisfacer con ellos á la divina justicia, y librarse presto de aquellas penas. Dicho esto desapareció la vision, y S. Lutgarda ofreció á prisa muchas oraciones, y penitencias para adelantarle el Paraiso. *Sur. in vita S. Lutg.*

XII.

Coligaronse muchas Potencias contra la Ciudad de Venecia, y armadas fuertemente para su ruina mostraban querer desmantelar enteramente aquella inclita Republica. No esperaban los tristes Ve-

Venecianos sino de un dia para otro ver destruida su bella Ciudad, y recibir las leyes de sus enemigos. De ninguna parte se prometian humanos socorros para resistir la fuerza poderosa de sus contrarios. Hallabanse en el colmo de su afliccion quando el dia 25. de Junio del año 1508. bajó del Cielo para socorrerlos en un aparecimiento maravilloso la Soberana Reyna de los Angeles. Dejóse ver en el aire con su difunto Hijo en los brazos, y con el aspecto de dolorosa, y afligida. Sola su vista los llenó de consuelo, y confianza. Pero fue mayor aun su alegria quando la oyeron, que animandolos á desechar todo temor les dijo: *No teneis razon para temer las fuerzas de las Potencias aliadas, haviendo yo venido en persona á defenderos con mi poderosisimo patrocinio.* Desapareció la vision, y al mismo tiempo las naves enemigas, que estaban ya para dar sobre Venecia, se hicieron á la vela por diferentes rumbos. Mantenida por este modo milagroso en su antigua paz, y libertad, muestra oy dia su devota gratitud á la Virgen Dolorosa, celebrando todos los años la memoria de este milagro en el Viernes despues de la Dominica de Pasion, por especial Indulto de Clemente X. *Ex histor. dic. app. impresa Venet. ann. 1676.*

XIII.

Felipe VI. Rey de Francia, singularisimo de-

voto de la Virgen Señora nuestra de los Dolores, hallóse de improviso con todo su exercito tan rodeado por todas partes de sus enemigos, que imposibilitado igualmente para huir, que para pelear, no descubrió medio para evitar ó su prision, ó la derrota de su Exercito, ó todo junto. En este gran conflicto el mayor por ventura en que puede hallarse un Principe desgraciado, hizo sus recursos con gran Fé, y confianza á su especial Abogada la Reyna Dolorosa; sus Tropas hasta entonces intimidadas del mayor numero, y de la situacion mas ventajosa del enemigo, estaban tan cobardes, que ni aun mostraban animo para vender cara la vitoria á sus contrarios. Mas apenas imploró el Rey la proteccion de la Madre Dolorosa, se sintió él, y sus soldados tan encendidos de marcial animo, que acometieron tan llenos de furor las huestes enemigas, que las pusieron en desordenada fuga. Mas no fue esta tan venturosa, que pudiese librar de la muerte á veinte mil soldados, sobre cuyos cadaveres arrastró el Rey Felipe el carro de su triunfo. No quiso el piadoso vencedor se atribuyese la vitoria à otro brazo mas poderoso, que al de la Virgen Dolorosa, cuyas siete espadas avian sido otros tantos alfanges para segar los cuellos de sus enemigos. En protestacion de su reconocimiento, quando entró triunfante en Paris, ante todas cosas se llegó á caballo como estaba hasta el altar de un devoto

Cru-

Crucifijo, que avia en la Catedral. Aqui apeó de su Caballo, y entre los aplausos del Público, y las devotas lagrimas de los presentes, se despojó de sus armas, y las cedió como un justo tributo de su agradecimiento á la Virgen Dolorosa, que estaba al pie de la Cruz del Salvador. *Baling. in Calend. Mariano á 25. de Agosto.*

XIV.

Fernando II. Emperador de Alemania trasladó á su corazon del de su Madre la Archiduquesa Maria, un amor ternisimo á Maria Señora nuestra Dolorosa. La piadosisima Princesa con sus Hijos, y domesticos acostumbraba todos los Sabados visitar una Iglesia de nuestra Señora, distante como una milla de la Ciudad de Grats, en cuyo camino avia mandado colocar á ciertas distancias, y colunas, en las quales estaban representados los siete Dolores. Enfrente de cada coluna se arrodillaba la Princesa con sus hijos, y familia á meditar un poco sobre aquel paso. Era tan constante en este egercicio la piadosa Señora, que jamás le interrumpió por lluvias, por nieves, ni por hielos. Ferdinando no hizo esteriles los admirables egemplos de su piadosa Madre, pues al paso que en los años, crecia en la fervorosa devocion de la Virgen de los Dolores. Aviendo ya tomado estado de matrimonio, recibió pùblicamente con su consorte Leonora el Abito de nuestra Señora de los Dolores, se alistó en su Co-

fa-

fadria, y hizo mil gracias, en obsequio de la Virgen á la Religion de los Siervos de Maria. Esta Señora tomó su proteccion con tanto empeño, que levantó su gloria, y su fortuna mas alta, que pudiera anelar un espiritu ambicioso. Primeramente le hizo Emperador, y para negociarle el Trono, se apareció visiblemente á Suicardo, Elector de Moguncia, mandandole expresamente, que eligiese á Ferdinando, pues esta era su voluntad, y la de su Hijo Jesus. Ya Emperador, se armaron contra èl todas las Coronas del Norte, los Principes Protestantes, y los Hereges de la Germania. Se le revelaron el Palatino del Rin, el Austria, y la Bohemia. Se confederaron para su daño la Inglaterra, la Ungria, y muchos Principes de Europa. Todos sus enemigos no sirvieron sino para hacer mas señalado su valor. Cada batalla era para èl ocasion de un nuevo triunfo. Mas debiólo todo, como èl confesaba, á la Virgen de los Dolores, á quien llamaba siempre por Conductora de sus Exercitos, y por fausto auspicio de sus empresas. *Jac. Dam. lib.* 10. *Bell. Germ.*

XV.

Una Señora Noble consideraba en un hijo unico que tenia todas las delicias, y felicidades sobre la tierra. Este mozo viniendo cierto dia á las manos (por un empeño de los que suele tomar una juventud con presunciones de noble) con otro joven

su

su igual, fue tan desgraciado que murió á los filos de la enemiga espada. Huyendo el agresor de las manos de la justicia se entró en la casa misma del difunto, cuya madre ignorante entonces de lo sucedido, le ocultó con una edificante caridad. Avisada luego de la desgraciada muerte de su hijo, y del autor, huviera muerto de pura pena, sino se acordàra del sufrimiento heroico de la Dolorosa Virgen Maria, de quien era muy devota. Pusose á pensar en la amargura de la Virgen Madre, quando miró agonizar, y morir á su Unigenito Hijo Jesus, en las acogidas penosas de la Cruz. Templando un poco su dolor con esta piadosa consideracion, resolvió imitar el egemplo de la Soberana Reyna, perdonando con un buen corazon al homicida de su hijo, como la Virgen perdonó á los Ministros, y Verdugos, que hicieron morir á Jesus sobre un patibulo afrentoso. Concebida esta idea de un animo christiano, y generoso, mantuvo muchos dias oculto en su casa al delinquente joven, asistiendole con gran regalo, y caridad, y proveyendole despues de caballo, vestidos, y dinero, le puso á sus costas donde se salvase del ultimo suplicio. Una accion tan heroica hecha en obsequio de la Virgen de los Dolores, no podia estar mucho tiempo sin una grande recompensa. Al punto que la virtuosa Matrona acabó de cumplir el edificativo proyecto de salvar la vida del infeliz homi-

micida de su hijo, se le apareció éste á su benemerita madre todo glorioso, y resplandeciente: *Doyte mil gracias madre*, le dijo, *por la caridad, que acabas de usar con mi enemigo. Yo debia padecer mucho tiempo las atroces penas del Purgatorio, para expiar el reato de mis delitos, pero la Virgen Dolorosa me ha librado en consideracion del honor, que has hecho á sus penas, imitando su caridad con el que me diò la muerte.* Asi paga la Virgen la devocion á sus Dolores. Quedate en paz, que me voy á gozar para siempre las delicias del Paraiso. ***P. Thausch. de SS. V. Dol. lib. 2. cap. 16.***

XVI.

Vivian en la Ciudad de Sena dos compañeros tan unidos en la sociedad civil, como en la corrupcion de sus costumbres. Aunque los dos eran igualmente malos, el uno aunque tan perdido como el otro, tenia no obstante la costumbre de rezar todos los dias los Dolores de Maria SS. nuestra Señora. Una noche estando éste profundamente dormido, tumultuadas la imaginativa, y fantasia, le pareciò ver un ardiente lago, donde él, y su compañero se abrasaban entre ardientes llamas. A la fuerza de su aprendido temor, clamó pidiendo socorro á la Virgen Purisima de los Dolores, y vió, que alargandole su mano la Soberana Reyna le sacó de entre las llamas. Dispertó todo sobresaltado, por el hor-

horror de que le llenó tan funesto obgeto, y no fue la scena solo soñada, pues ya dispierto, y sentado sobre la cama vió por algun tiempo temblar toda la casa, y un ruido espantoso de cadenas. Por la mañana le llevaron la noticia de que su compañero havia sido muerto aquella noche tan violenta, y egecutivamente, que havia espirado sin Sacramentos, y sin algun señal de penitencia. Horrorizóse mas con esta relacion, y cargó el pensamiento sobre la vision, que havia tenido en sueños. Asi pasó el dia rendido á una profundisima tristeza. La noche siguiente se le apareciò su infeliz compañero ardiendo en vivas llamas, y rodeado de Demonios. Yo soy, le dijo, tu complice en los detestables vicios de que ambos somos reos. Sabrás, como cansado Dios de sufrirnos, haviendo presentado el Demonio el proceso de nuestros crimines en el tribunal rectisimo de su justicia, se diò sentencia de condenacion contra los dos. En el punto, que fue sentenciada nuestra causa, rogò por tí la Madre del Eterno Juez, alegando la piedad con que siempre te has compadecido de sus Dolores, y fue tan benignamente oida, que te se concediò tiempo para reparar tus delitos con una penitencia bien complexionada. Sirvete de este aviso, y aprende tu peligro de mi escarmiento. Desapareciò la vision arrebatando los Demonios aquel infeliz, llevandole al Infierno entre horribles gritos, y blasfemias á ser

eternamente victima de los divinos furores. El triste joven quedò aterrado con semejante vista, y dando al mundo, y à las vanidades una valiente repulsa, tomò el Abito en la Religion de mi Serafico P. S. Francisco, donde viviò, y muriò, dejando de sí una fama tan constante de virtuoso, que correspondia á una vocacion tan particular. *Cantimp. lib. Exempl.*

XVII.

Un pecador, famoso por sus delitos, como otros suelen serlo por sus virtudes, cansado de ser malo, pensò ponerse en carrera de salvacion. Herido vehementemente de un dolor grande de sus culpas, y convertidos sus ojos en dos arroyos de amargas lagrimas, se arrojò á los pies de un devoto Crucifijo, pidiendole se sirviese por su misericordia admitirle á su gracia, y darle algun señal sensible de serle perdonados sus delitos. Perseverò largo rato en esta peticion derramando siempre muchas lagrimas. Y viendo que Jesu Christo se hacia insensible á su dolor, y á sus gemidos, se bolviò con gran Fé á una Imagen de nuestra Señora de los Dolores, de quien havia sido siempre muy devoto, rogandole intercediese con su Hijo á fin de alcanzarle un señal sensible del perdon, para sosiego de sus temores, y sus afanes. Apareciòsele visiblemente la Dolorosa Virgen, y tomandole de sus ojos algunas lagrimas con sus manos, las presentò á su divino Hijo,

di-

diciendole: *Por ventura, Hijo mio, han de perecer estas lagrimas? Podreis tolerar que estas lagrimas penitentes sean derramadas sin fruto? Tendreis corazon para negar la clemencia á un devoto mio, que añade á su arrepentimiento mi proteccion.* A estas instancias de su Dolorosa Madre se suavizó el corazon de Jesus, y diò al pecador, con la señal de su absolucion, la gracia de perseverar siempre en su amistad. *Ped. Per. Specul.* 7.

XVIII.

Fue en su infancia Leopoldo I. asaltado de una enfermedad tan maligna, y tan rebelde, que hizo desesperar de su vida á toda la Medicina. La Condesa Susana Veronica primer Dama de la Emperatriz, á cuya fidelidad estaba encomendado el pequeño Infante, llamò á los Padres de la Religion de los Siervos de Maria, y les expuso con muchas lagrimas la causa de su pena, pidiendoles al mismo tiempo, que rogasen à la Virgen Dolorosa por la vida del Augusto Principe. Ellos la consolaron quanto pudieron en su afliccion, animandola á concebir faustas esperanzas de la salud del Principe moribundo. Bendigeron luego un Abito de la Dolorosa Madre, y se le vistieron con las preces acostumbradas al enfermo. Lo mismo fue sentir el contacto de las sagradas lanas el agonizante Principe, que desparecerse en un punto el mortecino color

del rostro, prorrumpir en una risa graciosa, y llenar de gozo, con su salud repentina, todo el Palacio. Agradeciò el beneficio á nuestra Señora, no pareciendo haver recibido la vida sino para favorecer á la Religion inclita de los Servitas, solicitando de Clemente IX. la canonizacion de San Felipe Benicio, erigiendo muchos Conventos, y haciendo especialisimas honras á los Padres de dicho Orden. Cierto dia haviendoles hecho á los Padres General, y Provincial el honor de darles su mesa, descubriò su Real pecho despues de la comida, y mostrandoles el Abito de nuestra Señora de los Dolores, les dijo todo enternecido: *Veis aqui Padres mios carisimos, que yo soy Siervo de Maria, y hijo de su Religion como vosotros. Este Abito me acuerda que siendo niño (como muchas veces me contò mi Augusta Madre) debi la vida á la Virgen Dolorosa, la que me sacó de la misma garganta de la muerte. Desde entonces, que no he dejado este sagrado Abito, y primero que dél, me dejaré despojar de la Purpura Imperial.* August. Romer. in Servit. Marian. lib. 9. cap. 14.

XIX.

Carlos IV. Emperador estaba adornado de unas qualidades tan sobresalientes de discrecion, suavidad, y gentileza, que era un idolo de amor de quantos le miraban, y trataban. La Emperatriz su esposa, aunque no tuviese razon que alegar para con-

concebir la mas ligera sospecha de su fidelidad, quisiera no obstante asegurarse mas y mas de su afecto. Consultò este pensamiento suyo à una confidente, la qual le entregò una bebida, confeccionada de una hechiceria, asegurandole, que con ella conseguiria el buen logro de sus deseos, pues el Principe su esposo apenas tomase aquella bebida de amor, ya no sabria, ni podria divertirse á amar otra hermosura. Dióle la bebida la incauta Emperatriz, y el Emperador, que ningun engaño sospechaba, la tomó como uno de sus ordinarios refrescos. Apenas apuró el Principe el vaso del malaventurado licor, fue repentinamente sorprendido de tales convulsiones, y dolores, que tumultuada la razon, y tumultuados todos los espiritus, quedò frenetico, perseverando tres dias en sus locuras. De quando en quando conseguia, no obstante, algun breve intervalo, usando de la razon para hacer actos heroicos de resignacion, y de caridad. En uno de estos lucidos intervalos se acordó de los grandes Milagros, que estando en Florencia havia oido celebrar de la Sagrada Virgen, venerada en la Iglesia de los Siervos de Maria de dicha Ciudad. Sintióse animado de una grande confianza, y avivando su Fé en el patrocinio de la Sagrada Virgen hizo voto de edificar en Praga una Iglesia, y Convento á honor de sus Dolores, vestir el Abito, y conceder, en reverencia de la Dolorosa Madre, perdon plenisi-

simo á quantos resultasen reos del atentado horrendo contra su vida. En el momento mismo, que acabó de pronunciar estas palabras, se desvanecieron los dolores, se aclarò su fantasia, desapareciò el frenesi, y quedaron restituidos á su antigua armonia los humores. No tardò el agradecido Principe á cumplir sus votos, con una fervorosa, y edificante exactitud. Perdonò con magnanimo corazon á la imprudente Emperatriz su consorte, la qual confesò luego la temeridad á que la expusieron sus mal fundados temores. Igual gracia hizo à la Dama confidente de su esposa, y à quantos conspiraron con buena, ò mala intencion à su ruina. Hizo tirar las lineas de la proyectada Iglesia, y Convento de nuestra Señora Dolorosa, y haviendo recibido con egemplar edificacion los Sacramentos de la Penitencia, y Eucaristia de mano del Rmo. P. Raymundo, del Orden de los Servitas, su Teologo, y Confesor, recibiò despues juntamente con su esposa el Abito de nuestra Señora de los Dolores. Luego cortejado de muchos Principes, y de la flor de su Corte, se partiò al sitio destinado para la fabrica. Alli depuso la Corona de la cabeza, y el Cetro de la mano, y tomando un azadon (à imitacion del grande Constantino) cabò la tierra lo que bastò para colocar la primera piedra del edificio. Concluida brevemente la Iglesia, y el Convento, le enriqueciò uno, y otro con magnificencia gene-

ro-

rosa, consignando rentas para mantener una numerosa familia de Siervos de Maria. Instituyó de mas á mas una Ilustre Congregacion bajo el titulo de la Virgen de los Dolores, de quien quiso ser siempre la primera Cabeza para promover sus aumentos, y solicitar para sus triunfos muchos espirituales intereses. *Archang. Gian. in Annal. Ord. Serv. V. M.*

XX.

Vivia en los dias de Santa Brigida un hombre noble igualmente por su nacimiento, que vilisimo por sus costumbres. En sesenta años jamàs se havia confesado, no mostrando de Christiano otra señal que una devocion particular à nuestra Señora de los Dolores, delante cuyas Imagenes se compadecia, y rezaba algunas preces à honor de sus penas. Asaltòle la ultima enfermedad, y ni en ella pudo el horror del Infierno inducirle à confesarse, ni à tratar de los intereses de su alma. Supo Santa Brigida por divina revelacion el estado infeliz de este miserable, y llamando un Confesor, le intimò de parte de Jesu Christo, que fuese à exortar à aquel obstinado moribundo à que hiciese una saludable confesion. Obedeciò el Sacerdote pero en vano. Repitiò segunda vez la misma diligencia, pero no fueron sus exortaciones mas felices. Tercera vez le enviò Santa Brigida con recado de parte de Jesu Christo, que tratase de confesarse, venciendo la desesperacion

cion à que le inducian siete Demonios, que asistian al rededor de su cama. Con este aviso conoció el triste pecador que no era para despreciar un combite tan piadoso de la divina misericordia. Confesò sus delitos con muchas lagrimas, reparò sus malos egemplos con insignes actos de humildad, y de compuncion, recibiò los Sacramentos con todas las muestras de una perfecta disposicion, y acabò la vida con una agonia suave. Santa Brigida entendiò luego por divina revelacion, que aquella alma estaba en el Purgatorio, y se havia librado del Infierno unicamente por la devocion que siempre mantuvo, aun entre sus vicios, à nuestra Señora de los Dolores. *Rev. S. Brig. lib. 6. cap. 97.*

DOLOR I.

TUAM IPSIUS ANIMAM pertransibit gladius. Luc. 2.

AUN no se ha decidido la question, si sea mas agradable à la Virgen nuestra Señora venerarla en los misterios de su gozo; ò acompañarla en sus aflicciones, y en sus penas. Lo cierto es, que siendo una contraseña no dudosa del amor, congratular à los amigos en sus fortunas, y tomar parte de pena en sus desgracias, puede practicar qualquiera uno, ù otro obsequio con la Virgen, segun que cada uno se siente movido, ò à celebrar los festivos misterios de su triunfo, ò à venerar con parcialidad sus amarguisimos dolores. Con todo, sino me engaña mi genio, parcial siempre à mirar à Maria Santisima Señora nuestra dolorosa, suele ser argumento de un amor mas verdadero, y mas ingenuo acompañar à los ami-

gos en las aflicciones, que no en las prosperidades; pues hacerles compañia en el tiempo de la prosperidad, es cosa de sí agradable, y puede ser persuadido de la ambicion de promover las propias ventajas à rebueltas de las agenas. Y esto obligó à decir à San Agustin, (1) que: *Nihil sic probat amicum, quàm amici oneris portatio.* Demostenes dió una excelente contraseña, para discernir los verdaderos amigos de los falsos. Amigos verdaderos, dice él, (2) son aquellos, que corren de su voluntad à la casa del amigo en el tiempo de la adversidad, para partir con él las aflicciones. Mas en los dias de las prosperidades, y las fortunas, no ván sino instados, y llamados á congratularles por sus ventajas, y ser participantes de su alegria. De todo lo dicho se arguye, que llorar con Maria Señora nuestra dolorosa, no puede dejar de serle mas accepto, que alegrarse en los misterios de su gozo. Y siendo una sólida prueva de un amor mas fiel, y mas leal, consiguientemente ha de ser nuestra devocion mas meritoria, è interesada. Un hombre rodeado de aflicciones, que pide su remedio à la Virgen, representandole las suyas, la empeña de manera, que para considerarla dificil à rendirse es menester poner en disputa su clemencia. Quando los Troyanos se presentaron à la Reyna Dido à pedirle su proteccion

en

(1) S. Aug. lib. 8. quæst. cap. 7.
(2) Demost. ap. Diogen. lib. 3.

en las urgencias de ser abrasada con las llamas de los Griegos su gran Ciudad de Troya, no se olvidaron representarle los infortunios, y trabajos à que la fortuna adversa havia sugetado à la misma Reyna en otro tiempo. Y ella obligada entonces de una representacion tan eficáz, les respondió compasiva: *Non ignara malis, miseris succurrere disco* (1) No pueden dejar de oir semejante respuesta de la Virgen nuestra Señora aquellos, que avaloran sus pretensiones à las entrañas de su piedad, con la meditacion de sus amarguras, y con la parte, que se toman en sus Dolores. Porque qué corazon podrá tener un temperamento tan dulce, y tan compasivo con los atribulados, y afligidos, que aquel que fue martirizado con las heridas penetradas de siete espadas? Podrá creerse sin degradar á la Virgen de su piedad, que dege de ser propicia à los afanes, de quien con piadosa devocion ofrece lagrimas, y en ellas un tributo de los ojos à sus Dolores? Fuera de que el mismo Jesu Christo sale Garante por la Virgen, para premiar el afecto de quien mira con pasion las penas de su Madre. Es observacion juiciosisima de San Sofronio, que en los misterios festivos de la Virgen, como su Concepcion, Anunciacion, Asuncion, &c. Maria es deudora à su Hijo de sus privilegios, y sus ventajas, mas en ser

(1) Virg. in Eneyd.

ella Reyna de los Martires, por la acerbidad de sus penas, el Hijo queda deudor à su Madre; que quizá por esto dixo San Metodio: *Omnes namque Deo cum debitores simus, (1) tibi ipse debitor est.* En consideracion desta deuda viene Jesus à quedar en cierto modo obligado, à titulo de gratitud, y correspondencia, à no negar cosa que se le pida por los Dolores de su Madre. Y en tanto grado, que al decir de San Anselmo, (2) no espera que le rueguen, sino que previene las necesidades, y los deseos, con el beneficio: *Prævenit Matri cogitantibus dolores ejus.* Añadiendo San Agustin, (3) que en las causas de los devotos de los Dolores de Maria, ha substituido à ella misma por Juez, cediendole la autoridad de hacer un despotico juicio: *Omnimodam ei potestatem dedit.*

En toda ocurrencia no podrá la Virgen dejar de mirar con alegres ojos, y con dulce corazon las copiosas lagrimas, que se destilan de vuestros ojos, y los profundos suspiros, que arrancais del pecho, oyendo quan penetrantes fueron las heridas, que abrieron en su purisimo corazon las espadas agudas de sus Dolores. Verdad es, que si à vuestra devocion afectuosa añadís un estudio grande de imitar la paciencia invicta, y demás virtudes de la Virgen, será dobladamente acepto à la Virgen Maria vues-

(1) S. Met. de laud. Virg.
(2) S. Anselm. (3) S. Aug.

vuestro Religioso culto. Este será el blanco à donde se dirigirán mis discursos en estos siete dias, consagrandolos igualmente à llorar sus amarguisimos Dolores, y à imitar los raros egemplos de virtudes, que nos dió en ellos. En cada dolor os mostraré, quan herido haya sido su purisimo corazon, y quan heroica su paciencia en tolerarlo. Por este medio intentaré conseguir de vosotros, que à la generosa compasion de cada uno de los Dolores de Maria, añadais una fervorosa imitacion de aquella virtud, en que se señaló sufriendolo. Para abrir el tragico teatro donde Maria Señora nuestra se deja ver como un milagro espantoso de la crueldad, y como un modelo admirable de resignacion, y de paciencia, pidamos al Divino Espiritu las luces necesarias. Y para conseguirlas à medida de mi deseo, y de mi necesidad, recurramos al trono del Altisimo, afianzando nuestros recursos sobre el merito, y la intercesion de nuestra dulce Madre, à quien ruego saludemos con el Angel: AVE MARIA.

TUAM IPSIUS ANIMAM PERTRANSIBIT gladius. Luc. cap. 2.

QUando la Virgen Señora nuestra, segun la costumbre de aquel Pueblo, se presentó en el Templo con su Hijo, para hacer dél al Eterno Padre la mas pública, la mas solemne, y la

la mas digna, y acepta de todas las oblaciones, se dejó ver à la misma hora el Santo Sacerdote Simeon, à quien Dios havia hecho la promesa, de que no iria à juntarse con sus Padres, sino despues de haver visto en el mundo al suspirado Mesias. Vióse el cumplimiento deste oraculo, y tomando en sus brazos el Sacerdote al dulce Infante, levantó los ojos al Cielo, y dejando caer de sus pupilas lagrimas amorosas, que llenavan de otras tantas perlas à sus venerables canas, entonó festivo aquel alegre cantico: *Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum.* Por mí, Señor, ya podeis romper las fragiles ataduras de la carne, que tenian preso mi espiritu, hasta ver el cumplimiento de vuestra palabra. Ya han visto mis ojos à tu saludable lumbre suspirada de nuestros Padres, y gloria de Israel tu Pueblo, y asi no tengo ya mas à que anelar, sino à cerrar mis mortales ojos para no abrirlos ya mas, sino para ver la luz inaccesible de vuestra Divinidad. Qué dices buen Simeon? Deliras por ventura? Apenas has acabado de desahogar tu afecto, apretando amorosamente à tu pecho al dulce Infante, y ya suspiras por morir? Tienes unida à tí la misma vida en un abrazo estrecho, y anelas por la muerte? Tu edad decrepita te ha hecho acaso olvidar las ansias impacientes con que suspiravas por la venida del Mesias? El deseado de todas las gentes ha venido al mun-

mundo; y quando con embidia de los Angeles le tienes en tus brazos, llamas la muerte à grandes voces, para que te prive de tu dicha? Ay Señores mios! que Simeon sabe mejor que nosotros lo que pide. El está ilustrado del Espiritu Santo, y tiene luces de quanto la perfidia Judaica obrará de cruel en la Persona del Redentor. En su imaginacion son ya presentes los tormentos, y ultrages, que el inocente Hijo de Dios sufrirá en sus trabajosos dias. Y para no morir entonces, por el horror del escandalo, à la violencia de su pena, desea morir aora à manos de los tiranos dulces, que son su amor, y su gozo. Asi entendió el deseo del Santo Viejo Timoteo Jerosolimitano. (1) Todas las amarguras se guardavan para el corazon suavisimo de la Santisima Virgen, y comenzó à sentirlas tan anticipadamente como desde esta hora misma, en que buelto Simeon à la tierna Doncella, le hace este vaticinio, capaz de hacer fecundos de lagrimas los mas avaros ojos: Sabrás, Señora, que este Hijo tuyo será algun dia un señal de contradiccion à la Judaica perfidia; y un cuchillo agudo de dolor atravesará de parte à parte tu purisimo corazon: *Ecce positus est hic in::: signum cui contradicetur: & tuam ipsius animam pertransibit gladius.* Pa-

(1) Tim. Jerosol. de Prof. Sim. *Dimitte me nunc obsecro, ne videam nefariam Judæorum in te facinus, ne videam servum alapam infligentem, ne videam simul & Matrem tecum clavis cruci affixam, & spirantem.*

Para concebir una idea inferior, pero algo propia de lo penetrante, que fue esta herida, figuraos Madres, que visitandoos un Sacerdote, venerable por su aspecto, y recomendado del Cielo, con mil maravillas obradas cada dia á la invocacion de su nombre, ò à la imposicion de sus manos, mirase con atencion un niño, que teneis à vuestros pechos, y buelto à vosotras, os digese en tono de inspiracion: Ese niño à quien tan cariñosamente amais, y alimentais con el dulce nectar de vuestra leche, será algun dia con su suerte desgraciada el mayor tirano de vuestro corazon. A pesar de su inocencia, conseguirá sobre ella tantas ventajas la malicia, que le hará parecer reo en los Tribunales. Con las malas artes, que un odio implacable le sugerirá, llegará à conseguir, que se pronuncie contra él una sentencia tan cruel, que pasaria los terminos de justa, aun quando fuesen verdaderos los supuestos delitos. Será poco consumirse años enteros en las prisiones, arrastrar cadenas en los presidios, ser publicamente azotado por las Ciudades. Atiende, Señora, à lo que te anuncio con la luz del Cielo: verás en tus ojos à ese dulce niño en manos de ministros desapiadados. Ellos à tu vista le conducirán al suplicio. Sus emulos celebrarán el cruel triunfo de su malicia con alegres risas, à la hora misma, que un verdugo infame apretará sus fauces con un lazo, y le hará acabar con una muerte igualmente afren-

afrentosa, que cruel. El tiempo calificará mi oraculo. Sirvete dél, Señora, para hacer en estos años, que correrán hasta el cumplimiento de mi profecia, las prevenciones de tolerancia, y paciencia, que necesitáreis entonces. Señoras, si à una de vosotras se hiciese semejante vaticinio, y lo creyese, qual imaginais seria su amargura. Considerad en vosotras mismas el suceso, y de lo que sentís de vuestra pena en tal caso, haced transito à lo que sentiria nuestra dulce Madre, quando Simeon ilustrado del Cielo, le anunció las duras penas, y dolores, que deveria sufrir, mirando á su Hijo morir herido, y desangrado en una Cruz, y hecho obgeto de burla, y de desprecio al barbaro Judaismo: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius.* Atended como explica San Agustin (1) este simbolo, á un cuchillo, que traspasará su corazon; para significar la profundidad de las heridas, que las penas del Hijo, y la compasion de la Madre abririan en su corazon purisimo. Asi como una espada, dice el Santo Dotor, pasando desembainada junto al pecho desnudo de un hombre, lleva à su animo todo el horror de la muerte, mas no le mata; de la misma manera la dolorosa espada, que vibrò de sus profeticos labios

(1) S. August. tom. 4. in Psalm. 104. *Gladius non cedit in anima Virginis, sed ultra pertransiit. Gladius pertransiens juxta hominem timorem facit, & contristat, & tamen non percutit, non occidit.*

Simeon, traspasò el alma purisima de Maria, dejandola con vida. O Madre dulcisima, y dolorosa! Còmo pudiste sobrevivir á una cuchillada tan profunda, que llegò à partiros el corazon? Si David quando oye de boca de Natan, que su pequeño hijo, havido de Bersabé, morirá en breve, se niega à todo humano consuelo, y cerrado en su retrete, se abandona à los gemidos, y las lagrimas, què hariais Vos, oyendo que el dulce infante Jesus havia de ser algun dia el blanco de todos los furores de un Pueblo cruel, que le haria morir con deshonor? Si Ester leyendo en el rostro de Asuero la sentencia, que ha firmado de prescripcion contra todos los Hebreos, dos veces cae desmayada en los brazos del mismo Rey, y de su criada; qué deliquios serian los vuestros, à la intimacion del Sacerdote, de que vuestro Hijo seria entregado á la vengativa furia de unos enemigos apasionados, y crueles? O Maria amorosa! Quién tendrà un pecho tan insensible, que pueda contemplar vuestros internos dolores, sin compadecerse dellos? Quién podrà alabarse, que tiene fé, si viendo vuestro sufrimiento, no tolera con paciencia à vuestro egemplo las pasiones del animo, y las aflicciones del mundo? Cuchillo que corta manos à ladrones, que siega gargantas de homicidas, que decepa pies de reboltosos, que desquartiza asesinos, y corta lenguas de blasfemos, se halla à cada paso, mas cuchillo,

que

que de un golpe traspasa animas, y entrañas, no se halla sino en el corazon martirizado de la Virgen. El cuchillo de Moyses con que matò al Egipcio, el de Elias con que mató à los Idolatras, el de Phinees con que matò à la Amonita, y al Hebreo, herian en los cuerpos, y no tocavan las almas; mas ay dolor! que el cuchillo de Simeon rompiò las carnes del Hijo, y despedazò las entrañas de la Madre. Sobre este pasage hace Ubertino una aguda reflexion. No dice Simeon: *Doloris gladius percutiet*, sino que: *Doloris gladius pertransibit*, que vale decir: no se contentará aquel agudo cuchillo con solamente herir, sino que à manera de una mortal estocada traspasará de parte á parte aquella anima sacratisima, abriendo en ella una herida perpetua, è incurable. Y si esto es asi, ved la ventaja deste dolor sobre todos los otros, que tolerò la Virgen nuestra Señora en todo el discurso de su vida. Desde que Simeon le hizo el triste vaticinio, llevò siempre clavado en su pecho este puñal, como revelò la Virgen à su favorecida Sierva Santa Brigida. (1) Visteis à un hombre, que haviendosele entrado una aguda punza en el pie, mientras no la sacan, no halla alivio, llevando siempre à todas partes su intolerable dolor, y su amargura? Asi, pues, clavada en el corazon de Maria la penetrante espa-

(1) S. Brig. lib. 6. cap. 57. *Dolor iste usque dum assumpta fui corpore, & anima in Cœlum, numquam defuit à corde meo.*

da de Simeon, llevò en ella à todas partes el cruel tirano, que la martirizava.

Atribuyese à un amable efecto de la providencia de Dios, no saber nosotros anticipadamente nuestras futuras desgracias. Sino fuera asi, pobres de nosotros! Gemiriamos en tal caso continuamente à la vista de los miserables sucesos, que se harian presentes à nuestra imaginacion. Qué corazon dejaria de ser combatido siempre de tristisimas congojas, si mirase con vista infalible todas las aventuras afligentes, y trabajosas, que le quedavan que pasar hasta su muerte? Por esto decia Seneca, (1) no haver mayor miseria, que la prevision de las futuras miserias. Y tal fue la de la Virgen nuestra Señora, la qual teniendo siempre à la vista la pasion dolorosa de su Hijo, era atormentada con anticipacion à los tormentos, y mantenia en el alma una herida abierta, para la qual ni hallava remedio, ni lenitivo, sino en su invicta paciencia. Ay de mi! y quanto atormentaria à la Virgen el pensamiento continuo de lo que su amado Hijo havia de padecer? Què espada seria tan aguda à su corazon la memoria del barbaro estrago, que se haria algun dia en la persona de Jesus, aora en las calles públicas de Jerusalen, despues en las Salas de los Pontifices, y ultimamente sobre la dolorosa cima

(1) Senec. Epist. 98.

ma del Calvario? No poderse distraer destos pensamientos tan funestos, y tormentosos, era un martirio mas cruel, que todos los que trazaron los Dioclecianos, y los Nerones.

Atended à Maria nuestra Señora, oyentes, que tiene con Jesus su Hijo domesticas, y familiares conversaciones, en las quales confieren las comisiones del Padre, el cumplimiento de los oraculos antiguos, y la union de todas las Naciones, bajo la Cabeza de Jesu Christo, encargado de desembolsar el precio de la Redencion de todas. Qué significavan aquellas frequentes avenidas de dulces lagrimas, que bañavan el rostro, y los vestidos de la amorosa Madre? Qué querian decir aquellos suspiros tan profundos, que arrancava del corazon oprimido? Qué misterio tenian aquellos tristes ayes, y aquellas suspensiones misteriosas, en que se quedava hablando con su Hijo? Y qué queria significar aquel apartarse apresuradamente de Jesus, para encerrarse en su retrete, y llorar alli, y suspirar mas francamente? Ay, señores! que todos son efectos del cruelisimo dolor, que le produce la memoria, rebolviendo en su mente las funestas aventuras de su Hijo. Embolviale, quando era niño en los pañales, y representandole en las fajas los cordeles, imprimia un dulcisimo osculo en sus megillas, y toda llorosa le decia: Ay Hijo, y cómo he de tener yo corazon para ver despedazadas las carnes, que cu-

cubren estos purisimos lienzos, y agarrotados con sogas, y cadenas los delicados miembros, que aora con un servicio agradable oprimen estas fajas? Miravale chupar de sus amorosisimos, y virginales pechos el dulce nectar, y arrancando un suspiro profundo le decia: Toma Hijo mio en esa leche desleido mi mismo corazon, y vaya en recompensa de aquella bebida de hieles con que serà atormentada vuestra boca. Atendiale que dormia algunas veces con gran sosiego, y reposo en su tarimilla, y mirandole largo tiempo, sin dispertarle se decia à sí misma: Triste de mí! Y en qué otra cama tan diferente he de verte tomar el sueño à medio dia? Serà posible, que con mis ojos he de ver substituir por esa cuna una Cruz, donde mi Hijo desfigurado, y herido se rendirà al sueño de la muerte? Miravale muchas veces, que ayudando à su Padre en su trabajoso oficio, tomava algunos leños, y como por descuido, ù entretenimiento formava dellos pequeñas Cruces, y arrojando entonces la dulce Madre surpiros tiernos, decia con amarguisimo dolor: Ah, hijo mio! y por qué me anticipas en esas Cruces la vista de aquella, donde he de verte puesto en agonias penosisimas? No me martirices tan presto mostrandome tan de antemano el tirano obgeto de mi suplicio, y el tuyo. Virgen dulcisima! Virgen amorosa! Madre inocentisima, no te condenes tan presto, con esas tristes imagina-

na-

naciones, à ser atormentada antes que vengan los tormentos. Divertid la mente desos pensamientos tan afligentes. Distraeos à otros obgetos agradables, que sino os llenan de jubilo, seràn à lo menos un pequeño alivio à vuestros afanes. Faltan obgetos festivos, en que ocupar la mente, y el corazon? Ilustrada con profundo misterio del Altisimo, de todos los pasages de la vida de Jesus, no teneis especies alegres que oponer à esas imaginaciones tan tristes, y funestas? Unid Señora, la miel con la retama, y poned siquiera en equilibrio el gozo, y la tristeza. Mirad à vuestro Hijo en el Templo de Jerusalen haciendo de Maestro, y llevandose los aplausos, y admiraciones de los Sabios. Seguidle por la Judea, y le vereis hacerse tan dueño de los corazones de todos con los famosos milagros que và obrando, que todos los pueblos le bendicen, *le celebran*, *le aplauden*, y llegan à aclamarle por su Rey, y por su Señor. Atendedle sobre el Tabor, donde su rostro resplandece como el Sol, sus vestidos le quitan à la nieve la vanidad de su blancura, Elias, y Moyses le hacen corte, el Eterno Padre le declara al mundo por su Hijo, y él ostenta con pompa faustosa el esplendor, y hermosura de su cuerpo. Miradle en las riberas del Jordàn, si bien humillado à los pies de su Precursor, pero levantado sobre todos los ordenes de los espiritus mas dichosos, por el testimonio autentico de su Di-

vi-

vinidad, que dieron los Cielos, abriendose por sí mismos, y descendiendo el Espiritu Santo en forma de Paloma sobre su cabeza. Bolveos Señora à las bodas de Canà, y el gozo de los esposos, y convidados, junto con los aplausos, que dieron todos à la primera de las maravillas ruidosas de vuestro Hijo, no podrà menos de adormecer siquiera vuestras presentes penas; dejando en algun reposo vuestra dulce tranquilidad.

Mas necio de mí! qué es lo que pretendo con hablar à la Virgen en este lenguage tan incognito à la amargura de su pena, doy ciertamente unas pruevas nada equivocas, de no entender ser incurable la herida, que abriò en el espiritu de Maria, la infalible noticia, que le dió Simeon de las futuras penas de su Hijo. No tuvo la Virgen jamas algun pensamiento de su naturaleza tan festivo, que al introducirse en su fantasia, no se convirtiese luego en amargura. Y veis en esto el significado de aquella metafora de Jeremias en sus Trenos: (1) *Facta est velut mare contritio tua.* Pues como expone Ubertino de Casale, (2) asi como las aguas de los rios, y de las fuentes, mientras corren sobre la superficie de la tierra, mantienen su nativa dulzura,

Y

(1) Thren. cap. 2.

(2) Ubert. de Cas. lib. 4. cap. 15. *Quia sicut omnia flumina, quæ in mare refluunt, in amaritudines convertuntur; sic omnes cogitationes tuas mare cordis tui in amarum lamentum absorbebat.*

y suavidad; y apenas entran en el mar pierden sus qualidades, y contraen todas las inquietudes, y amarguras de aquel salado elemento: asi todas las alegrias, y consuelos, que recibia Maria Señora nuestra á la vista de un Hijo tan respetoso, tan obediente, y tan humilde, como grande, se bolvian en el fondo de su corazon en amarguras, y penas, reflectando, que aquel mismo Hijo suyo tan amable, havia de ser algun dia puesto en una Cruz, y muerto sobre ella como malhechor. Estos amarguisimos sentimientos de la Virgen, nunca interrumpidos con los alegrisimos sucesos de los triunfos, y ventajas de su Hijo, la representan en aquella dichosa Esposa de los Canticos, á quien su dilecto era un acecillo de mirra, que llevava siempre presente en el regazo dulce de sus pechos: (1) *Fasciculus mirræ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur*, que vale decir: mi Hijo es para mí un obgeto perpetuo de dolor, no pudiendo divertir mis pensamientos de sus futuras calamidades, y destrozos, y por esto, qual acecillo de mirra le llevo sobre mi pecho, para alterar con ingrata amargura qualquiera alegria consoladora, que pretende hacer alguna morada en mi corazon. Fue, como si la Virgen, para contraer mas perfectamente la metafora, ó dar al simbolo una aplicacion mas clara, huviera

(1) Cant. 1. v. 13.

ra dicho: Mi dilecto pone la corona á mi alegria, quando se presenta á mis ojos hermoso mas que mil Soles, cuyos cabellos son ebras de oro, y cuyas miradas amables arrebatan en extasis de gozo; mas la acerba memoria de que su hermosura será desfigurada, sus cabellos bañados con su sangre, y las lumbreras de sus ojos dos astros eclipsados, me le convierte en acecillo de mirra, que buelve en acibar toda mi dulzura. Mi hijo amado es todo el gozo de su Madre, quando es aclamado, seguido, y celebrado por sus milagros; pero la luz que tengo de que los mismos, que aora levantan su gloria hasta las Estrellas, le humillarán algun dia, tratandole como al mas abatido, y despreciable de los hombres, me le representa un acecillo de mirra, que destila toda su amargura en mi corazon. Quando se presenta à mi imaginacion mi Hijo en el acto de entrar triunfante en Jerusalen, se llena mi espiritu de gozo, por los justos aplausos que él recibe; mas ofreciendose luego á mi pensamiento, que aquellos triunfos, y aclamaciones son las vigilias de sus oprobios, y su muerte, se buelven las palmas en otras tantas espadas, que dividen mis entrañas de pura pena.

O Virgen purisima herida en lo mas interno, y delicado de vuestro corazon, con una cruel espada, quan profunda, y quan incurable fue vuestra herida, desde que la recibiste de la profetica len-

lengua de Simeon? Si pudiera servir de balsamo á vuestra llaga nuestra sangre, dieramos la mas pura de nuestras venas, para medicarla. Si nuestras lagrimas fueran capaces de ser lenitivo á vuestros dolores, jamàs cerráran sus puertas nuestras pupilas. Decidnos, Señora, quién fue el cruel artifice dese fiero cuchillo, con que miro atravesado vuestro pecho? En qué oficina se fabricó esa cruel espada? De qué manos salió esa arma, que de un golpe rompe vuestras purisimas entrañas, y llega á atravesar vuestra alma sacratisima? Mas ay de mí! qué es lo que pregunto! Necio de mí, que ni aun sé disimular mi malicia. Si la Virgen sabe, que yo he leido á Isaias (1) á qué viene preguntarle del cruel autor de aquella espada? Ha Madre mia amorosa, y dolorosisima! Confieso que mis pecados han sido el hierro de que ha sido formado el puñal agudo, que llevais clavado en vuestro pecho. Mis desregladas pasiones han sido el cruel artifice dese sangriento cuchillo. Mi corazon ha sido la oficina donde se ha formado, y en mi depravada voluntad ha tomado un temple tan barbaramente cruel, que llega á partiros el corazon. Perdonad, piadosisima Señora, á quien lleno de amargura, y de confusion, se confiesa homicida de vuestro Hijo, autor de una espada tan cruel, y quien ha abierto

(1) Isai. 53. v. 5. *Vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra.*

una herida incurable en vuestro pecho: Por tantó; *Quis dabit* (repito con Jeremias (1) en mi amargura) *capiti meo aquam, & oculis meis fontem lacrymarum, & plorabo die, ac nocte*: quien diese agua á mi cabeza para hacer de mis ojos dos fuentes de perenes lagrimas, y asi llorar de dia, y de noche mis delitos, y vuestras amarguras. Dulce Madre mia, yo no tengo valor para mirar tan fija en vuestro corazon esa aguda espada. Ay de mí! que no se deven á vuestro dulce corazon heridas tan crueles. Venga sobre el mio tan fiero puñal, ya que con sus delitos es reo mil veces de mayores llagas. Herid, Señora, con la espada de vuestro dolor mi durisimo corazon, y sino quereis cederme todas vuestras penas, dadme á lo menos una buena parte en vuestros dolores. Abrid, dulce Madre, una herida en mi pecho, que siendo herida de vuestra mano, no dejará de serme saludable. Dejad abierta en mi corazon una llaga incurable, y en ella una perene fuente de lagrimas; piadosas por la compasion de vuestras penas, y amargas en detestacion de mis propias culpas. Hagamonos, oyentes, capaces desta gracia, que yo pido á la Virgen por vosotros, y por mí, con una constante aplicacion á imitar el generoso egemplo de virtud, que nos dió en este primer pasage de su funestisima tragedia.

Ve-

(1) Jerem. 9.

Vemos que ella sufre con una paciencia invicta el cruel golpe de aquella espada de Simeon? Confundamonos, pues, nosotros de no saber tolerar resignados una pequeña adversidad, ni aun un dolorcillo algo molesto de nuestra carne, y propongamos á su imitacion, esperar con alegre frente los trabajos, y sufrirlos con una christiana resignacion. Sirvanos su egemplo de llevar siempre delante de los ojos la sangrienta imagen del Salvador, aplicados á meditar el trato cruel, y la muerte ignominiosa á que se sugetó por nuestra salud. Estos pensamientos del sangriento destrozo, que hizo en las purisimas carnes de nuestro buen Jesus la fiereza de los Hebreos, desterrará de nosotros este amor desordenado de los placeres del cuerpo, este deseo criminal de la terrena gloria, este importuno afan de procurar las delicias de los sentidos, y esta codicia desenfrenada de injustas ganancias. La perpetua memoria de los dolores del Hijo, y del ilustre egemplo de paciencia de la Madre, nos inspirará un favor grande de caridad, y de gratitud, nos distraerá del amor al mundo, y sus vanidades, nos sugerirá un animo grande para mortificar la carne, y las pasiones, y un deseo fuerte de hacer una eterna separacion de todo aquello, que puede embarazarnos el consagrarle á Dios nuestros afectos. Alcanzadnos Señora esta gracia, que os pido, de darnos los socorros necesarios, para no dejar esteriles vuestros egemplos.

DO-

DOLOR II.

QUI CONSURGENS ACCEPIT Puerum, & Matrem ejus nocte, & secessit in Ægyptum. Matth. cap. 2.

LOs oraculos del Cielo devian cumplirse: Isaias (1) havia dicho inspirado: El Señor entrará en Egipto, apoyado sobre una ligera nube, y á su vista se comoverán los Idolos, hasta caer en el suelo con una ruina miserable. San Ambrosio entiende (2) por esta nube ligera á Maria Señora nuestra Doloroса, en cuyos brazos hizo el Niño Jesus su entrada en Egipto, donde en Heliopolis se vinieron al suelo, en un solo Templo, trecientos y sesenta y cinco Idolos, correspondientes á los dias del año, en cada qual veneravan con sacrilego culto su propio Idolo. (3) Mas el cumplimiento destos oraculos del Cielo se ordena de una manera tan superior á nuestros alcances, que para no titubear nuestra fé, es necesario re-

(1) Isai. 19. *Ecce Dominus ascendet super nubem levem, & ingredietur Ægyptum, & commovebuntur simulacra Ægypti.*
(2) S. Ambros. exhort. ad Virg.
(3) Tost. in q. 60. in cap. 2. Matth.

recoger á toda prisa las velas á los discursos humanos, y someterse á adorar á ciegas los inscrutables juicios de la Providencia. Porque veis aí, que apenas el Unigenito del Eterno Padre vestido de mortal carne, se deja ver en el mundo en el tierno regazo de su Madre, se pone en armas contra él un Monarca injusto, y celoso de que un niño dege las fajas por la purpura, y haga transito al trono desde la cuna, resuelve acabar con sus temores apenas nacen, y quitarles la vida antes que lleguen á ser adultos. Determina deshacerse de un enemigo, que desde la cuna le llena de temores, y sobresaltos, y para que no se escape de los filos de su espada, le busca entre todos los niños de Belen, y sus contornos, dando sus ordenes para que mueran todos sin exencion. Qué cosa mas facil á Dios, que destruir al Tirano con una seña hecha á los ministros, que sirven á su justicia? Qué regularidad de proceder mas natural, que castigar el nefando atentado de un Rey cruel, como castigó menores insultos, y atrevimientos en Pharaon, en Senaquerib, y en los Idumeos? Nada mas le huviera costado, que hacer entender sus ordenes, para confundir los consejos de Herodes, desbaratar sus ideas, desconcertar sus medidas, y aun unir todas las espadas de los soldados en la garganta del Rey, haciendo dél una victima á la severidad de su justicia. Sin embargo, en vez de despachar del Consejo de la Tri-

ni-

nidad ministros encargados de bajar con espadas de fuego á quitarle la vida al sobervio Rey, se embia un Angel con ordenes á Josef, para que á la misma hora, y con el socorro de las tinieblas huya con Jesus, y Maria á toda diligencia, sin hacer detencion, hasta establecer su domicilio en el Egipto: *Accipe puerum, & Matrem ejus, & fuge in Ægyptum*: Quién podrá ser tan temerario, que presuma levantar su mente á concebir, ni aun una idea imperfeta de los consejos de la adorable Providencia? El que mantiene la vida del Tirano huye de su espada. Quien tiene todo el poder sobre los Angeles, y los hombres, le toma á la noche prestado su velo para ponerse en cubierto contra el furor de un Rey cruel, y el que á un simple contacto de sus manos, hace humear los montes en su presencia, no teme mostrar flaqueza á la vista de un hombre, que puede aniquilar con una mirada. Adoremos, oyentes, con sumision, y con respeto los juicios del Altisimo: y pues su Magestad deja al Tirano con la libertad de encruelecerse, y se condena á sí mismo á tolerar las incomodidades de un destierro, apliquemos nuestras atenciones á considerar el agudisimo dolor, que produjo en el espiritu de la Virgen el orden del Señor, de pasar á Egipto, lo qual nos obligará á ofrecerle á nuestra dolorosa Madre el devido tributo de nuestra compasion. Atendamos á considerar su amargura, y pena en esta jornada, sin

sin distraernos de aprender sus generosos egemplos, para avalorar nuestra compasion, con una imitacion fervorosa de sus virtudes. Mas antes saludemos á nuestra Madre dolorosa con la oracion del Angel: AVE MARIA.

QUI CONSURGENS ACCEPIT PUERUM, & Matrem ejus nocte, secessit in Ægyptum. Matth. cap. 2.

EN la hora misma, que Josef recibe los oraculos del Cielo, deja el dulce reposo, y pasa luego á comunicar con su Esposa el duro precepto que acaba de recibir del Altisimo, de partir entonces mismo para Egipto. (1) Qué amargura para la pobre Madre, considerar, que armandose contra su dulce Hijo el poder de un Rey Tirano, era constreñida á la dura necesidad de dejar su casa, y partir á un Pais idolatra, cuyos moradores no harian sino un barbaro trato á unos peregrinos, que en su porte no ostentavan esplendor de riquezas, ni de nacimiento? Qué llaga tan profunda abriria en su purisimo corazon la dolorosa nueva, que le dava el Santo Patriarca, de haver de exponer á su dulce niño á las incomodidades de una jornada, que devia hacerse por los asperisimos, y peligrosos

D de-

(1) Matth. 2. *Futurum est enim, ut Herodes quærat Puerum ad perdendum eum.*

desiertos de Egipto, sin mas tiempo para hacer provisiones, que los pocos momentos que eran necesarios para unir en un fardillo las fajas, y pañales de Jesus? Representavanse á su mente los afanes, que devian sufrir Hijo, y Madre con el castisimo Esposo en unos caminos esteriles, fecundos solamente de fieras, y asesinos. Arrancava profundisimos suspiros del corazon, y ponderando la dureza del precepto, al mismo tiempo, que venerava con respeto, y con sumision egemplarisima los consejos inexcrutables de la Providencia, decia dentro de sí misma: Es posible, que haviendo Dios proveido de tan sabias ordenanzas á su Pueblo, y dispuesto las penas á que devian sugetarse *los transgresores*, tan dura pareció á su Magestad la pena del destierro, que no quiso dictarla á Moyses por el quebrantamiento de ninguno de los mas estrechos Canones, y solo mi inocente Hijo, y su affigida Madre han de tolerar ser desterrados del nido de su nacimiento á un Pàis barbaro, y desconocido, sin mas humanos socorros, que los que pueden esperar de la Providencia? Mientras la Virgen nuestra Señora desahogava un poco su pena con este, y semejantes razonamientos, corrian los instantes, que devian hacer preciosos para librar al niño de las celadas de Herodes. No pensó la dulce Madre, qué digo quejarse de las disposiciones del Cielo, ni aun examinar con un cuidado escrupuloso una condu-

duta tan irregular de la Providencia, pero ni se quejó de la dureza del precepto, ni se resintió de haver de caminar á jornadas precipitadas en tiempo riguroso, y sugeta á mil incomodidades, á un Pais distante, idolatra, y enemigo. Si se le ofreció al pensamiento pedirle al Señor tuviese á bien embiarla á alguna de las Cortes de los tres Reyes Orientales, donde su Hijo estaria á cubierto igualmente contra el furor de Herodes, y en el afecto, y piedad de aquellos Monarcas hallarian ambos una acogida acomodada, y honrosa, no quiso hacerlo, por someterse á ciegas á las ordenes del Cielo, obedeciendo al Señor sin replicas, ni quejas.

Qué egemplo tan raro, Señores mios, de obediencia! Mas quan esteril le deja nuestro amor propio? Si los ordenes de Dios intimados por los internuncios de las santas inspiraciones tienen en su cumplimiento algo de costoso, y repugnante á nuestra propia comodidad, ó dejamos de obedecerlos, ó los obedecemos con repugnancia, y con desagrado. Nos quejamos de Dios, quando sus ordenes no se acomodan á nuestro genio. Murmuramos de su Magestad, porque nos obliga violentar nuestras malvadas inclinaciones, para cumplir sus preceptos. Quisieramos, que el Señor nos ocultase, para mandarnos aquello solamente, que lisonjea nuestro amor propio, y dice con el genio de nuestra curiosidad. Aun sus preceptos mas suaves, y mas li-

geros, los reusamos fingiendo trabajo en su cumplimiento, como se dice en el Psalmo: (1) *Qui finxit laborem in præcepto.* Ah oyentes! qué confusion mas vergonzosa para nosotros, ver á la Virgen nuestra Señora, que con una heroica obediencia se dispone luego á cumplir una orden, cuya egecucion havia de serle tan costosa? Si la intimacion de pasar á Egipto, fue una aguda espada al corazon de la dulce Madre, ella no pretendió, ni aun suavizar su herida, inquiriendo con curiosidad de las asistencias, que tendria en el viage, ni de la buelta á su Pais. Todo lo fia á los consejos de la Providencia, y cerrados los ojos á todo lo demas á nada mas atiende, que á obedecer con prontitud, y con alegria. A consequencia, pues, de su pronto animo en cumplir los ordenes, que recibia del Cielo, ,, se encaminó, dice la V. M. sor Maria de Jesus ,, de Agreda, ádonde Jesus niño está entonces dur- ,, miendo en su cuna: (2) Descubrióle la Divina ,, Madre, y no dispertó, porque aguardó aquellas ,, tiernas, y dolorosas palabras de su amada: Huye ,, querido mio, y sea como el Cerbatillo, y el Cabrito ,, por los montes aromaticos: Venid querido mio, sal- ,, gamos fuera, y vamos á vivir en las Villas. Dulce ,, amor mio, Cordero mansisimo, vuestro poder no ,, se limita por el que tienen los Reyes de la tierra; pe- ,, ro

(1) Psalm. 93. v. 21.
(2) Mist. Ciud. de Dios, p. 2. lib. 4. cap. 21.

„ro quereis con altisima sabiduria encubrirle por „amor de los mismos hombres. Quién de los mor„tales puede pensar, bien mio, que os quitará la „vida, pues vuestro poder aniquila el suyo? Si los „buscais para darles la que es eterna, cómo ellos „quieren daros muerte? Pero quién comprenderá „los ocultos secretos de vuestra providencia? Ea, „Señor, y lumbre de mi alma, dadme licencia „para que os despierte; pues si Vos dormís, vues„tro corazon vela. Dicho esto se llegó la dulce Madre con sumo cariño á la cuna de Jesus, el qual no dejó de derramar algunas lagrimas al dispertarle, como verdadero hombre, pero la cuidadosa, y advertida Madre cuidó acallarle, apretandole cariñosamente á sus pechos amorosisimos. Luego sin mas visible comitiva, que un Esposo pobre, sin mas recamara, que un humilde jumentillo cargado con la caja de las fajas, y pañales, sin otra provision, que su confianza en la Providencia, se salen de la Ciudad á media noche, sin ser advertida su fuga, sino de las Estrellas, y las tinieblas. A Dios Jerusalen, á Dios Belen, á Dios Nazaret, á Dios Judea, que el suspirado de las Gentes, el vaticinado de los Profetas, el esperado de vuestros Padres, sale desterrado para Egipto. El que ha venido al mundo, no á establecer su Monarquia terrena, ni á hacer la guerra á los Principes deste siglo, sino á los del abismo, es buscado como sospechoso á la

quie-

quietud, y autoridad de un Rey cruel, que considera su muerte como necesaria, para el sosiego de sus temores. Quien no ha tenido otro designio, que derramar toda su sangre para hacer della el precio de la redencion humana, es obligado á dejar el dulce nido de su nacimiento, porque un zeloso Rey la quiere derramar antes de tiempo. A Dios contornos de Jerusalen, y de Belen, que os deja una sacratisima familia, y una visible Trinidad, porque se suspira por la muerte de aquel, que ha venido à dar la vida á todos.

Oyentes mios, no os enterneceis mirando nuestros peregrinos, que favorecidos de las tinieblas salen fugitivos de su Ciudad? Qué entrañas podrán mantener tal dureza, que no se suavicen á la vista de una pobre doncella, que sale desterrada como delinquente, con su tierno niño al pecho, y sin mas consuelo, que el de su Esposo? Atendedla con la imaginacion á la hora de media noche, apoyada sobre un humilde jumentillo, sin mas recamara, ni provisiones, que las que sufren la pobreza de su Esposo, y la precipitacion de su viage. Miradla salir de su casa, llevando apretado á su pecho al dulce niño, al qual hace mil caricias, y ternuras para recompensarle la injuria, que recibe de Herodes, y detener en sus pupilas las lagrimitas. Os confieso, que quando abstraido un poco de todo lo visible aplico mi atencion à considerar la silenciosa

sa-

salida de la Virgen Señora con su Hijo para Egipto, siento comoverseme tan vivamente las entrañas por la compasion, que sin poder contener la vehemencia de mi afecto, clamo á mis solas muchas veces: A Dios Virgen Purisima, á Dios Esposo afortunado Joseph, á Dios dulce Jesus, perseguido de un cruel Rey, como sospechoso. A Dios Familia sacratisima. El corazon se me parte de pena al considerar las urgencias, y los afanes, que havreis de sufrir en una jornada tan prolija. Quién pudiera hacer de su sangre un precio bastante para eximiros de los duros rigores, que os esperan en los desiertos espantosos del Egipto? Quién pudiera acompañaros, pero con dignos equipages, para suavizar la precisa molestia de tan largos, y afanosos caminos? Quién huviera merecido serviros de esclavo para ahorraros de algunos trabajos, en buscaros la comodidad para pasar las noches de invierno, en unas soledades tan erizadas, y tan frias? Llevaos siquiera mi corazon, pues no quiero quedar con él, ausentandose el obgeto dulce de sus ansias, y de su afecto.

Yo explico asi, Señores mios, mi compasion á la dulce Madre, porque aunque sé, que llevando á Jesus en su compañia, llevava todo el capital de su felicidad, y de su gozo, y empeñada en sus asistencias á la Providencia; no obstante, como ésta en la trabajosa vida de Hijo, y Madre dejava abier-

to

to el campo á los trabajos, y á las aflicciones, para mayor merito de la Virgen, y otros fines reservados en sus juicios secretos, no dejo de considerar á nuestra Madre dolorosa, expuesta á dar en su sufrimiento, y tolerancia, las pruebas mas solidas, y sensibles de su sumision á los ordenes del Cielo. Conviene por tanto, para concebir una idea propia de su verdadera amargura, considerar en el espiritu de la Virgen cerrados sus intersticios por aora á la luz del Cielo, y en un estado todo natural. Esto supuesto, no podria menos de sentir, haver de dejar su nativo pais, á quien tenia un natural afecto, haver de dejar su casa, donde, aunque no tenia riquezas, no le faltavan algunas comodidades para socorrerse oportuamente en sus urgencias; haver de abandonar á sus consanguineos, y conocidos para transferirse á un pais, que distava quatrocientas millas, (1) á donde para llegar havia de costarle trabajosas fatigas, y puesta en él mas afanes, y solicitudes para fijar su habitacion, y mantenerse. La religion de los naturales, siendo idolatras de profesion, la llenarian de inquietudes, y de temores, pues si el Rey Tirano de la Judea alargava su espada ácia el Egipto, no faltaria quien los sacrificase á su furor. Pero todo pesava menos, que el cumplimiento de los ordenes de Dios. Ella cerró sus

ojos

(1) Barrad. lib. 10. cap. 8.

ojos á todas las razones, que podian retardar su obediencia, y dando una heroica repulsa á la carne, y sangre, emprendió su trabajoso viage, llevando atravesado el corazon con la penetrante espada de su dolor. Como el orden del Cielo era de salir á toda diligencia, y la prevencion ninguna, padecieron infinito en las jornadas apresuradas, que hicieron para salir de los terminos de la Judea. Le pareció á la dulce Madre oir el estrepito de los Soldados, que inundavan la Palestina, los tristes valídos de los niños, que como tiernos Corderillos eran imolados á los celos del cruel Rey, los clamores de las madres, que miravan arrancarles del pecho los tiernos infantes, y despedazados en su presencia. Representavansele tan vivamente á la fantasia los sangrientos furores, que iva egecutando la soldadesca de Herodes en Jerusalen, Belen, y sus contornos, que le parecia mirar á una madre, que forcejando con el soldado para salvar su niño, ella le estrechava tan fuertemente; y él hacia tanta fuerza para arrancarle de sus brazos, que venia á ser victima de entrambos; á otra, que mirando entrar el cuchillo en la garganta de su tierno hijuelo, se abandona á los furores, y al desconsuelo; á esta, que se arranca los cabellos, y se desfigura la cara con despecho, mirando hacer carniceria de aquel dulce pedazo de su corazon, y á aquella finalmente, que aora encarada con los mi-

nistros de Herodes, reprende su barbara obediencia, y buelta luego al Cielo, levanta las manos, y los ojos para decirle al Señor: O suspirado de las Gentes, en cuya presencia se disipa todo el poder de los hombres, venid manifiestamente al mundo; ya que sois superior á todas las Potencias terrenas, y salva á nuestros infantes, y á sus tristes madres de unas desgracias tan sensibles, y dolorosas. Estas representaciones tan vivas hacian en el corazon de la dolorosa Madre unas impresiones tan compasivas, que la obligavan á hacer fecundisimos de perlas sus virginales ojos, y enternecer los desiertos con sus suspiros. Mas este conocimiento del furor de Herodes, y de los rios de sangre, que corrian por la Judea, la obligavan tambien á adelantar sus jornadas, hasta emboscarse en las soledades. Sigamosla, oyentes, con el pensamiento, y con el afecto, y para tomar las preciosas lecciones de su conformidad, y de su paciencia, observemos lo que sufre, con una heroica resignacion, en aquellos desiertos esteriles, y arenosos, inhabitables á los hombres, y habitados solamente de fieras, y serpientes. Sino somos mas duros, que aquella piedra, que al contacto de algunas gotas de su leche (1) (haviendose sentado sobre ella para dar el pecho á Jesus en esta jornada) se convirtió en una candida ma-

(1) Quaresm. y Fr. Josef de S. Ther.

masa, cuyos polvos obran mil prodigios en los enfermos, segun el testimonio de muchos Autores, no podemos escusarnos de acompañarla, pero penetrados de una afectuosa compasion. O Madre afligidisima! seria yo ciertamente mas duro, que una roca, si deshaciendose las piedras en polvo por la compasion de vuestras aflicciones, no sintiese yo comoverseme el corazon en el pecho, meditando vuestras amarguras.

Ay Señores mios! que se turban mis pensamientos, y titubea mi lengua al haver de decir los trabajos, y fatigas sufridas en una jornada tan solitaria, tan larga, tan precipitada, y destituidos los peregrinos de todos los socorros humanos. Mil pensamientos tristes los sorprenden, y á cada paso se les representan obgetos funestos, que acrecientan sus recelos, y sus temores. Qualquiera ruido los asusta, sospechando, si por ventura informados los ministros de Herodes de su fuga, les dan alcance. En cada espesura temen una espia, en cada sombra se les representa un foragido, ni atraviesan selva, donde no teman una emboscada. No fueron vanos estos temores, pues cuenta San Anselmo, (1) que al pasar un bosque se les puso delante una quadrilla de asesinos, que mirandoles con fiera vista, amenazavan quererlos despojar de sus pobres ha-

(1) Apud Mons. tom. 5. disc. 10.

veres ó de la vida. Mas un cierto Dimas Egipcio, Gefe de todos ellos, herido de las dulces miradas de Hijo, y Madre, se suavizó de manera, que enternecido á la vista de tan inocente modestia, cumplió con ellos los oficios, que pudiera inspirarle una christiana compasion. El recibió el premio de su piedad, pues sentenciado á morir el mismo dia, y al lado del Redentor, tuvo el consuelo de oirle: *Hodie mecum eris in Paradyso*: Oy estarás conmigo en el Paraiso.

O! y quantos dias pasarian la Virgen, y su dichoso Esposo, sin otro alimento, que raices amargas, ó frutos desabridos de aquellas plantas silvestres? Quántas veces transidos de sed entre aquellos arenales nuestros dichosos peregrinos, correria Joseph por aquellos bosques á buscar un manantial, y no hallaria otra agua para apagar la sed de entrambos, sino la de una turbia, y cenagosa laguna? Quántas noches pasarian á cielo abierto, en tantas jornadas, como eran necesarias, para atravesar sesenta leguas de despoblado? Sucedia en estas ocasiones, que acomodando el diligente Esposo de algunas ramas, y de su pobre capa, un pequeño pavellon para reparar de las inclemencias á Hijo, y Madre, él se quedava apoyada su cabeza sobre un peñasco, sin poder tomar el sueño, (1) por el rigor del

(1) Cant. 3. v. 4.

del frio, substituyendo por aquellos sesenta fuertes, que velavan al rededor del lecho de Salomon. Otras noches lluviosas, y destempladas se retiravan á pasarlas con alguna menor incomodidad, al seno de algunos grandes peñascos, cuyas entrañas eran el nido regalado, donde la inocente Paloma hacia su morada en los agugeros de la piedra. En una destas ocasiones llegaron las nueve de la noche sin haver tomado en todo el dia algun alimento, ni tenerlo entonces, ni donde buscarlo en aquellas soledades. (1) A esta afliccion se añadia, que destemplados los elementos, se desató una importuna lluvia, y se enfurecieron tanto los vientos, que eran afligidos destos incidentes, sobre la hambre, cansacio, y desamparo. El niño Jesus, que aun no tenia cincuenta dias, sentia estas incomodidades, como verdadero hombre, y levantando el valído, y derramando lagrimas se inclinava tiritando de frio sobre el dulce pecho de su amorosa Madre, la qual abrigandole con las mantillas, y paños, y haciendole dulcisimas caricias, le procurava todo el alivio posible. Pero ni su cuidado podia defenderle de las inclemencias, ni la solicitud de su Esposo podia proveer á entrambos de alimento, cuya falta reducia á los felices Esposos á una extrema debilidad. La prudente Señora ocurrió á todo en una si-

(1) V. M. Agred. part. 2. lib. 4. cap. 23. num. 632.

situacion tan triste, y dolorosa. Usando pues, de su autoridad sobre los elementos, les mandó, que templasen sus rigores, y fuesen piadosos con su Criador. Y orando á su Magestad para que los proveyese de alimento en tan extrema urgencia, obligó al Señor á que renovando con modo mas digno, y admirable las antiguas condescendencias de su amorosa bondad, les preparasen los Angeles una mesa en el desierto, servida de panes, de frutas, y de una especie de licor suavisimo, y dulcisimo.

Con esta alternativa de favores del Cielo, y trabajos de la tierra continuavan sus jornadas los felices Peregrinos, quando fatigado el Santo Patriarca de caminar por aquellos ardientes arenales, y oprimida su Esposa del calor del Sol, mostravan cubiertos sus rostros de sudores copiosos, siendo la fatiga de cada uno, una pena mas sensible para el otro, que la propia. Cubrese algunas veces con su manto la dulce Madre para defenderse á sí, y á su Hijo de los aguaceros, y temporales. San Joseph, que camina à pie, dobla su fatiga con el peso molesto de su capa, de que no puede deshacerse para defenderse con ella de los ayres, y las lluvias. Llora el dulce Niño en el regazo de su amorosa Madre, la qual no pudiendole defender, ó creyendo, que no conviene usar de su poder para defenderse siempre de los ardores del Sol, del rigor del ayre, y de las lluvias importunas, elige el medio para enjugar

sus

sus lagrimas, de apretarle al pecho, y darle en su leche destilado todo el corazon. Suspira la afligida Madre por su amargura, y mucho mas por la de su Hijo, y prorrumpe en ayes lastimosos, y suspiros, capaces de mover á ternura á los peñascos. Aora se buelve á su afligidisimo Esposo para decirle: Paciencia Joseph; buen animo Esposo mio amantisimo, nosotros mas que todos conviene, que adoremos las disposiciones de Dios, y nos resignemos en los consejos de su Providencia. Aora se afronta con Jesus su Hijo, y deshecha en un llanto amarguisimo le dice: Sufre Hijo mio estas trabajosas incomodidades, y aprende del rigor dellas la acerbidad de las otras, que havrás de sufrir en el curso de tu mortal vida. Estas son, dulce amor mio, unas gotas solamente de aquel Caliz lleno de absintio, que está reservado para que le bebas por entero los dias ultimos de tu carrera. Padre Eterno, diria alguna vez, permitidme, que pegado mi rostro con el polvo, y con una humildad reverente, pero piadosamente atrevida, os hable en estos terminos: Es por ventura el que tengo en mis brazos vuestro Hijo, que con su Madre verdadera, y su putativo Padre, miserablemente se sugeta á unas calamidades tan afanosas? Cómo, pues, Señor, no renovais á favor de personages tan vuestros, las maravillas, que hicisteis á beneficio del peregrinante Pueblo de Israel! Vos fuiste tan propicio á ellos en estos mismos

mos parages, que les disteis por guia una misteriosa Coluna, la qual hacia los oficios, no solo de conductor fiel, sino de pavellon por el dia, para defenderlos de los ardientes soles, y de noche de farol resplandeciente, para disparar las tinieblas, y no perder paso en sus jornadas. Si eran molestados de la sed, al toque de una vara se hacian sensibles los peñascos, y formavan de sus entrañas arroyuelos. Si la hambre les oprimia, condescendia pronto, no solo á su necesidad, sino á su delicia, unas veces desatando las nubes en lluvias de Manná, y otras haciendo parecer sobre las tiendas, y pavellones una multitud exorbitante de pingues aves. Aora, pues, Señor, por qué con vuestro Hijo, con su afligida Madre, y con su casto Esposo no usais los mismos efetos de vuestra amable Providencia? Cómo permitís que sean expuestos á sufrir una penuria tan estrecha, unas solicitudes tan trabajosas, y unas penas tan afligentes? Será vuestro corazon mas facil á rendirse para atender con tan amoroso cuidado á un Pueblo ingrato, y rebelde, que para ser tocado de la compasion de una pobre Familia, que es el obgeto de vuestras complacencias, y de vuestro afecto? Yo adoro, Señor, vuestra conduta, y no pretendo examinar vuestros consejos, sino rendirme á ellos con sumision; pero será posible, Dios Eterno, que Vos estendais mas prontamente vuestra mano para socorrer à un Pueblo infiel,

fiel, que para derramar vuestras piadosas liberalidades en el seno de una familia, que por tan particulares titulos es vuestra?

Señores mios, adoremos entre tanto tambien nosotros, como adorava la Virgen, las disposiciones de la Providencia, la qual, no sin un misterio profundo permitió tantas afliciones á las prendas mas amadas, que tenia el Cielo sobre la tierra. Huvieran cesado sus penas quando acabaron de caminar. Lo mas sensible es, que haviendo llegado al termino de su trabajoso viaje, fue el corazon purisimo de la dulce Madre atravesado de nuevas saetas. Porque quántos afanes costaria á la Virgen, y á su dulce Esposo hallar lugar para su habitacion, y subsistencias para mantenerse siete años, que éstos á lo menos duró su destierro, estando al dictamen de San Antonio? (1) Quánto padecerian aquellos primeros dias para buscar una casilla, y proveerse Joseph de algunos instrumentos de su arte, para procurar con el trabajo de sus brazos el alimento á aquella sacratisima Familia? Quántos rodeos harian por la Ciudad de Heliopolis, quántas diligencias para buscar un techo humilde, que los cubriese, quántas suplicas interpondrian, y quántas respuestas imprudentes, y atrevidas oirian los afligidos Peregrinos de una gente barbara, y sin Religion?

(1) Part. 4. tit. 15. cap. 36.

Hallaron finalmente una casilla despreciada, que hizo veces de Corte, y Paraiso. Espiritus soberanos, que atonitos por la admiracion estais observando el comercio, que Dios entabla con los hombres, dejad el trono de las Estrellas, y bajad á rendir vuestros omenages á un Dios abatido, á sufrir las incomodidades, que ofrece un despreciable tugurio. Moradores todos del Paraiso, atended á los misterios que se obran en una casa particular, convertid en Ciudad Regia del mas alto de todos los Soberanos. Señores mios, distraigamonos siquiera por un momento de todas las terrenas atenciones, para consagrar toda nuestra admiracion á las magnificas, y misteriosas obras del Verbo, y de su Madre. Encerremonos dentro de nosotros, y prohibida la entrada á quantas aficiones, y sensibles obgetos pretenden arrebatar nuestra atencion con sus lisongeros atractivos, bolemos con libertad á acechar con una devota curiosidad por los intersticios de aquellas puertas, que encierran todo un Cielo. Mirad alli, pues, aquella tierna Doncella, que veis succesivamente dejar la aguja, para tomar el uso, (1) y trasladarle de la silla de donde está cosiendo, á otra donde tiene dispuestos sus tegidos, es la dulci-

(1) Lodulfo in vit. Christ. cap. 13. *Conspice nunc Dominam in laboribus, & operibus suis, suendo, texendo sollicitam, quomodo faciat ea fideliter, atque humiliter cum diligentia, vigiliis, & orationibus juxta semper intendendo.*

cisima Maria nuestra Madre, que á estas costosas expensas mantiene su vida, y la de Jesus. Reparad, que no levanta mano de su labor, ni interrumpe su virtuosa tarea, sino quando dispone las cosas domesticas, hace tiernas caricias á su dulce Hijo, que está en aquella cuna, ó le aplica á sus amorosos pechos para acallarle quando llora. Veis aquel viejo, que debilitado por el cansacio, muestra bañada de preciosos sudores toda su frente? Es, pues, Joseph, encargado por orden del Cielo de proveer de sustento á aquella sacratisima Familia. Reparais, que ambos Esposos trabajan noche, y dia para mantenerse con sus afanes? Mas ay de mí, que aora sea por el genio ingrato, y desconocido de los naturales, ó por un misterio oculto de la Providencia, padecen sus faltas, y se sugetan á penosisimas urgencias. Porque quántas veces sucedia, oyentes, siendo Jesus de cinco á siete años, que sintiendo la hambre, como hombre verdadero, acudia con lagrimas á su pobre Madre á pedirle pan? Ella se considerava dichosa, quando podia quitarselo de la boca para remediar al niño; mas quando ni aun con tan costosa mortificacion le era posible acallar los gemidos de su hambriento Hijo, le decia: (1) Dulce amor mio, vuestra pobre Madre no tiene otro

F 2 pan

(1) Lodulfo ubi supr. *Aliquando Filius famen patiens panem petiit, nec unde daret Mater habuit. Aliquando de victu subtrahebat, ut Filio reservaret.*

pan, que á Vos mismo, que sois pan de vida, y entendimiento. Recibid, Hijo mio, la substitucion de mi dolor, y mi afecto, por el pan. Tomad, querido mio, si vuestra hambre se satisface con corazones, deshecho el mio á la violencia de mi amargura. Haced de mis entrañas vuestro alimento, y dejad de martirizarme con esas lagrimas.

O afligidisima Señora! Cómo pudiste en una edad tan tierna, y con una complexion tan delicada, tolerar las indigencias, y aflicciones, que se ofrecieron en vuestro destierro? Bendito sea Dios, que os abasteció de todos socorros de su diestra para sufrir con generosidad, y resignacion de los contratiempos de una jornada, en que no disteis paso, que no dejaseis vestigios gloriosos de vuestra confianza en Dios, y de vuestra paciencia. Yo no puedo fijar mis pensamientos en los trabajos de vuestro viage, sin sentir luego una avenida de lagrimas á mis ojos, las quales, si me obligan á dar señales de mi mas viva compasion á vuestras penas, me precisan igualmente cubrirme de una vergonzosa confusion. Porque como dejaré de avergonzarme mirandome tan distante de vuestros egemplos? Vos con vuestros infortunios exigís de nosotros la mas afectuosa compasion; no os la negamos. Vos con vuestro sufrimiento, y tolerancia nos pedís la imitacion de vuestras virtudes; esto se obstina negaros nuestro amor propio. Ah oyentes mios! no digamos

mos ya mas, que de veras nos compadecemos de los afanes de nuestra Madre, mientras reusando tomar los ilustres egemplos de sus virtudes, añadimos obgetos á su amargura. Digase la verdad; quántas veces nos hemos hecho insensibles á aquellas hablas interiores de las inspiraciones del Cielo? O quantas veces nos ha dicho el Señor, como dijo á Abran: (1) *Egredere de terra tua, & de cognitione tua; & veni in terram, quam monstravero tibi*; sal de la sucia tierra de aquel placer criminal, sal de aquellos entresuelos, ó tableros, donde una desenfrenada codicia te tiene atado; sal de aquella casa, á donde te guia siempre un animo corrompido: sal finalmente del centro de esas reas ocupaciones, que no permiten fermentar en tí los saludables pensamientos de eternidad, y toma tu viage por el camino real de las observaciones del Decalogo, para llegar á la tierra felicisima del Paraiso, á donde te llamo. Mas quál es nuestra obediencia á las secretas voces, con que continuamente nos habla el Señor al corazon? Yo no niego, que será costoso á aquel politico dejar el malignante manejo de los negocios, á aquel libertino abandonar sus licencias, y á aquel otro avaro deshacerse de lo adquirido con usuras. Convengo en que han de sentir una gran violencia para dejarlo todo, y emprender el gravoso viage del Cie-

(1) Genes. 21. 1.

Cielo, por el penoso camino de las santas observancias, y de los amaestramientos christianos. Pero por esto mismo presenta la Virgen dolorosa sus excelentes egemplos á nuestra imitacion. Se nos representa duro hacer una retirada saludable de aquellas comodidades, que tocavan en prohibidas? Pues mas penoso le era á la Virgen abandonar la tranquilidad dulce de su casa, y el comercio inocente de los consanguineos, y los deudores; y lo deja todo con prontitud para ir á Egipto, donde la quiere Dios. Nos intimidamos caminar á la tierra prometida del Paraiso, por las asperezas, que un espiritu de delicadeza, y lujo nos pone en el camino de los preceptos del Decalogo? Pues mas dificil, y penoso pareció á la Virgen el viage á Egipto, y no obstante lo emprendió por rendirse á las divinas disposiciones. Hallais dificultad en desasiros de lo ageno, para quitar estos embarazos á vuestra salvacion? Atended, pues á la Virgen, que se desprende de lo propio, y no para caminar á su verdadera Patria, sino al destierro. Delicada, y tierna Doncellita, como era, hace frente á todos los trabajos, y penurias por obedecer al Cielo; avergoncemonos nosotros alegar dificultades para escusarnos del cumplimiento de los canones mas severos. Nuestra compasion de sus penas no le será acepta, ni á nosotros nos será provechosa, mientras reusemos hacer fecundos sus egemplos, cumpliendo los deveres de

Chris-

Christianos. Los idolos de Egipto (para verificar el oraculo de Isaias (1)) cayeron en tierra, y se despedazaron en la entrada de Jesus, y de su Madre. No permitamos, pues, nosotros, que los infames idolos de nuestras vergonzosas pasiones queden en pie sobre los altares de los corazones, recibiendo el sacrilego incienso de nuestras condescendencias criminales. Caigan estos idolos escandalosos, y rompanse contra la piedra Christo. Esto os pedimos Virgen Sacrosanta. Alcanzadnos la gracia necesaria para avasallar nuestras rebeldes pasiones, y la de sufrir pacientemente los trabajos de este miserable mundo; para que despues del destierro, que toleramos en el Egipto desta miserable vida, merezcamos ver à Jesus en la celestial Jerusalen: *Et Jesum benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exilium ostende, ó Clemens, ó Pia, ó dulcis Virgo Maria.*

DO-

(1) Isai. cap. 19. *Et commovebuntur simulacra Ægypti à facie ejus.*

DOLOR III.

REMANSIT PUER JESUS in Jerusalem, & non cognoverunt parentes ejus. Luc. cap. 2.

EN cumplimiento de aquella Ley del Exodo: *Ter in anno apparebit omne masculinum tuum coram Domino*, subieron á Jerusalen desde Nazaret, Joseph, y Maria con Jesus. Aunque el precepto no obligaba á las mugeres, ni á los niños, Maria Santisima nuestra Señora, como la mas fiel á su Magestad, se presentava con su Hijo, y con su Esposo, haciendo este acto de supererogacion para satisfacer las grandes obligaciones á que la empeñavan los divinos beneficios. En el Templo asistian los hombres, y las mugeres, sin confundirse, pues para evitar el desorden se havia proveido de un muro, que hacia la division de los sexos; pero los niños podian asistir con las madres, ó con los padres. (1) En seguida desta providencia salian del Templo por distintas puertas los hombres, y las mugeres, y asi caminana-

(1) Joseph de bell. Jud. lib. 6. cap. 6.

navan separados hasta cierto lugar, donde cada uno reconocia á su familia, y se unian para bolverse á su casa. Maria Señora nuestra creía, que Jesus caminava con Josef, y éste se persuadia, que havria quedado con su Madre. Estos juicios prudentes fundados sobre el apoyo de solidas congruencias tenian en tranquilidad el animo de los felices Esposos pensando cada uno de sí, que Jesus havia preferido al otro con su compañia por reconocer en él mayor fondo de virtudes. Asi caminavan Josef, y Maria doblando el merito de su humildad, y mirando cada uno la supuesta felicidad del otro con una santa, y virtuosa embidia, quando habiendo llegado á cierto termino, que era el lugar de la reseña para ajuntarse, quedaron ambos sorprendidos de la admiracion, y de la pena. Viendo la Virgen nuestra Señora solo á Josef, y mirando Josef á su Esposa sin Jesus, quedaron los dos por algun tiempo en un extasis de admiracion, y puestos como en tumulto los pensamientos, y los afectos. No hay lengua mortal, Señores mios, capaz de decir qual fuese la amargura de la afligida Madre al reconocer la ausencia de Jesus. Si Madalena al hallar menos en el sepulcro el cadaver de su Maestro, se abandona á los suspiros, y á las lagrimas tan desmedidamente, que ni de los Angeles admite el consuelo, ni quiere la compañia, què haria la mas dulce, y amorosa de todas las Madres del mundo, viendose

sin un Hijo, que era Dios? Origines (1) no dudó afirmar, fue mayor la pena de la dolorosa Madre en esta ocasion, que la que hā sentido qualquiera Martir en la separacion violenta de su alma. Pues fuera de que la Virgen amava mas á su Hijo, que qualquiera Martir á su propia vida, este dolor para ser el mas violento, y afligente de quantos toleró, tenia las poderosas circunstancias, de que en los otros, si Jesus la martirizava con padecer, pero le dava poderosos confortativos con su presencia, y tambien, que de los otros dolores sabia la causa, que era la voluntad del Padre, y la redencion del mundo, mas aora sospechava, si por ventura havria desagradado á su Hijo para castigarla con su ausencia. Qué herida tan profunda conviene pues considerar, abriria en el corazon purisimo de nuestra afligida Madre esta tercer espada de su dolor? Unamos, Señores, nuestros pensamientos para seguir con ellos á Maria Santisima, que vá en busca de su Hijo. Si la seguimos hasta el fin, havremos formado una verdadera idea de su dolor presente, sobre los otros, pues haviendo sufrido todos los demas sin dar la mas minima señal de resentimiento, aora abre sus modestisimos labios, y la vehemencia de su amargura la obliga darle sus amorosas quejas á Jesus: *Hijo, por qué lo haveis hecho asi? Tu Padre,* y

(1) Hom. infraoct.Epiphan. *Plus doluit de ejus amisione, quam aliquis Martyr dolorem sentiat de ejus animæ á corpore separ . . .*

y Yo penetrados ambos de la amargura te hemos buscado? Señora, seria menester no tener corazon, ó tenerlo de fiera para no mirar con compasion afectuosa la grandeza de vuestra pena. Y seria igualmente necesario haver renunciado la qualidad de Christianos, para no estudiar la meditacion de vuestros egemplos. Para obligar á mis oyentes á uno y otro, es menester informarlos menudamente de vuestro dolor por la ausencia de vuestro Hijo, y de las virtudes excelentes, que practicasteis. A Vos, pues, hago mis recursos con humildad, y con confianza. Alcanzadme del divino espiritu las luces, y el fuego, que necesito. Luces, para descubrir los afanes, y congojas, que oprimieron en la ausencia de Jesus vuestro afligido corazon. Fuego, para prenderle en mis oyentes, empeñandolos á la imitacion de vuestros egemplos. Daos por obligada, pues para esto os saludamos con el Angel: AVE MARIA.

REMANSIT PUER JESUS IN JERUSAlem, & non cognoverunt parentes ejus. Luc. cap. 2.

Desde el momento, que la dulce Madre halló menos á su Hijo, hasta que le halló en el Templo, fue su corazon tan agitado de las turbulentas olas de aflicciones, que para daros de sus afanosas inquietudes una idea, quiero representaros una nave puesta en peligro iminente de sumergirse.

Imaginad, pues, que mirais una nave, que hace interesables correrias por el mar. Un dia de los mas felices de su viage se levanta improvisamente una tormenta. Desata el Cielo los aquilones de sus cepos, hinchanse soberviamente las ondas, travan los ayres entre sí una obstinada guerra, desenfrenanse las corrientes, y toma contrarias direcciones, una rafaga de viento impetuoso rompe el velage, otra despedaza los arboles, y entenas, por todos costados es azotada de la impetuosa marea, aqui pierde una tabla, alli un timon. Abandonado el govierno, y dejada á la direccion de los dos crueles, y descorteses elementos mientras las olas la levantan hasta las Estrellas, el ayre se dispone á deprimirla hasta el abismo. Ya parece gigante, que vá á herir al Cielo con su cabeza, ya pigmeo, que como atomo con movimiento aparece poco mayor que la nada, sobre el desigual plano de las aguas. Una ola la toma sobre sus espaldas, y os la muestra toda por entero, otra cae precipitadamente sobre ella, y os roba su vista enteramente. De un instante por otro, no esperais sino su entierro perpetuo, ó una disolucion universal de sus miembros, llevada cada tabla de una corriente. Tal, Señores mios, fue el corazon de la afligida Madre en los tres dias de la ausencia de Jesus. O triste triduo! exclama San Ambrosio, presagio funesto de aquel otro triduo doloroso, en que el inocente Hijo de Dios es-

estuvo en las entrañas de la tierra. El afligidisimo corazon de la triste Madre era tan combatido de una horrible tempestad, que las impetuosas olas de afanosos pensamientos turbavan su mente, y los varios efectos despedazavan su espiritu. Levantavanse en su animo dudosos temores, si por ventura algunas negligencias en su servicio la havian privado de la compañia de su Hijo, y penetrada del mas agudo dolor, arrancava un suspiro profundo para decir: Ha, Hijo mio, no quiero escusar mis faltas, pues entre mi capacidad, y vuestro merito hay una infinita improporcion. No obstante bien sabeis Vos, què ningun otro amor fuera del vuestro me ocupava, que el unico anelo de mi corazon era estudiar agradaros, y que en Vos considerava el objeto de mis delicias, y mis cuidados. Fui acaso negligente en proveeros de alimento, ó de vestido? Mas Vos teneis vuestro agrado en sufrir faltas, y penurias, cómo podreis ofenderos de una Madre pobre, á quien tanto alentavais para tolerar las extremas indigencias padecidas en Egipto? Al fin, Hijó mio, si viste en mí alguna falta, por qué no me avisaste della? Yo entonces arrodillada á tus pies la huviera purgado con mis lagrimas, y la huviera borrado con la sangre del corazon. Representavase á la afligida Madre, si desparecido su Hijo, aora fuese por culpa suya, ó por algun misterio de la Providencia, havria dado en manos de Archelao, hi-

hijo de Herodes, heredero de su Corona, y de su crueldad. Este pensamiento era tan vivo, y tan penoso, que hacia las veces de una espada aguda atravesada en el corazon. Ya imaginava verle en las manos de los ministros, los quales se vengavan de haver hecho Jesus vanos todos los trabajos, que pusieron en buscarle quando niño. Le parecia oirle clamar desde las prisiones, pidiendo socorro á su pobre Madre. Ha Hijo mio! diria la afligidisima Señora, de qué sirvió sugetaros á sufrir las incomodidades de tan trabajosos viages, si al fin havias de tolerar el odio de tus crueles perseguidores? Qué provecho os trajo libraros con tan costosas fatigas de la espada del Padre, si aora venís á caer bajo los filos de la del hijo? Ha verdugos crueles! antes de descargar el golpe, reparad en la belleza dese rostro, atended á la delicadeza desas carnes, y puede ser, que os sintais movidos de la humanidad, á usar con él de una piedad afectuosa, y de una compasion tierna con aquella afligida Madre, que le ha perdido, despues de haverle criado con todo el cuidado, y afecto, que exige un niño tan amable.

No penseis vosotros Señores mios, que tan excesivo dolor sorprendiese de tal manera á la Virgen, que la dejase sin accion, y sin movimiento, como suele suceder frequentemente á los hombres, á quienes una gran pena les ata las manos, y los pies,

pies, y libres solamente las manos, y la lengua para prorrumpir en extremos de amargura, quedan hechos unas estatuas por la inaccion, y la estupidez. No asi la afligidisima Señora, la qual aunque penetrada de una pena, mayor incomparablemente, que la que han tenido todas las Madres del mundo en las aventuras mas desgraciadas de sus hijos, no se rindiò con flaqueza á la ociosidad, y á la desidia, sino que arrebatada de la vehemencia de su pena por la pérdida de Jesus, y del deseo de su hallazgo, parte en busca suya con tanta diligencia, que recorriendo las calles, y las campañas persevera tres *dias* hasta hallarle. Empezad oyentes, á tomar esta por la primera de las lecciones, que nos dá Maria Señora nuestra en este pasage doloroso. Apenas encuentra menos á su Hijo, se niega á todo alivio, y desahogo. Sin tomar descanso, sin entrar en posada, sin atender á reparar un poco con algun rustico alimento sus languidos espiritus, se pone en camino llorosa, y afligida, doblando sus diligencias, y cuidados para encontrarle. Bella leccion por cierto para aprender á buscar á Jesus con la compuncion, y con las lagrimas, desde el momento mismo, que le perdimos por nuestras condescendencias con las pasiones. Si os preciais de mirar con una devota parcialidad á nuestra afligida Madre solicita, y dolorosa en busca de Jesus, tomad su egemplo, no concediendoos reposo, ni ali-

alivio, buscandole por los dolorosos caminos de la penitencia. Si su egemplo es una enseñanza, que no costará mucho aprender á aquellos pecadores, cuya fragilidad es menor, que su malicia, no deja de ser al mismo tiempo una confusion vergonzosa, y un testimonio, que condena á aquellos pecadores obstinados, que no dando muestras de sentimiento por haver perdido á Dios, pasan los dias, y los años sin hacer alguna diligencia para hallarle. Infelices dellos, pues á pesar de su ociosidad, le hallarán algun dia, pero sentado sobre las nubes fulminando rayos contra ellos. No quiera su Magestad toque á alguno de vosotros tan desgraciada suerte. Mas no temais mientras consagreis una afectuosa compasion á la Virgen nuestra Señora, y una fervorosa imitacion de sus virtudes.

Atendedla pues, oyentes, que como amante tortolilla haviendo perdido su mas amable compañia, va triste, y melancolica en busca suya, llenando el ayre de suspiros, y regando los caminos con sus lagrimas. O quantas veces se oiria la voz desta triste Tortolilla en aquel triduo luctuoso, que rodeando las calles, y los campos, diria en su amargura: A dónde te partiste amado mio? ázia què parte te inclinaste? (1) Muestrame tu rostro querido mio. Suene tu voz en mis oidos, pues su sonido

(1) Cant. 2. vers. 14.

do es dulce, y agradable, y la hermosura de tu rostro enamora á quantos la miran. Dónde puedes estar dulce amor mio? En la Ciudad, ò en los campos? Si en la Ciudad, quién te provee de alimento, y qué techo es tan feliz, que te dá acogida? Si fuera, quién te guia por los caminos, quién te defiende de las asechanzas de los hombres, y de la crueldad de las fieras? Santos Angeles, que le haceis corte; Sol de pupilas mas felices, que las mias; Elementos, que le obedeceis, y le servís, dadme señas del lugar donde hallaré á mi Hijo, cuya ausencia me martiriza. Si veía la afligida Madre por los contornos de Jerusalen alguna maleza, corria diligente á examinarla, acordandose de que siendo Jesus Dios escondido, podria hallarle como Moyses, no entre las florestas deliciosas, sino en alguna zarza. Si pasava en sus correrias alguna vez por las cercanías de las viñas, se le ofrecia al pensamiento, si por ventura la seña para hallarle sería aquella sentencia de los Canticos: *Botrus Cypri dilectus meus mihi in vineis Engaddi.* (1) Si rodeando las plazas, y las calles, y tocando á las puertas de los consanguineos, y familiares, preguntava de su Hijo, le ocurria á la memoria, que por ventura Jesus se havria entrado alli silenciosamente, y de algun escondrijo observaria con disimulo las afligentes penas de su

H Ma-

(1) Cant. 1. 13.

Madre, haviendose escrito por entrambos en los Canticos: *Et ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos.* (1) Si en las diferentes bueltas, que dava á Jerusalen acertava á ver á alguna de sus amigas, y conocidas las reconvenia pidiendoles señas de su amado, y les dava este recado: Si por ventura fueseis mas afortunadas que Yo, hallando primero á mi dilecto, decidle de mi parte, que estoy enferma de amor. Y quál es vuestro dilecto? ó hermosisima entre las mugeres, respondian las hijas de Sion. Mi dilecto, añadia la Virgen, es de un color entre candido, y rubicundo, es elegido entre millares, y hermoso sobre la hermosura de todos los hijos de los hombres. Desta manera verisimilmente caminaria de dia, y de noche la afligidisima Señora; y mostrando en el semblante toda la tristeza, y amargura del corazon, preguntaria á quantos hallava: *Num quem diligit anima mea vidistis?* (2) Si un dolor menor incomparablemente, por la pérdida de una moneda de pocos sueldos, de una fortuna un poco ventajosa, ó de un amigo en quien haviamos puesto la confianza, nos saca cada dia mil lagrimas á los ojos, y nos abandona por presa de una tristeza profunda, por no decir de un furor algo menos que despechado; qué tumulto de aflicciones, y de amargu-

(1) Cant. 1.
(2) Cant. 2.

guras produciria en el espiritu de la Virgen la pérdida de un hijo, y tal como Jesus? Yo no me maravillo de que ella pasase aquellos tres dias sin tomar el sueño, ni alimento, como asegura Pelbarto; (1) acordandome, que el santo Rey David, haviendo perdido á Dios, se rindió á tales extremos de afliccion, que pasava los dias, y las noches en una agitacion penosa, y turbulenta, sin admitir otro alimento, que sus lagrimas. (2)

Quiero daros un retrato de la Virgen dolorosa por la ausencia de su Hijo; y creo será harto propio, si acierto á descriviros con una pluma tan compasiva, como eloquente, la afliccion de Ana madre de Tobias. Havia éste partido de su casa á Rages, Ciudad de la Media, con el orden de sus Padres de recibir de Gabelo acreedor suyo, cierta cantidad. Porque el camino era largo, y peligroso, y el joven de poca experiencia aùn, le confiaron á un modestisimo mozo, que se ofreció á acompañarle en el viage, el qual era una guia tan fiel, y tan segura, como el mismo San Rafael. Hicieron los Padres los mas vivos encargos al conductor para que cuidase de Tobias, y le sirviese tambien en quanto pudiese contribuir al buen exito de las pretensiones que llevava. Dieron los viejos sus brazos

(1) Pelb. cit. á Sinisch.

(2) Psalm. 41. v. 4. *Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte: dum dicitur mihi quotidie: Ubi est Deus tuus?*

á Tobias, y haviendole llenado de bendiciones, y de consejos, le despidieron con muchas lagrimas de entrambos. A pesar de los varios incidentes, que podian trastornar la regularidad de sus jornadas, era tanta la congoja en que quedavan sus Padres, que entonces mismo quedó aplazado el dia de la buelta. (1) Llegó éste, y no entrando en él Tobias por las puertas de su casa, como se havia convenido, entraron sus Padres en unos temores desmedidos. La Madre se salió tanto de sí por la vehemencia de su pena, que ni todas las prudentes reflexiones con que pretendia consolarla su prudente Esposo, eran capaces de atemperar su dolor á una justa moderacion. Calla Ana, decia el buen viejo, no te rindas tan presto á la violencia de una desgracia imaginada. Por ventura nuestro hijo está sano, y festivo á la hora presente. Qué razon tienes para temer tristes aventuras? Pueden ser varias las ocurrencias, que justamente han retardado su buelta. Acaso le veremos mañana, y oyendole las razones que ha tenido para no estar aqui el dia emplazado, le daremos gracias de su prudencia. No nos anticipemos con imaginaciones tristes la pena de una desgracia, que no tendrá otro sér, sino el que le dá nuestro imprudente temor. Nosotros le encomendamos á un hombre de bien, cuyo aspecto, y cu-

(1) Tob. cap. 10. v. 3.

cuyas razones le descubrian harto verdadero, y fiel en sus palabras, y en sus obras. Todas estas razones del virtuoso Esposo no eran lenitivo al agudisimo dolor de la afligida Ana. Ay de mí, decia, cómo será posible vivir en adelante sin tí, ni tener satisfaccion en tu ausencia? Dónde estarás lumbre de mis ojos, baculo de mi vegéz, consuelo de mi vida, y esperanza de mi casa? Qué vida tan trabajosa havremos de pasar, destituidos de las subsistencias, y del consuelo que esperavamos de nuestro hijo? Deudores quedariamos á la muerte, si se diese prisa á abrirnos el sepulcro. Cómo es posible, que nos determinasemos exponerte á las contingencias de un viage tan peligroso? Qué mayor imprudencia, que por recobrar un poco dinero, aventuraste à tí, que eras nuestro tesoro! Ojalá tal credito no huviera pertenecido á mi casa, pues para mi gozo, y mi descanso bastava tu compañia. O corazon mio! y qué desdicha fue la mia consentir á mi hijo hacer una ausencia tan larga, por la codicia de recobrar una suma de dinero, pues teniendole yo á él ninguna cosa me faltava. Qué haràn mis tristes ojos en adelante, no pudiendole ya ver, sino llorar con lagrimas irremediables mi desventura? Desta manera pasava los dias la triste Ana, en una agitacion inquieta, y dolorosa, llenando de suspiros, y lagrimas toda su casa. Saliase della por las tardes, y recorriendo todos los caminos, pregun-

guntava á todos sin diferencia, si por ventura sabian de su hijo, que esperava de buelta de Rages. No recibiendo alguna nueva favorable, se subia intrepida sobre una de las mas altas cimas de los montes. Sentada alli, se ponia á mirar todos los caminos, que podrian traer á su hijo. Fijava sus pupilas con atencion en aquellas campañas dilatadas; y mirando frustradas sus diligencias, hacia mas fecundos de lagrimas sus ojos, redoblava los ayes, y los suspiros, multiplicava los lamentos, y hacia tales extremos de dolor, que para no compadecerse della los peñascos, les fue bien menester ser insensibles. Quando el Sol iva ya á cubrir su cara con el obscuro velo de las tinieblas, crecian con su desconfianza las corrientes de sus ojos; y deshaciendose de nuevo en lagrimas, y gemidos, tomava la buelta para su casa, repitiendo muchas veces: Ah desventurada de mí, que consentí en tu ausencia! Quien sabe, hijo mio, lo que havrá sido de tí? Tu Padre, y yo fuimos harto inconsiderados, embiandote lejos de nosotros, á un Pais desconocido para tí, por sendas peligrosas, y fiando tu seguridad á un conductor que no conociamos. Acaso mientras yo te lloro ausente, tu serás el cruel despojo de un asesino avaro, ó la presa de una fiera rabiosa, ó el juguete de las sobervias corrientes de algun insidioso rio.

¡Estoy persuadido, Señores mios, que ningun otro

otro suceso puede mas propiamente haceros capaces de las inquietudes, y agitaciones, y de las penas afligentes con que el espiritu, y el corazon de la Virgen nuestra Señora serian combatidos los tres dias de la ausencia de su Hijo. En efeto, no he visto á alguno tratar deste dolor, que para dar luz á su inteligencia, no represente (con mayor, ó menor gracia, y propiedad) la scena tragica de Ana Madre de Tobias. Poned, pues, vosotros la diferencia, que hay entre Madre, y madre, y entre Hijo, y hijo. Entre el amor, que Maria tenia á *Jesus*, y el que á Tobias tenia Ana. Entre la amabilidad de Tobias, y Jesus. Entre la pérdida de un Hijo Dios, y la pérdida de un hijo hombre. Entre las razones que tenia Maria Santisima nuestra Señora para sentir la ausencia de Jesus, y las que tenia Ana. Si con una profunda meditacion haceis estas diferentes combinaciones, havreis de concluir; en que si las lagrimas de Ana corrian á arroyos de sus pupilas, las de la Virgen Señora nuestra formavan mares. Si Ana pasa triste, y melancolica los dias, y las noches, Maria se rinde por tres dias con sus noches á no tomar otro alimento, ni descanso, que el de las lagrimas, y afanes, viviendo en un continuo temblor de Calamita, por la ausencia del astro suspirado. Si Ana sufre mil fatigas, y incomodidades caminando en busca de un hijo, de quien espera hará felices los ultimos años de su vida;

da, mayores fatigas toleraria la Virgen buscando con mayor anhelo á un Hijo, que debia hacer eterna su felicidad. Si Ana se abandona á un desmedido sentimiento, por la ausencia de un hijo, que aunque bien criado, podia al fin sacar mentirosas sus esperanzas; Maria es hecha presa de la amargura mas cruel, haviendo perdido á un Hijo infalible en las faustas promesas hechas á su Madre. En suma: si entre pérdida, y pérdida hay una distancia infinita, siguese, que por cada lagrima que derramase Ana, vertiese mil Maria: que si la pena en Ana turbava su reposo, en el espiritu de Maria causase agitaciones, é inquietudes: si el corazon de Ana era oprimido de las aflicciones, el de la Virgen era puesto en una cruelisima tortura: y si finalmente el de Ana llegava á ser tocado de la espada penetrante de su amargura, el de Maria Señora nuestra era atravesado de parte á parte con la fiera cuchillada que descargó su dolor.)

Ah oyentes mios, que quiere decir mucho en sí, y mucho mas en el juicio, y aprecio de la dulce Madre, haver perdido un Hijo como Jesus! Su consternacion, y amargura aquellos tres dias, me representa, aunque muy rebajada, la que sufre Ruben, quando halló menos en la Cisterna á su hermano Joseph. En el punto que conoció la falta de Joseph, salió como fuera de sí por el dolor, y gritando por todas partes repetia: *Puer non comparet,*

& ego quo ibo? (1) El joven Joseph no parece, triste de mí! á dónde me bolveré? Con semejante expresion verisimilmente desahogaria su pena, ó mas propiamente la acrecentaria nuestra dolorosa Madre. Mi Hijo, diria la Virgen Purisima, se ha perdido, á dònde le buscaré? *Puer non comparet, & ego quo ibo?* Se ha desparecido el que era la lumbre de mis ojos? dónde podré hallarle? *Puer non comparet, & ego quo ibo?* Falta de mi vista quien era el alma de mi corazon, quién me dará las señas para encontrarle? *Puer non comparet, & ego quo ibo?* Miserable de mí! que no sé qué camino tomarme para dar con la dulce prenda, que he perdido: *Puer non comparet, & ego quo ibo?* Mi Hijo, en cuya compañia tenia todo el consuelo deseable, no parece, á dónde me bolveré? *Puer non comparet, & ego quo ibo?* En esta dolorosa vicisitud de temores, y de esperanzas, y en esta trabajosa continuacion de diligencias, y lamentos perseveró no menos, que tres dias, anegada en una profundisima tristeza, y sumergida en un occeano de lagrimas. La amargura que sintió la dolorosa Madre en esta ocasion tuvo sobre todas las otras una ventaja, que al paso que acrecienta mas su pena, exige de justicia nuestra mayor compasion. Siempre fue herido profundamente el corazon de la dulce Madre en los tragicos

(1) Genes. 37.

sucesos de su Hijo, mas fue siempre menos tormentosa su pena, que al presente, pues vivo, ó muerto tuvo Jesus á la vista, y si las afliccioues de Jesus reducian su espiritu á unas mortales agonias, su presencia era un confortativo grande â su dolor. Aora padece sin alivio, siendo la ausencia el desapiadado tirano, que pone en una cruel tortura su purisimo corazon.

Ha oyentes mios, y qué doctrina tan alta nos dicta nuestra dolorosa Madre, al tiempo mismo que nos obliga con la vehemencia de su pena á ofrecerle el obsequio de la mas viva compasion. *Ella* nos enseña con sus diligencias, y sus lagrimas las solicitudes con que devemos buscar á Dios, quando nuestras culpas le huviesen obligado á hacer ausencia de nosotros. Lleva el corazon partido de dolor mientras se considera privada de la presencia de su Hijo, y vá en busca suya por la Ciudad, y *los* caminos, para significarnos con esto, que quien ha perdido á Dios, no deve buscarle sino compungido, y lloroso por los caminos asperos de la penitencia. No hallarle la Virgen entre los parientes, y conocidos donde le buscó primero, es persuadirnos, que Christo no se halla en el comercio de los consanguineos, sino en la renunciacion de la carne, y sangre. San Bernardo decia á este proposito:
„Cómo os hallaré, ò buen Jesus, entre mis parien„tes, si Vos entre los vuestros no fuiste hallado?

Esta

Esta es una de las grandes maximas de salud, dictada por el Espiritu de Dios, y escrita por el Psalmista; (1) pues el alma santa, á quien Dios promete tener atenciones particulares á su hermosura, y su decoro, le pide por una de las principales condiciones, el destacarse de su pueblo, y aun de la casa de su Padre. Si la condicion de vuestro estado no os permite, oyentes, hacer esta provechosa separacion, no caigais de animo, pues en el centro de vuestra familia podeis hallar á Dios, renunciando el afecto de la carne, y las delicadezas del sentido.) La Virgen nuestra Señora, no obstante, que no le perdió por culpa suya, sino por una disposicion de la oculta Providencia, le busca con lagrimas, y afanes, y no deja de recorrer todos los angulos de la Ciudad, y de las campañas, hasta tener la dicha de encontrarle. Esta es una confusion afrentosisima para aquellos Christianos, que haviendole voluntariamente perdido por sus culpas, no solo dejan de buscarle con afligente solicitud; sino que pasan alegres los dias, sin dar señales de sentimientos por su pérdida. Ha oyentes! que este es el abismo mas peligroso en que puede dar un Christiano, llegando ya á estado de no sentir haver perdido á Dios. Nosotros lloramos con sobrada frequencia la pérdida de la reputacion, la pérdida de

(1) Psalm. 44. *Audi Filia :: obliviscere populum tuum, & domum Patris tui, & concupiscet Rex decorem tuum.*

la salud, la pérdida de una capa, y ponemos luego en obra todas nuestras industrias para reintegrarnos en nuestras pérdidas. Dios se pierde sin sentimiento, y aun con gusto, y por esto se desprecian las diligencias para hallarle. Virgen Purisima, Vos que sabeis por experiencia quan sensible es para un alma amante la pérdida de Dios, haced parte en vuestras luces á mis oyentes, para que ellos la tomen en vuestra compasion, y en vuestros egemplos. Por el merito de vuestros dolores alcanzadnos los socorros necesarios para buscar á Jesus tan doloridos de su pérdida, que merezcamos hallarle en el Templo, recobrando la gracia á los pies de los Sacerdotes. Y Vos, ó buen Jesus, que por ventura os escondiste de proposito para ser hallado de vuestra Madre con el merito de sus lagrimas, oid mis gemidos de los quales hago mi interprete á Lodulfo: (1) „Domine Jesu Filii Dei vivi, qui per „triduum á parentibus tuis quæsitus, tandem in „Templo es inventus: da mihi misero te desidera„re, desiderando quærere, quærendo invenire, in„veniendo amare, & amando mala mea redimere, „redempta non iterare" Señor dejaos hallar de quien con afecto, y lagrimas os busca. Haced Dios mio, que no os pierda jamás. Todos los que miramos á vuestra Madre, y nuestra, dolorosa, con

una

(1) Lodulf. in vit. Christi, part. 1. cap. 16.

una afectuosa compasion, esperamos por sus meritos, y los de vuestra acerbisima pasion una muerte dichosa, haciendo en ella un transito feliz del tiempo á la eternidad.

DOLOR IV.

ET BAJULANS SIBI CRUCEM, exivit in eum, qui dicitur Calvariæ locum. Joann. cap. 19.

APartad Señores, y dejad franco el paso á una Madre la mas digna, que jamás vió, ni verá el mundo, la qual vá en busca de un Hijo, que camina al suplicio. No la embaraceis Señores, dejadla pasar, y no pretendais so color de piedad, y compasion, estorvarla, que llegue á darle los brazos á su Hijo. Hareis una injuria enorme á la mas tierna Madre, si os empeñais en poner obstaculos para que no consiga ver á su Hijo, y ser vista dél. Dejadla Señores con libertad, para que entre en esa calle á sembrarla de perlas con sus lagrimas, y á enlutarla juntamente con los melancolicos adornos de sus sollozos, y sus gemidos. Mas tened allá Señora dónde vais?

vais? Os cansais de vivir, que caminais ansiosa á entregaros en manos de la muerte? Se retira Agar, porque no tiene corazon para mirar á su hijo batallando con la muerte, y Vos quereis ir á buscar el vuestro, que camina al suplicio entre los Verdugos, y lleva sobre sí el patibulo, donde por publica sentencia deve morir? Bien se echa de ver en Vos, que el amor es fuerte como la muerte, pues os expone á ser el blanco de sus saetas. Tal camina, Señora, vuestro Hijo por la calle de amargura, que segun está ensangrentado, y herido, y Vos le amais, temo que él mismo con dejarse ver de Vos, ha de ser el dulce verdugo de vuestra vida. Tomad por tanto, Señora, mi consejo; retiraos á vuestra casa, haced desde alli al Eterno Padre el sacrificio de vuestro Hijo, dispensad á vuestro virginal rubor el comparecer á la frente de una soldadesca atrevida, y de un vulgo vil, perdonad á vuestro decoro confundirse con la comitiva infame de sayones, y verdugos. En nada, Señora, podreis aliviar su pena, quedaos pues en vuestro retiro, y no querais exponeros á los crueles, y vergonzosos insultos de una plebe indiscreta, y tumultuosa. Mas qué hago yo Señores? En vano pretendo escusarle á la dulce Madre la amargura, y pena, que puede causarle la vista de su Hijo. Ningun temor, ni aun el de la muerte, será capaz, que digo de detenerla, pero ni aun de hacer embara-

zo-

zosos sus pasos. A trueque de darle por la ultima vez amorosisimos abrazos á su Hijo, se hará camino entre los esquadrones de Soldados, y se arrojará intrepida sobre las puntas de las espadas. Ves pues dolorosa Madre, que ya no me opongo. Tened el triste consuelo de derramar lagrimas sobre vuestro Hijo. Caminad inocente Tortolilla á hacer vuestro canto doloroso sobre el arbol seco de la Cruz. Id Paloma sin hiel á ser el blanco de los tiros de la malicia. Animo, dulce Madre nuestra, valor, espiritu, corage, que todo lo haveis de menester para manteneros viva. Y mientras Vos vais por ese rodeo á encontraros cara á cara con vuestro Hijo, quedo encargado de hacer aqui un numero grande de parciales de vuestras penas. Si Señores, aun quando yo no conociera en vosotros tan bellas disposiciones para acompañar á la Virgen en sus dolores, con una piadosa parcialidad, me adularia sacar por fuerza el tributo de vuestra compasion, y vuestras lagrimas, sin mas diligencia que hacernos ver, quan penetrante fue la herida, que en la calle de amargura abrió en el corazon de la Virgen la vista de su Hijo. Esta será, oyentes, mi ocupacion breve, pero preciosa en esta tarde, haceros conocer, quan profunda entró en el corazon de Maria la espada dolorosa en esta confrontacion con su Hijo. Para poderlo hacer con fruto vuestro, y gloria de Dios, recurramos á la dolorosa Madre

dre, saludandola con la Oracion acostumbrada: AVE MARIA.

ET BAJULANS SIBI CRUCEM, EXIVIT in eum, qui dicitur Calvariæ locum. Joann.cap. 19.

EN el punto mismo, que fue pronunciada la sentencia, cargaron á Jesus su Cruz pesada, y apresurandose á salir de la Casa de Pilatos, se dirigió ácia el Calvario aquella procesion, que hizo vestirse al Cielo de luto, y llenó de ternura las piedras, y calles de Jerusalen. Se componia de Soldados de á cavallo, de Ministros, y Sayones prevenidos de espadas, y de lanzas, de Pregoneros, que publicavan la sentencia, pidiendo la atencion con cajas, y clarines. Caminavan desordenadamente, confundidos los del pueblo con los ministros. Ivan dos Ladrones cargados con sus Cruces, como delinquentes condenados al suplicio, coronava la funesta procesion nuestro Redentor adorable, llevando sobre sus ombros una Cruz mas pesada que las otras, porque ivan en ella nuestros delitos, sobre su cabeza una corona de espinas penetrantes, sus espaldas despedazadas de los azotes, cárdenos sus labios, pálidas sus megillas, y todo el rostro cubierto de salivas, de sangre, y de sudores. Apenas el Evangelista S. Juan vió salir esta triste procesion del pretorio de Pilatos, corrió á toda diligencia á

dar

dar á la dolorosa Madre la melancolica nueva, de que su Hijo caminava ya á toda prisa á dar la vida sobre la Cruz. Pobre Madre, y qué embajada esta tan diferente de la que treinta y tres años antes os trajo el Arcangel San Gabriel! Si Job rasgó sus vestidos, y se abandonó al dolor, quando le llevaron las tristes nuevas de sus hijos; cómo pudisteis Vos sobrevivir? Si David, al infausto aviso de la muerte de su hijo en la batalla, se niega á todo consuelo, y llena de lagrimas el trono; como Vos, Señora, dejariais de inundar con las avenidas de vuestros ojos el suelo, oyendo, que vuestro Hijo querido camina sentenciado como malhechor, á dar la vida en las afrentosas acogidas de una Cruz? Si Jacob renuncia todo consuelo sobre la tierra quando le llevan con la noticia de la desgracia de su Josef, la tunica teñida con su sangre; quán mortales serian vuestras agonias, oyendo, que la fiera pesima del pecado iva ya sacando á toda prisa de las venas de vuestro Hijo aquella sangre purisima, derivada de vuestro mismo corazon? Anna la antigua madre de Tobias, si no mas porque entra en temores de alguna aventura desgraciada de su hijo, no cabe en su casa, pasa con desasosiego las noches, y dias, alimentase de sus lagrimas, y salese ansiosa, y como fuera de si por la pena, subese á los mas altos montes, alli pasa las horas, y da mil vistas á los caminos por donde devia venir su hi-

jo; qué hareis Vos, dulce Madre, con la relacion ingenua, y verdadera de que vuestro Hijo oprimido bajo la Cruz, va ya á descargarse de la vida, y nuestros pecados en el Calvario? Qué ayes! qué gemidos! qué sollozos daria tan profundos, arrancados de lo mas intimo del corazon, atravesado de parte á parte con la espada aguda de su dolor!

Sin embargo magnanima en su misma amargura, dueña de sí entre tantas razones que podian detenerla, y superior á la natural flaqueza de sus temores, resuelve salir al encuentro, y no perder ya mas de vista á su doloroso Hijo. Acompañada de las mugeres piadosas, y del sagrado Evangelista, rodea las calles, y plazas de Jerusalen preguntando por su amado, como la verdadera Esposa de los Canticos. (1) Mas no fue menester hacer muchas preguntas, pues como reveló la Virgen á Santa Brigida, mostravan el camino que llevava Jesus, *los* sangrientos vestigios que dejava. Apenas la Madre dolorosa miró la primer vez en tierra aquella sangre, me imagino yo, que la vehemencia de su dolor la haria caer sobre su rostro. Inclinada asi profundamente en el suelo, lameria con su lengua aquella sangre preciosa, y arrancando intimos suspiros, diria con lo mas intimo del alma: O licor precioso de mi Hijo, expuesto á ser ollado de sacri-

(1) Lib. 4. cap. 77. *Ex vestigiis Filii mei cognoscebam incessum ejus, quo enim procedebat apparebat terra infusa sanguine.*

crilegos pies, quán poco es conocido tu valor! O sangre poderosa para lavar las manchas de mil mundos, cómo eres estimada en tan poco de los hombres? Precio de rescate de un mundo cautivo por la culpa, cómo eres desconocido, y despreciado? Ah Hijo mio! y cómo dejas caer tan prodigo aquella sangre, que vale mas una gota suya, que todos los Angeles, y los hombres? Espiritus soberanos, que me asistís, y obedeceis como á vuestra Reyna, recoged, y guardad ese tesoro. Y si no, entrate otra vez en mi corazon de donde saliste, ó preciosa sangre, y no quede aí expuesta á ser objeto de desprecio, y de complacencia al barbaro Judaismo.

Desahogado asi un poco el vehemente impulso de su dolor á vista de aquellos vestigios sangrientos de su Hijo, tomó la Virgen, dice nuestro Serafico Dotor San Buenaventura, una calle estrecha, y por un atajo, que le facilitó un breve extravio, se puso con las piadosas mugeres en un sitio, por donde devia pasar la dolorosa procesion. Luego comienza á sentir el pavoroso sonido de una trompeta, que publíca reo de muerte al Autor mismo de la vida. Ya descubre una multitud de verdugos, y ministros, que con algazara propiamente infernal ostentan el triunfo de su malicia, tirando de las sogas, y cordeles, y dando con palos, y alabardas sobre la corona de espinas. Ya finalmente vé á Jesus

oprimido con el peso del madero, manchado el rostro con los hilos de sangre que caían de la cabeza, caido el aliento por la debilidad, y el cansacio, y poco menos que agonizante ya por la multitud de heridas de su cuerpo. En esta figura dolorosisima le mirava su Madre. Mas, ó vista dolorosa! ó purisimos ojos de Maria martirizados con esta vision de vuestro Hijo! bolveos ázia mí, y suavizad mi duro corazon, derivando en él una compasion viva de vuestras penas, y una contricion fervorosa de mis delitos. La libertad licenciosa de mis ojos, y la curiosidad de mis miradas, han ocasionado tanto dolor en vuestras pupilas, y las de vuestro Hijo en esta vista reciproca de la calle de amargura, donde si se saludaron, como quiere S. Anselmo, no lo sé; mas si no se hablaron con la lengua, se hablaron ciertamente con los ojos, y el corazon.

Oyentes, qué compasion tan tierna no exige de nosotros este dolor, que toleró la Virgen siguiendo á su Hijo ázia el Calvario? Mas qué ilustre egemplo de virtud nos presenta para que le imitemos? Ella nos enseña seguir á Christo, dividiendo con él el peso de su Cruz. Nos amaestra en el instituto justo de Christianos, que es el de caminar por el camino de la justicia en el tiempo de la adversidad, de las tribulaciones, y los infortunios, que forman nuestras Cruces. Ay Christianos, que en-

entonces solamente son fieles á Christo, y le siguen, quando los lleva por los caminos de la abundancia, de las prosperidades, y de las honras. Mas quando se barajan las fortunas, y son oprimidos de la pobreza, de las enfermedades, y los desastres, reusan llevar su cruz, le buelven la espalda, le niegan la obediencia, prorrumpen en murmuraciones, y lamentos, y le dejan subir solo al Calvario cargado con su cruz. Si sois del numero destos infelices Christianos, avergonzaos de vuestro trato, y proponed al egemplo de su dolorosa Madre seguirle tambien, cargados con las cruces penosas de vuestro propio estado. Si ya sois resignados en los trabajos, y no reusais seguirle cargados con vuestras cruces, doleos de la suerte de aquellos otros, que no quieren entrar á tener parte en las amarguras de la Cruz, y atended aora á la Virgen Madre, la qual mirando por la primera vez á su Hijo en una apariencia tan dolorosa, fue tan aguda la espada que le hirió su corazon, que pálido el rostro, perdido el aliento, y puesta casi en agonia, cayó como muerta sobre los brazos de las piadosas mugeres que la asistian. Ni hay que estrañarlo, pues sin tener con Jesus ningun titulo, ni de conocimiento, ni parentesco, asi se abandonaron al llanto con su vista aquellas mugeres Hebreas; qué haria la que era su Madre verdadera, y conocia mejor que ningun otro su dignidad? Quando Tho-

más Moro, gran Canciller de Londres, caminava al suplicio de orden de Enrique VIII. á dar su vida por la Fé, Margarita su hija, vestida de luto, llorosa, y desmelenada le salió al encuentro en medio del camino, y fue tan vehemente su dolor mirando á su Padre entre los verdugos, y ministros, que cayó muerta á sus pies, sin haver podido articular otras palabras, que estas: Ah Padre mio! ah Padre mio! Aora pues, si Margarita halla su naufragio en las lagrimas, que derrama mirando á su Padre, reo sentenciado á una muerte honrosa; qué diluvios no se derramarian del Cielo de los ojos de nuestra Madre mirando á su Hijo, que es llevado á morir como delinquente entre ladrones? Fue ciertamente, Señora, un milagro de la Omnipotencia, que Vos quedaseis con vida en la calle de amargura, pero fuera tambien otro milagro de inhumanidad, si nosotros negasemos la compasion á vuestro dolor.

Señora, templad vuestras amarguras, quedad satisfecha con la vista de vuestro Hijo, no pretendais acompañarle, eximíos de nuevas angustias, bolviendo á vuestro retiro. Sois Madre, y Madre infinitamente mas tierna y cariñosa, que Sara: no conviene pues, que subais al monte á asistir al sacrificio de vuestro Isac. Quando no lo hagais por compasion propia, hacedlo por compasion de vuestro Hijo. Bien sabeis Vos, que siente mas vues-

tras penas; que las suyas. Vuestras lagrimas cayendo en la tierra, abren heridas en su corazon, y vuestras angustias, y dolores, son dulces tiranos, que con menos estrepito hacen mas profundas las cicatrices. Desistid Señora, y bolved al lugar de vuestra soledad. Mas qué pretendo yo? Maria dejar á su Hijo? No le havia de amar tan tiernamente. Ella dejar de asistir hasta hacerle una fiel compañia en su muerte? No seria ya mas, como lo es, la Corredentora con Jesus, y la que ayudó á su triunfo. Perdonarse penas, y dolores seria una traicion á su amor, y una deslealtad, que no puede caber en su fineza. Ella seguirá á su Hijo llorosa, y afligida hasta el monte del sacrificio, y contribuirá con él á la gran obra de la Redencion.

Acuerdome haver leido en las guerras Judaicas de Josefo, (1) que estando Tolomeo cercado apretadamente por su Cuñado Hircano, discurrió un estratagema para obligarle á que levantára el sitio. Tenia á la Madre del Cercador en el Castillo, y sacandola sobre la muralla, le hacia allí á vista del hijo crueles tratamientos. Poniale una espada á la garganta, amenazando la degollaria si á toda prisa no levantrava el sitio á la Ciudad. Dejo á vosotros, que considereis qual estaria el corazon del triste *hijo*, mirando tan expuesta la vida de su madre.

Mas

(1) Joseph. de bell. Jud. lib. 1. cap. 2.

Mas ella superior á todos los temores, y á las flaquezas de la humanidad, y el sexo, levantava las manos, y los brazos, y esforzando la voz quanto podia, decia á su hijo: No consientas, hijo mio, en hacer cosa indigna de tu calidad, y de tu Patria. Jamás levantes el sitio, ni aun por el precio de mi vida. Dejate de enternecer por el tratamienro cruel que se me hace. Gustosa contribuiré á tu vitoria, si no se me pide mas, que el sacrificio de mi vida. Viviria enfadada, y desabrida en adelante, si cayeses en la flaqueza de abandonar tu gloria por compasion mia. No te duelas de mí, obra con el valor, que corresponde á un Capitan de tu sangre, y entre Tolomeo tan aprisa como quiera su espada en mi garganta. Veis aqui, Señores, un diseño de lo que sucedió en la calle de amargura, aunque con mas altos fines, y consejos mas sabios de la Providencia. Jesu Christo tenia puesto sitio al Infierno, y iva ya á darle el ultimo asalto en el Calvario desde la Cruz. Pretendia acabar su Imperio, y llevar la ruina, y desolacion á aquella funestisima Ciudad. La compasion de su Madre insultada de aquellos ministros de Satanás podia detener un poco la egecucion de sus ingenios. El Señor devia vencer sus enemigos muriendo, y la Madre á trueque de ayudar al triunfo de su Hijo, se ofrece gustosa al sacrificio. Asi lo dice San Bernardo, el qual considera á la Virgen puesta á los pies de su Hijo, y ha-

hablandole asi entre suspiros, y lagrimas: (1) No
,, reparais, Hijo mio, en mis dolores, y ultrages;
,, aqui está la vida de vuestra Madre para contri-
,, buir al triunfo con la vuestra. Mal caminais so-
,, lo á morir, llevadme á la muerte con Vos, pues
,, de la victoria que vais á alcanzar de vuestros ene-
,, migos, quiero que mi vida sea tambien precio.

No se le concedió á la Virgen este deseo de morir juntamente con su Hijo, pues Dios, que en el Levitico (2) havia ordenado expresamente no se sacrificasen en un dia sobre un mismo Altar la Oveja, y el Cordero, no quiso que la Madre de Jesus fuese victima dos veces, muerta primero del amor del Hijo, y despues del cruel hierro. Sin embargo pues de no morir, fue tan veemente su dolor, cómo que solo hay la diferencia entre los tormentos de Jesus, y los de su Madre, que los dolores de Jesus estavan divididos en diferentes partes de su adorable cuerpo, mas en Maria todos unidos la hirieron en su purisimo corazon. Pobre Madre? martirizada Señora! Alli en su corazon se confederaron las espinas para herirla, alli los clavos para traspasarla, alli la hiel para amargarla, alli los martillos para molerla, y alli las agonias de la Cruz para crucificarla. En consideracion desto dijo el Serafico Doctor San Buenaventura, que en el corazon puri-

(1) S. Bern. de lam. V.
(2) Levit. cap. 22. v. 28.

risimo de Maria se hallará la corona de espinas, la Cruz, los clavos, la lanza, los azotes, y todos los dolorosos instrumentos de la pasion de Jesus. (1) Y por este conocimiento se buelve el Serafico Doctor á la Virgen para decirle: *O corazon suavisimo de amor, como es que te has trocado en corazon de dolor?* (2)

Quien no abre los purisimos ojos de su fé para atender el merito, y la dignidad de Jesu Christo, y mira por otra parte su dolorosa figura en la calle de amargura, juzgará encarecimiento de la eloquencia de los Padres, y de su piedad, quanto dicen las angustias, y penas de Maria; mas quien tiene una idea justa del amor de la Virgen á su Hijo; y de quan herido, y sangriento se deja ver de su Madre, no reputará sino como una ingenua, y modesta narracion, quanto publican los Santos Padres de sus dolores. Porque si San Bernardo (3) al ver pintadas en el suelo algunas historias sagradas, y expuestos por esto los rostros de los Santos á ser escupidos, y pisados, herido de vivisimo dolor con esta vista, reprendió severamente al Abad de Cluni su tolerancia, y condescendencia, quanto mayor seria el dolor de la purisima Virgen, viendo pisado de sacrilegos pies, y escupido de inmundas bocas aquel

(1) S. Bonav. Serm. de pass. *In corde V. M. inveniens Coronam spin. claves, lanc. &c.*

(2) *O suavissimum cor amoris, cur conversum es in cor doloris.* S. Bonav. méd. pass.

(3) S. Bernard. in calce Apol. ad Guillerm. Clun.

aquel rostro de su Hijo, espejo purisimo donde tienen á gran gloria mirarse los mas altos Serafines? Si aquellas dos hermanas, hechas cautivas del Turco, en la derrota que padeció Miguel Paleologo, al despedirse una de otra, quedaron ambas muertas en un tierno abrazo, cómo dejaria de ser milagro quedar con vida Maria, despues de haverle dado á su Hijo los ultimos abrazos en la calle de amargura? Mas yo no sé si me maraville mas de que la Virgen sobreviviese á una pena tan desmedida, quanto de que puesta en un estado tan doloroso, no nos merezca la compasion. Mostraria yo no tener corazon, si le tuviese para decir, que impresion hizo en el animo de la Virgen la vista de su Hijo despedazado, y sangriento. Y un obgeto tan tierno, y lastimoso, lejos de serlo de nuestras lagrimas, lo ha de ser de nuestras desatenciones, y nuestras iras? Qué ha de haver valor en nosotros para hacer una alianza infame con los Hebreos, y conjurarnos contra las vidas de Madre, y Hijo juntamente? Qué Jesu Christo, aun en los brazos de su Madre, no ha de gozar de asilo contra las heridas de nuestras culpas?

Mirad, huvo en la antiguedad un Padre tan aborrecido de un hijo suyo, que era menester atender siempre á ponerse en salvo para librarse de las asechanzas, que le ponia su infeliz hijo para matarle. Aborrecido el Padre de vivir una vida tan

penosa, perseguida siempre de aquel domestico verdugo, toma cierto dia ocultamente un puñal, y le dice á su hijo, sigueme. Guiale á una profunda soledad, introducele á un bosque inacesible, y quando ya se hallan rodeados por todas partes de precipicios, de arboles, y fieras, saca el puñal improvisamente el Padre. Pensad vosotros de qué horror sería poseido el triste hijo, quando miró en mano de su Padre la fatal arma. Mas quando temió sentirse herido con la fiera punta de aquel hierro, oye á su Padre, que se le ofrece, con estas palabras: Toma hijo mio este puñal, y ya que te soy tan odioso, que me juzgas indigno de vivir, yo quiero en mi muerte mostrar aun que te amo. Si el furor de tu avaricia te hace olvidar las obligaciones de hijo, y no te permite dejarme morir en paz para sucederme en mis derechos, y posesiones, mi amor no me deja olvidar, que sois mi hijo. Quiero mi muerte, ya que vos, á quien soy tan odioso, la quereis, mas la quiero sin peligro vuestro, para no morir segunda vez en vuestra deshonra. Cruel, pero amado hijo mio, qué aguardas? qué esperas meter ese puñal en este pecho? Mira no salga del bosque alguna fiera, y despedazandome primero, os prive del gusto de asesinar á vuestro Padre. Descargad aquel golpe tan suspirado, aora que os pone á cubierto el silencio profundo destas plantas, y mis gemidos no pueden acusaros. No puede darse coyuntura mas fa-

favorable á tus deseos. La soledad es muda, los peñascos no hablan, el puñal le teneis en vuestra mano, el sitio es impenetrable, mi pecho está desnudo, ninguno puede descubrir vuestro delito. Animo, hijo, valor, recobra los furores antiguos, aqui está mi pecho, hiere, rompe, mata, desahogate. Yo herir! yo desfogarme! Ha Padre mio! Padre mio! Sorprendido el joven de la verguenza, del dolor, y de la piedad, cae en el suelo sin sentido, donde muerto el antiguo hijo con sus furias, se levanta otro nuevo hijo, todo respeto, y amor para su Padre.

Pecadores obstinados, quantas veces haveis puesto asechanzas á la vida de vuestro Padre Jesus? Fueron desgraciadamente felices vuestras diligencias, pues llegasteis á herirle muchas veces; pero avaras de mas sangre, como que estais mal satisfechos de la que le haveis ya sacado de las heridas. Animo, pues, que su misma Madre os muestra desnudo su corazon, y su pecho. Tomad una de aquellas espadas, y pasadle de nuevo el corazon á Maria. Satisfaced vuestra ira, persuadidos de que con un solo golpe abrireis dos heridas en los corazones de Hijo, y Madre. Desfogaos infelices, ensangrentaos crueles, no perdoneis el amoroso pecho de Maria. Clavad nuevas espadas en aquel tierno corazon. Las heridas abiertas en el pecho de la Madre, serán llagas en el corazon del Hijo. De una aca-

acabareis con ambas vidas, y conseguirá un barbaro triunfo vuestro vlaor. No perdoneis la Madre, heridla con una de aquellas espadas de vuestras culpas, que ya teneis en vuestra mano. Mas qué digo? á quienes hablo? Cómo no temo ofenderos, considerandoos tan desapiadados, que intenteis abrir con una cruel espada el dulce corazon de nuestra Madre? Pero al fin, si hasta aora con vuestras culpas haveis herido los corazones de Hijo, y Madre, caed avergonzados en el suelo, como aquel antiguo hijo, y puestos á los pies desa Madre dolorosa, decidle penetrados de ternisima compasion: O Virgen dolorosisima! Unid Señora vuestro corazon con los nuestros, para que todos queden heridos, y llagados. Dadme, Señora, vuestro Hijo, para ver en él vuestro corazon herido. Y sino quereis darme vuestro Hijo, dadme á lo menos sus oprobios, sus llagas, y sus tormentos para sentir con *Vos* lo que sentís. Qué Madre havrá, que si pudiese poner en el siervo todos los males del hijo, no lo hiciese? Señora, Vos sois la Madre, y yo el esclavo. Si pequé, justicia es que me castigueis, y asi vengan sobre mí todas esas penas. Si os serví, tambien es justo me las concedais, pues las pido en premio, y renuncio otro qualquiera galardon. A vuestros pies estamos Reyna de los Martires, sin otra pretension, que ser participantes de vuestros dolores. No os pedimos como á Reyna, que sois del

Cie-

Cielo, que nos hagais arbitros de las lluvias, de las tempestades, ó de las nieves, solo vuestras llagas deseamos. Concedednoslas, Señora, ó mandad nos quiten la vida, pues ver llagado á vuestro Hijo, y á Vos herida con sus dolores, no estandolo nosotros, nos es mas duro que la muerte. Virgen purisima, herida en lo mas vivo del corazon con la vista de vuestro Hijo, dadnos parte en vuestras amarguras; pues para suavizar las vuestras, decimos de lo mas intimo del corazon: *Señor mio Jesu Christo, &c.*

DOLOR V.

CRUCIFIXERUNT EUM. Joan. cap. 19.

ES maravilla, que representandose sobre el Calvario el espectaculo mas funesto, que jamás vieron los Cielos, y la tierra, lo descrivan los Evangelistas con tanta concision, como con decir precisamente: *Crucifixerunt eum*: le crucificaron. No vió el mundo en una porfia admirable la fiereza mas execrable de las criaturas, y la fineza mas inaudita del Criador: Aquella obstinada en dar la muerte al Autor de la vida,

y

y ésta empeñada en dar la vida á las criaturas indignas de vivir? No fue testigo el Cielo de un espectaculo igualmente portentoso, que funesto, portentoso, pues descubre el ultimo exceso de la inefable caridad de Dios para con los hombres; y funesto, porque pone en obra la mas indecible perfidia de los mismos hombres? No se obró sobre el Calvario un atentado, que no paró menos que en un Deicidio, que miraron con indignacion los Cielos, y con señales de compasion, y de dolor todas las criaturas insensibles? No asistió presente al sacrificio horrendo nuestra afligida Madre, agonizante casi, por la extraordinaria veemencia de su dolor? Cómo, pues, los Evangelistas tanto silencio? Les faltaria eloquencia, y acaso no era bien necesaria, para hacer una descripcion puntual de todas las menudencias, á fin de darnos una idea exacta de la grandeza de los tormentos de *Christo*, y de la horrible fiereza de los hombres, para obligarnos á concebir justamente de la enormidad de nuestras culpas, por lo costoso de la redencion? No os maravilleis, responden excelentemente Simon de Casia, y Salmeron, de que los Evangelistas escriviesen con pluma tan avara el tragico suceso de la Crucifixion. La ternura, y compasion de sus animos les embarazó escribir mas prolijamente una maldad tan lastimosa, y tan horrenda. Al tomar la pluma les temblava la mano, la misma pluma se re-

resistia por el horror, bañavan el papel con lagrimas, y lleno el corazon de un pavor insolito, se hallavan embarazados, para dejar escrito á la posteridad espectàculo tan indigno, y tan cruel. Todo fué disposicion de la altisima Providencia, dice San Bernardino de Sena, para que nuestro merito fuese mas deudor á una piadosa meditacion de lo que verisimilmente pasaria en una crucifixion tan afrentosa, y tan cruel, que no á la tinta, y pluma de los Sagrados Evangelistas: (1) *Sic Spiritus Sanctus breviter scribi voluit, ut pia consideratio non expressa per attramentum, pia meditatione ad meritum fidelium remaneret.* Si los Evangelistas, pues, no tuvieron corazon para escrivir despues de algunos años, las circunstancias del Deicidio horrendo, que miraron con indignacion, y escandalo los Cielos, y la tierra, quál lo tendria la Madre de Jesus, mirando con sus propios ojos la cruel carniceria, y las ignominiosas afrentas de su Hijo? Ha que bien lo entendió el Profeta Jeremias, quando en la total desolacion de Jerusalen entrevió un simbolo del inmenso dolor de la afligida Virgen, en la crucifixion, y muerte de su Hijo. Esto quiso explicar en aquellas profeticas palabras de los Threnos? A qué corazon combatido de penas te compararé? O què espiritu afligidisimo podrá igualarse al tuyo, ó des-

(1) Tom. 1. Serm. 15. art. 4. cap. 3

consolada hija de Sion? Ha! que tu dolor forma un mar por la profundidad, y por la amargura, donde sumergido naufraga tu triste corazon, y cuyas olas, alcanzandose unas á otras, rompen todas juntas contra las arenas de tus purisimas entrañas. (1) Engolfemonos, oyentes, con la consideracion en este mar, y haciendole á la dolorosa Madre una compañia fiel sobre el Calvario, sondeemos, quanto nos sea posible, la profundidad de sus aguas, con una aplicacion viva, y compasiva, y depuremoslas de su amargura, con una constante imitacion de sus egemplos. A esto nos obligamos, dulce Madre nuestra, teniendo tan propicios los socorros del Cielo, como esperamos tener presentes vuestras amarguras, para imitaros en la tolerancia dellas. Alcanzadnos á todos una gracia comun, para sentir, y obrar con Vos, y á mí la particular de tratar de vuestros dolores, de manera, que haga tan fecundos de lagrimas los ojos de mis oyentes como de obras, y afectos sus corazones, y manos. Para alcanzar esta gracia, en que todos somos interesados, os saludamos con el Angel: AVE MARIA.

CRU-

(1) Thren. cap. 2. *Cui comparabo te* ⁂: *magna est velut mare contritio tua.*

CRUCIFIXERUNT EUM. Joan. cap. 19.

NO puede negarse, que la crueldad refinada de los hombres ha dado en el medio de sangrar á los enemigos, sin alguna rotura de sus venas, y aun hacerles morir una muerte rabiosa, sin tocarles. Penetrado el grande secreto de quanto puede obrar el amor reciproco, ha considerado en dos obgetos una sola persona, y en seguida deste conocimiento, para atormentar á dos, ha creido bastante herir á uno. Ladislao Rey de Sicilia, queriendo castigar en cierto hijo de un Conde las mal fundadas sospechas de infidelidad, quiso, (1) que asistiese solamente á la justicia, que hacia con su Padre, convencido de reo de lesa Magestad. Mas sucedió, que al descargar el verdugo su cuchillo sobre la cabeza del Padre, hirió tan vivamente el corazon del triste hijo, que murió al mismo tiempo, sin haver recibido otra estocada que del amor, y la compasion. El tirano Phalaris, para castigar mas severamente á un Padre, que con su hijo era complice de un mismo delito, dió orden, que solo el hijo fuese puesto en una cruz, donde devia morir á vista de su Padre. No dejaron de estrañar muchos lo irregular de la sentencia, pareciendoles, que

(1) Chron. de San Francisco, p. 5. en la vida de San Juan de Capistrano.

que devian ambos sufrir un mismo suplicio, siendo igualmente reos del delito, de que eran acusados. Y aun parecia congruente, que con el Padre se procediese en terminos de mayor severidad, pues en el hijo podia tener algun lugar la indulgencia, apoyada sobre los principios de la consideracion de la edad, y del pernicioso, pero atraente egemplo de su Padre. Phalaris satisfizo á todos diciendo: *Uterque crucis supplicium subit, filius corpore, Pater in corde.* No os maravilleis, pensando que soy mas indulgente con el Padre, que con el hijo. Ambos sufren el suplicio de la cruz, sin otra diferencia, que el hijo tolera la sensibilidad de los clavos en el cuerpo, y el Padre como dobladamente culpado, es imolado á la Justicia sobre la cruz de su corazon, con los clavos del natural afecto, y del amor.

Veis aqui, oyentes, en estos sucesos del modo admirable, con que no la crueldad de los hombres, sino la Justicia del Padre Eterno, y el amor de la Madre Virgen, martirizaron el corazon de la Virgen Madre, y el cuerpo, y entrañas de Jesus. Porque si el amor reciproco, con que se amavan, causava en Jesus, viendo padecer á su Madre unas aflicciones mayores, que las de los clavos, y las afrentas, al decir de San Bernardo, (1) y Arnoldo (2) Carno-

(1) S. Bern. *Adaugebat vulnerum passionem, materna compassio.*
(2) Arn. Carn. *Plus in Matre, quam in se ipso patiebatur.*

notense, tambien en Maria hacian un estrago espantoso, y desapiadado los clavos, y las heridas de Jesus, obligando decir á San Gregorio: Que crucificando al Hijo, venian á crucificar su misma Madre: *Christo crucifixo, crucifigebatur & Mater.* Pudiendose aun añadir, que amando la Virgen á su Hijo mas que á sí, era aun mayor su tormento por las penas de Jesus, que si fuese atormentada en su propia carne. Mas quièn podrá explicar el fiero estrago, con que sintió Maria despedazarsele el corazon en el pecho, quando haviendo llegado sobre la sima infausta del Calvario, vió á los Judios celebrar el triunfo de ver cumplido su empeño de crucificar al bello Nazareno? Qué agonias las suyas, viendo los ministros, y sayones disponerse con alegria á egecutar la mas injusta de las justicias? Qué deliquios mortales, oyendo el ruido de los martillos, y clavos, y viendo á los atrevidos echar mano del Salvador, para despojarle de su tunica? O piadosisima Señora! cómo tuviste corazon para sufrir, ver en manos de los verdugos aquella tunica labrada con tanto cuidado por vuestras manos virginales, y desnudo della á vuestro Hijo, á la frente de un pueblo desvergonzado, y atrevido? Si Adan no pudiendo tolerar, aun sin otros testigos que su Esposa, la afrenta de su desnudez, se esconde en la espesura de un arbol, sirviendose en vez de paños, de sus hojas. Si los Embajadores de David,

me-

medio desnudos solamente por los Ammanitas, concibieron tal rubor, que nunca se atrevian salir en pùblico: Si aquel Padre referido de San Lucas, (1) no pudo sufrir la ignominiosa desnudez de su hijo prodigo, y por esto, como notó San Chrisologo, le tuvo apretado á sí, hasta que le tragesen el mas precioso de sus vestidos, quanta conviene, pues, que fuese vuestra amargura, mirando sin vestido al que cubre de flores los prados, de plumas á las aves, y á los ganados de blancas lanas? Cielos! qué haceis ociosos? Angeles avergonzaos de vuestra desidia. Para quándo aguardais apurar de saetas vuestras aljavas? Nubes en què otra ocasion podeis mejor descargaros del peso de vuestras piedras, y emplear mas bien todo el furor de vuestros rayos? Vuestro Hacedor sufre la verguenza de ser despojado de aquel Pueblo, á quien por quarenta años, con un explendido milagro, conservó sus vestidos en el desierto, sin romperse, ni aun deslustrarse, y vosotros mirais su desnudez sin una indignacion fecunda de estragos, y mortalidades? Es bueno, que estuvisteis tan pronto para castigar en los Betsamitas, (2) con una muerte repentina, la curiosidad de mirar desnuda el Arca de la alianza, y aora manteneis embainadas las espadas, quando el Arca verdadera de nuestra paz, donde habita la Divi-

(1) Luc. 15.
(2) Deut. 29.

vinidad, es despojada de sacrilegas manos, y mirada de ojos atrevidos! Sol, que apagaste tus luces tirando sobre el cuerpo desnudo del Salvador la lobrega cortina de tus tinieblas, (1) fuiste ciertamente harto perezoso en tus diligencias, pues llegaste ya tarde con tu cuidado, para escusarle al modestisimo Nazareno su confusion, y á la dolorida Madre su insufrible pena.

O afligidisima Señora! no os detengais mucho en considerar la afrentosisima desnudez de vuestro Hijo; pues los oraculos del Cielo deven cumplirse, y asi si él ha de ser la victima sacrificada á la justicia del Padre, conviene, que corresponda la verdad á la figura, haviendo ya ordenado su Magestad en el Levitico, (2) que antes de sacrificarle el Cordero, le despojasen de su piel. Otros espectaculos mas tristes, y tormentosos pueden ser el obgeto funesto de vuestras atenciones. Mirad pues, dulcisima Señora, renovadas todas las llagas, con la extraccion violenta de la tunica, y manando sangre de tantas heridas, que no hay mortal vista, que pueda contarlas todas. Atended como de nuevo, despues de desnudo, coronan à vuestro Hijo, abriendo las espinas heridas nuevas, y renovando las antiguas. Reparad en los hilos de sangre que caen de aquella cabeza, y de aquellos ojos.

(1) Matth. 27.
(2) Levit. cap. 1. v. 6.

ojos. Mirad aquel sayon con el martillo, y clavos en la mano. Reparad aquel otro, que prepara sobre el suelo la Santa Cruz. Atended á aquellos, que violentan con empellones al Salvador, para que se estienda sobre aquel rigido ignominioso patibulo, y alargue pies, y manos á la medida de los barrenos. Mo mireis mas, afligidisima Señora, que morireis á la violencia de vuestra pena. Retirad vuestros virginales ojos de un espectáculo tan triste, que por no mirarle el Sol gigante de los astros, cierra sus pupilas antes de tiempo. Escandalizado el Cielo, niegase á ser testigo ocular, interponiendo un caos de tinieblas. Dolorida la tierra detesta la execrable maldad con un sacudimiento estrepitoso de sus entrañas. Las piedras en detestacion de la injuria, que se vá á hacer á su Criador, se hieren unas á otras, por no serles permitido herir á los delinquentes. El velo del Templo, para no ser requirido de *haver* mirado sin sentimiento el detestable atentado de los Hebreos, se divide en partes. Y las criaturas todas dan por señales de su dolor el agitarse, el comoverse, el desordenarse, poniendose todo el gran cuerpo del Universo, como en estado de exalar el alma. Sino hay ojos, ni corazon en las criaturas para mirar sin pena la ignominiosa crucifixion de su Criador, cómo podreis Vos asistir á ella, teniendo el corazon de un temperamento tan suave, y siendo Hijo vuestro aquel á quien se dispone cruci-

ci-

cificár? (1) Santos Angeles, que temblando por el horror del Deicidio, y convertidos vuestros ojos en fuentes de lagrimas amarguisimas por la compasion, asistís á tan funesto sacrificio, estad de observacion sobre la vida de vuestra Reyna, y nuestra Madre. Substituid espiritus en su corazon por los que se exalan á las violencias, y agitaciones de su pena. Maria morirá ciertamente, si os descuidais un punto en abastecerla de confortativos. El Salvador ya está supino sobre la Cruz, ya tiene sus manos afrontadas con los barrenos, ya aplica el sayon un clavo, ya toma el martillo, ya ha levantado el brazo, ya va á descargar el fiero golpe. Cuidado Espiritus soberanos, que Maria tiene oidos, y temo que el golpe del martillo haga una tortilla su corazon. Gracias, oyentes, á la Providencia, pues nuestra Madre vive aun, y el fiero sayon ha pasado de un golpe la mano derecha del Salvador con un agudo clavo. Si bien es verdad, como reveló la misma Señora á su fiel sierva Santa Brigida, (2) que al oir el primer golpe del martillo, fue tan sobrecogida del dolor, que perdida enteramente la luz de sus pupilas, tremulas las manos, y

N ti-

(1) Isai. 33. *Angeli pacis amare flebunt.*

(2) Lib. 1. Revel. cap. 57. *Cun primus clavus figeretur ego ad primum ictum cecidi quasi mortua, oculis obscuratis, manibus trementibus, pedibus nutantibus, & non respexi præ amaritudine antequam ex toto affixus erat.*

trabucantes los pies cayó como muerta, tendida á un parasismo mortal de que no bolvió hasta estar ya la Cruz en su lugar. Considera este pasage el devotisimo Dotor San Buenaventura, y aludiendo á él dice asi con su acostumbrada compasion: No podia menos de suceder asi, pues si á mí sola la memoria me debilita de tal manera los espiritus, que rendido á penosisimas agonias, me pone á las puertas mismas de la muerte; (1) qué mucho, que la Virgen cayese como muerta, siendo Madre suya, y mirando con sus propios ojos el cruelisimo espectaculo?

O Dotor verdaderamente Serafico! y qué otras disposiciones tan diferentes de las nuestras teneis en el corazon, considerando el espectaculo horrendo de la crucifixion del Salvador! En Vos hacia una impresion tan profunda la scena dolorosa del Calvario, que os obligaba arrancar del pecho afligidisimos suspiros, mudar el color del rostro en una palidez mortecina, y bañar la purpura con lagrimas; nosotros oimos hablar de la crucifixion del Hijo, y de la compasion de la Madre, sin ser tocados ni ligeramente de la piedad. Vos os deshaciais en lagrimas, y lamentos á un leve recuerdo de las penas del Salvador, y de su Madre; nosotros las oimos con indiferencia, como sino fuesemos in-

(1) S. Bonav. de med. pas. *Deficio, pené morior.*

interesados en el precio costoso de la comun salud. Mas cómo se nos han de comover las entrañas por la compasion, si por ventura somos nosotros del numero de aquellos, que renuevan cada dia la crucifixion, como se quejó el Señor á Santa Margarita de Cortona? (1) *Plures Judæi sunt, qui me hoc tempore crucifigunt, quam fuerint in die passionis meæ.* Reprendamonos, oyentes, á nosotros, y avergoncemonos de nuestro trato. O lagrimas mias, donde estais? Ojos mios! de donde procede vuestra avaricia? Tan liberales para llorar un pasagero desastre, y tan dificiles para conceder los desperdicios siquiera de unas pocas gotas, en esta ocasion tan oportuna, y tan justa? Moyses al toque de su vara hizo dar raudales de agua á los peñascos, y mi corazon ha de ser mas duro que las piedras? Las entrañas de la Virgen se despedazan á vista de espectaculo tan cruento, y su memoria no enternecerá las nuestras, para mostrarse á lo menos compasivas? Ha oyentes! si no os sentís movidos á llorar sobre Jesu Christo crucificado en el cuerpo, y su Madre en el corazon, llorad sobre vosotros con irremediables lagrimas, pues la insensibilidad de un Christiano con motivos tan urgentes, hace el caracter de un espiritu desamparado de la gracia, y es una marca infausta, que señala su perdicion. No obstante aun

(1) Bolland. in vita S. Marg. á 23. de Feb.

no os considero á vosotros tan infelices, pues aunque al presente dais aun en vuestros dudosos gemidos unas señas equivocas de vuestra compasion, espero, que las deis verdaderas, quando hayais visto por todas sus caras el tragico teatro.

Atended pues, á aquellos ministros detestables, que haviendo ya crucificado al Señor, toman la Cruz, y con fiesta propiamente infernal, la dejan caer de golpe en el lugar destinado para fijarla. A estas violencias se renovaron las llagas, se desgarraron las heridas de los clavos, y padeció la sagrada humanidad dolores agudisimos, sobre los que havia padecido hasta aquella hora. A los gritos con que los ministros, y sayones celebravan el escandaloso milagro de su perfidia, bolvió la Virgen nuestra Señora del doloroso rapto, en que la pusieron los primeros golpes de los martillos, y lo primero que miró fue á su Hijo levantado ya en *la* Cruz en medio de dos asesinos crucificados por sus delitos. O purisimos ojos martirizados con tal vista! obscureced vuestras luces, y escusareis una de sus mayores penas á nuestra Madre. Ojalá fuerais ciegas dichosas pupilas! No seria tan cruel el estrago en el corazon purisimo de la gran Reyna. Mas es fuerza, Señora, que padezcais, y aunque vuestro espiritu sea superior á los trabajos, es preciso hacer una fiel compañia á vuestro Hijo, y pagarle á la humanidad los tributos de la compasion:

y del dolor. Tributos tan rigurosos, como justos, tan justos, como naturales, y por no ser tan naturales deja de exigirse con rigor. Lo primero en que pensó la Virgen despues de haver visto clavado ya en la Cruz á su Hijo inocentisimo, fue, en recoger en su corazon los espiritus desertores, animarse contra su mismo dolor, desembarazar la mente de pensamientos sensibles, y naturales, y luego ofrecer al Eterno Padre en el secreto altar de sus entrañas, dos victimas agradables, la de su Hijo despedazado, y sangriento, y la de su corazon martirizado. ,, Dónde estavais sobre el Calvario, Purisima Señora? le decia el Dotor Serafico San ,, Buenaventura. Por ventura junto á la Cruz? ,, Ay de mí! Estavais mas cerca ciertamente. Vos ,, estavais en la misma Cruz, donde erais crucifi- ,, cada con vuestro Hijo, sin otra diferencia, que ,, él era crucificado en el cuerpo, y Vos lo erais ,, en el corazon. O novedad admirable! O prodi- ,, gio estupendo! Toda estavais en las heridas de ,, Jesu Christo, y Jesu Christo era crucificado en ,, las intimas entrañas de vuestro corazon. (1) Si no la quereis considerar con San Buenaventura, en la misma Cruz de Jesus, no podeis mirarla tan distante, que ella no atienda con sus ojos hasta la ultima de las agonias de su Hijo. De manera, que en

(1) S. Bon. in stim. Div. am. part. 1. cap 4.

en la Virgen nuestra Señora no tuvo lugar aquella Ley del Levitico, (1) donde por compasion de los mismos irracionales, ordenava el Señor, no le sacrificasen en un mismo dia la oveja, y el cordero, para que la triste ovejuela no fuese victima dos veces, desangrada primero del amor al hijo, y despues del propio hierro. Agar, esclava de Abran, quando en una soledad miró á Ismael su hijo, que iva á espirar transido de la sed, le acomodó sobre un arbol, y apartandose decia: *Non videbo morientem filium.* Si ha de morir mi hijo, yo no tengo corazon para mirarle agonizar. Si Agar no tuvo valor para mirar á Ismael puesto en agonia, la Virgen, que al mayor amor de su Hijo, al dia con sumision egemplarisima, á los ordenes del Cielo, le tuvo para asistir tan dolorida, como animosa, al gran sacrificio de la Cruz. Y si la Madre de los Macabeos es llamada de S. Agustin siete veces Martir, por haver asistido al martirio de otros tantos hijos suyos; Maria Señora nuestra, que estuvo presente al sacrificio de un Hijo, que valia por millares, merecerá justamente intitularse Reyna de los Martires. De alli donde asistia la incomparable Virgen martirizada de su pena, veía pendiente de una Cruz entre dos ladrones, como Capitan, y guia dellos, aquel dulcisimo Hijo suyo, á quien con amor natural ama-

(1) Levit.22. v.28. *Bos, sive oves non immolabuntur una die cum fœtibus suis.*

amava mas tiernamente, que todas las Madres á los suyos, y con sobrenatural, mas que todas las mas sublimes inteligencias. Oía las atrocisimas blasfemias, que decian contra él la plebe tumultuosa, la soldadesca atrevida, y los sacrilegos Sacerdotes. Atendia á las festivas, é insultantes burlas, que usavan con él, pues moviendo sus cabezas, como por mofa, decian unos: Al fin no has podido librarte con tus malas artes de nuestras manos, aora vendria bien para escapar deste suplicio, uno de aquellos milagros tan ruidosos, con que engañavas á los simples, por la ambicion de sus aplausos. Tanto ruido, que moviais, decian otros, atribuyendote soberviamente el nombre de Salvador de todos, muestralo aora, salvandote á tí mismo de la muerte, que tan justamente te han merecido tus embustes, y tus dotrinas sediciosas. A Elias llama en su defensa, decian estos, veamos si se ha cansado de las delicias del Paraiso, para venir corriendo á socorrer á su Cliente. Ya que te intitulavas Hijo de Dios, repetian aquellos, poco te costará hacer un esfuerzo para desatarte desa Cruz. Baja della, pues, ya que eres tan poderoso, y á esta prueva cederemos nosotros, confesando ser verdadera toda la grandeza, de que te jactas. Algunos Padres afirman, que aquella chusma detestable de ministros desfogavan tambien sus malditas lenguas contra la Virgen, insultandola con estas, ó semejantes palabras,

tan

tan fecundas de malicia, como de desprecio: Mirad Señora el paradero de un Hijo tan milagroso. Vos le queriais Rey, lo haveis conseguido, pero atended á la calidad de los ministros, que hacen su corte, reparad en el esplendor del trono, y en la preciosidad de su corona. Sois ciertamente dichosa Señora, pues sois Madre de un Hijo Rey de los Judios, pero coronado con una diadema digna de su merito. En esto han parado las maravillas, que la gente popular publicava de su poder, y su virtud. Vos sois harto reprensible, por haverle dejado en tanta libertad. Ya cogeis el fruto de vuestro descuido en su educacion. Si no le huvierais permitido ir vagamundo, haciendo sus correrias por la Judea, y Palestina, alborotando los Pueblos con novedades, no tendriais el dolor de verle pagar sus delitos, por justa sentencia de nuestros Sacerdotes, y Presidente. De Vos pueden aprender las Madres el arte de criar como deven á sus hijos, y en el castigo del vuestro, y vuestro propio suplicio, pueden tener las descuidadas del cumplimiento de sus deveres una suerte igualmente ignominiosa, y desgraciada. Vos teneis bien merecida vuestra pena, sufridla como podais, ó morid á la violencia de vuestro dolor, pues no atajasteis los infelices progresos del genio parcial, y reboltoso de vuestro Hijo.

No es facil, oyentes mios, alcanzar á compren-

prender, quan profundas heridas abrian en el espiritu de la Virgen los desprecios horrendos, que los Hebreos pérfidos insultavan á Hijo, y Madre. Ninguno de los Angeles tenia ideas mas altas, y verdaderas de la dignidad, y meritos de Jesus, como su Madre, y asi ninguna otra criatura podia sentir mas justamente la injusticia de los Judios. Y por estas medidas deve regularse la grandeza del dolor, nacido de los ultrages hechos á un Hijo tan digno, y tan amado. Llorava mas inconsolable la afligidisima Señora, suspirava mas altamente, gemia mas lastimosa, y ostentava una apariencia tan lugubre, y tan triste, que su vida huviera enternecido ciertamente á qualesquiera otros corazones menos duros, que los de los Judios. Menos morir, que la vida la conservó por milagro, en lo demás toleró su corazon cuchilladas tan desapiadadas, y tan fieras, que á menores heridas, que las suyas, han muerto todos los Martires. Fueron muchas, y mas sensibles aun por la qualidad, que por el numero las estocadas, con que fue despedazado el purisimo corazon de la Virgen Madre, mientras asistia con una fidelidad digna de sí, al gran sacrificio de la Cruz. Fuera de las agudas saetas, que arrojavan á su espiritu las blasfemas lenguas de los Judios, era igual; por no decir dobladamente atormentada de otras causas. Cada gota de sangre, que destilada de las heridas del Salvador, caía sobre su

rostro, ó su cabeza, era una mortal llaga en su corazon. Verle sediento, y constreñido juntamente ó á morir de sed, ó á refrigerar sus abrasados labios con hiel, y con vinagre, no dejava de abrirle en el espiritu su llaga, y bien profunda. Oirle dar sus quejas amorosas á su Eterno Padre, porque le ha desamparado, era una herida, que sin sacar sangre, le partia de parte á parte el corazon. Mirarle por tres horas puesto en una penosisima agonia, era un probar la Virgen todos los rigores de la muerte. Observar con mirada atenta, como poco á poco se ivan cubriendo de una mortal amarillez las megillas, como se ivan enegreciendo las carnes, como se retiravan los ojos ázia el celebro, apagandose sus luces poco á poco, como se levantava el pecho, como se iva inclinando la languida cabeza, como el cuerpo todo con su natural peso se iva á tierra, sostenida en alto solamente de los agudos clavos, como por momentos iva apretando sus cordeles el tirano dolor, acercandole con pasos lentos (pero por esto mismo mas penosos) á la muerte: todo esto junto hacia una carniceria tan cruel en el corazon de la dulce Madre, que el no morir antes que su Hijo, lo celebran los Padres como un milagro. Dejárais Dios mio de obrar este milagro, y os acreditarais de mas piadoso con vuestra Madre. Que hagais milagros para conservar vidas, bien lo entiendo, pero que en vuestra Madre

dre los hagais para multiplicar muertes, no lo alcanzo. Seria piedad, Señor, acabar con la vida de vuestra Madre. Dad licencia á la muerte, para que descargue el golpe de aquel hierro, que tiene levantado. Menos cruel será la muerte hiriendola, que dejandola de herir. Acabe de morir vuestra Madre, para no morir cada momento, mirandoos padecer. No obstante, Dios mio, si á los fines de vuestra providencia no conviene, que muera aun vuestra Madre, dejadla con vida, para que de vuestros labios mismos reciba una herida mas desapiadada, que de los agenos. Disponeos, Señora, â oir á vuestro Hijo, que sacando de su naturaleza los ultimos efuerzos, muestra quereros hablar desde la Cruz. Con labios palpitantes, y con voces ya languidas, y desmayadas, dice: *Muger ve aí á tu Hijo*, y buelta un poco su dolorida cabeza ázia el Discipulo amado, añade: *Ve aí á tu Madre.* O palabras de Jesus dichas á su Madre, y quan fecundas sois de amarguras, y de penas! Aquellos labios que nunca se abrieron sino para consuelo de la afligida Madre, aora se despliegan para despedir en cada silaba que pronuncian, una saeta, que hiere. Hasta aora han destilado almivares por palabras. Tenian guardado para este punto convertirse en espadas, para atravesar el corazon de la dulce Madre. Creereis vosotros, oyentes, que traspasada de pena con estas palabras la afligidisima Señora, dejase de ha-

cer dentro de sí misma estos, ó semejantes razonamientos: Hijo mio, con que ya me haveis ultimamente abandonado? Pensavais dar á mi pena algun confortativo, substituyendo por Vos, en qualidad de Hijo, á vuestro discipulo Juan? Bello cambio por cierto, con el que juzgais interesarme! Una criatura, por el Criador, el hijo del Zebedeo, por el Hijo del Eterno Padre, el Discipulo por el Maestro. Y quando querais, que yo acepte tan triste comutacion, admitiendo á Juan por Hijo mio, por qué me tratais con tan estraño rigor, llamandome Muger, y negandome el dulce titulo de Madre vuestra? Pues que por serlo de Juan, dejo de serlo de vuestra Magestad? Por ventura no os he concebido en mi seno? No os he alimentado con el dulce nectar de mis entrañas, dandoos en mi leche desleido mi corazon? Acaso podeis quejaros de no haveros amado tiernamente, de no haveros servido quando niño, ú de no haveros honrado altamente quando adulto? O Padre Eterno! no me castigueis Vos tambien con semejante rigor, negandome el titulo de Esposa vuestra, quando me veo sin el de Madre de vuestro Hijo. Yo adoro vuestros eternos consejos, y me someto rendida á vuestras sabias disposiciones. Admito la substitucion dolorosa de Juan por mi Hijo, en vez del vuestro, y mio, á quien Vos por la salud del mundo imolais á vuestra justicia.

Ya

Ya se llegava el termino de las tres horas de penosisimas agonias, abre nuevamente sus labios el Salvador agonizante, y muestra haverse ya cumplido en él todos los vaticinios de Isaias, que habló mas expresamente de su Pasion: *Consummatum est.* Con voces moribundas encomienda al Padre su imaculado espiritu, inclina la cabeza, cierra los ojos, y acaba finalmente de morir: *Inclinato capite emissit spiritum.* El dolor del Emperador Mauricio, mirando degollar á su hijo en su presencia, el de aquella Reyna referida de Herodoto, que vió morir á su esposo despedazado, y el de quantos han sido testigos oculares de las muertes mas desastradas de sus hijos, y consanguineos, no merecen traerse á comparacion con el dolor agudisimo de la triste Madre, mirando agonizante á su Hijo sobre un suplicio igualmente infame, que tormentoso. Basta cargar un poco la consideracion sobre el suceso, para fecundarse qualquiera de unos conocimientos tan propios de la afliccion de la pobre Madre, que sean bastantes para hacer liberales de lagrimas los mas avaros ojos. Consagremos á la Virgen, oyentes, una afectuosisima compasion de sus penas, y una generosa imitacion de sus egemplos. Ella nos amaestra en el arte de atropellar valerosamente los respetos humanos, que nos opone el mundo, para embarazarnos á hacer publica profesion del Evangelio. Con declararse Ma-

dre

dre del Crucificado, y tolerar los ultrages, y dicterios, que profería contra ella aquel Pueblo apasionado, y furioso, nos enseña, que degemos sufrir con intrepida constancia, quanto los impios quieran decirnos, para calumniar nuestras practicas christianas. O quánto condena el egemplo de la Virgen la conducta de aquellos, que se escusan de hacerle á Jesu Christo compañia en el Calvario, por no exponerse á la censura de lenguas maldicientes? Qué reprension tan vergonzosa para aquellos Christianos, que temerosos de contraer la honrosa fama de devotos, estiman parecer impios, buscando los rincones, si han de egercitarse en algun oficio de piedad? Qué oprobio es la constancia, y costosa asistencia de Maria para los politicos de nuestro siglo, que se averguenzan de dejarse ver en apariencia de compungidos, ostentando por el contrario altaneria, y libertad á los mismos *pies* de los altares? Oyentes, apliquemonos á imitar los raros egemplos de virtudes, que nos presentá nuestra dolorosa Madre. Declaremonos Discipulos de Christo, y acreditemonos el titulo con una constante perseverancia al rededor de su Cruz. No nos retraigan de las practicas edificativas, y christianas las murmuraciones, y calumnias á los impíos. Por declararse la Virgen parcial de la persona, y doctrina de su Hijo, sufre mas ultrages, que podemos sufrir nosotros de los mas enemigos de la piedad,

dad, haciendo publica profesion de seguir las sangrientas huellas del Salvador. O Virgen purisima afligida sobre todas las Madres del mundo! O corazon martirizado con la vista de vuestro Hijo agonizante, y despues muerto! Qué fiel compañia hiciste á vuestro Hijo, hasta ser crucificada con él? Yo á vuestra vista me lleno de confusion, pues mirando á un Dios crucificado por mí, no sé crucificar una de mis pasiones desarregladas. Virgen dolorosa moveos á piedad de mi miseria, y por los meritos de vuestros dolores sufridos al pie de la Cruz, alcanzadme gracia, para vivir crucificado al mundo, y á mí mismo. Ablandad mi corazon por una tierna compasion de vuestras penas, y sacad de mis pupilas dos fuentes de lagrimas, igualmente amorosas, que devotas.

DO-

DOLOR VI.

VENIT ERGO, ET TULIT corpus Jesu. Joann. cap. 19.

VEr morir á Jesus de una manera la mas suave, y mas honrosa, huviera sido para su dulce Madre un espectaculo triste, y luctuoso. Pensad, pues, aora vosotros qual seria su pena, viendole morir con una muerte la mas dolorosa, y mas infame del mundo. El suplicio de la Cruz era el mas oprobioso, pues no se dava sino á gente vil, muriendo el infeliz en el ayre, como desechado del Cielo, y de la tierra, y maldito de Dios, y de los hombres. Era al mismo tiempo el mas sensible, y doloroso, llamandole por esto los Legistas: *Summum, & supremum supplicium.* Pues qualquiera á quien tocava la infelicisima suerte de morir crucificado, padecia al mismo tiempo un dolor el mas desapiadado, y mas agudo en las partes mas nervosas, y delicadas de las manos, y los pies, y un dolor tan prolongado, como insufrible, porque no perdiendo la vida de un golpe, como la pierde quien muere á la violencia de una bala, de un lazo, ú de un cuchillo, la iva perdien-

do poco á poco, destilando á gotas la sangre de las venas por el alambique de las heridas, mantenida el alma largo tiempo en equilibrio, sobre los confines de la vida, y de la muerte, al decir de Quintiliano. (1) Sobre este dolor, pues, de ver morir á su Hijo una muerte tan dolorosa, como infame, se le añadió á la Virgén el de mirar dos oficios hechos al Salvador ya difunto, de los quales aunque el uno era piadoso, y reverente, no dejaron ambos de martirizar su purisimo corazon. El primero lo hizo un soldado, que sin mas autoridad, que la que le dió su barbaro furor, se llegó á cavallo como estava, y enristrando una lanza con que tenia armada su sacrilega diestra, le partió de parte á parte el corazon al Salvador difunto. El segundo lo hizo Joseph de Arimatea, hombre de la primera reputacion en el Pueblo, y Discipulo oculto de Jesu Christo. Este se presentó á Pilatos con una santa osadia, y conseguido el permiso de dar sepultura al ya difunto crucificado, lleno de lagrimas, y arrancando suspiros de profundisima compasion, le bajó de la Cruz, y le puso en los brazos de su Madre. Un oficio, y otro, bien que por muy diferentes razones, causaron una amarguisima tristeza en el espiritu de la Virgen. El primero de barbaridad, la afligió, viendo,

P que

(1) Quintil. declam. 8. *Anima inter vitæ, & mortis confinia equilibrato dolore suspenditur.*

que la crueldad usada con su Hijo, havia ya perdido el nombre, no pudiendose ya llamar crueldad, sino inhumanidad, y fiereza, de que se abstienen algunas bestias, y guardandose de insultar, y mucho menos de maltratar á los cadaveres. El segundo de obsequio, y de piedad, no dejó tambien de martirizar á la triste Madre, mirando en sus brazos aquel despojo lastimoso de su Hijo, sangriento, y despedazado. De la lanzada cruel no tocó á Jesu Christo sino el deshonor, y la ignominia, y á su purisima Madre tocó sentir toda su crueldad. *Verdaderamente, ò Divina Señora, atravesò tu alma aquella lanza cruel* (le decia á la Virgen su gran devoto San Bernardo) (1) *pues no estando ya en el pecho de Jesus su dichosa alma, tuvo solo que herir la vuestra, la qual jamàs estuvo separada de aquel divino corazon.* Como si á Longinos le pesase, que muriendo el Salvador acabase de padecer, rompió con valentia barbara el pecho de Jesus, mostrando en su animo feroz, que quisiera matarle muchas veces, y que ya que era insensible el dolor, no lo fuese á la ignominia, y al oprobio. Por esto S. Juan Chrisostomo (2) reflectando sobre la barbarie de Longinos, no dudó afirmar, que hizo mayor injuria al

(1) S. Bern. de planc. Virg. *Vere, ò beata Mater, tuam animam gladius pertransivit :: ipsius nimirum anima jam ibi non erat, tua autem plane inde nequibat aveli.*

(2) S. Chris. in Joan. 84. *Illudere mortuo, quam ipsum supplicium Crucis longe pejus est.*

al Salvador, que los mismos, que le pusieron en la Cruz. Los cadaveres han sido siempre un termino de respeto, y de compasion inspirada de la humanidad, aun ázia aquellos, que han sido mirados, y perseguidos como enemigos. Buen egemplo tenemos, no solo en Tiro, y en Caton, los quales lloraron compasivos á la vista de los lastimosos cadaveres de los Judios, y los Romanos, sino tambien en los mismos Judios, segun el testimonio de Josepho. (1) Muerto Alejandro su Rey, puntualmente aquellos mismos dias, en que tenian trazado asesinarle por sus crueldades, y su fiereza, corria furioso el Pueblo á insultar siquiera su cadaver. Mas quando vieron junto al feretro á la Reyna viuda, y sus hijos vestidos de luto, tristes, y llorosos, se sintieron tan trocados, que no tuvieron valor para hacer al difunto el menor ultrage. O pobre Virgen! O Señora dolorosisima! Solo con Vos no se usa lo que dicta la humanidad, y á sola Vos se niega la compasion, y el respeto. Pero pasemos, si os parece, en silencio el dolor amarguisimo, que sintió la dulce Madre, quando vió el cruelisimo atentado de Longinos, y apliquemos todas nuestras atenciones á considerar solamente, quan desapiadada fue la espada, que hirió el corazon purisimo de Maria, quando miró despedaza-

(1) **Joseph. Jud. de bel. Jud. cit. á Senesch.**

do, y muerto en sus brazos á su difunto Hijo. Continuando nuestros devotos obsequios á la Virgen, unamos nuestras luces para alcanzar la grandeza de su dolor, y sus egemplos excelentes, y unamos tambien nuestros afectos, y corazones, para aliviar sus penas, ofreciendole á la dolorosa Madre una compasion tierna de sus dolores, y una imitacion fervorosa de sus virtudes. Alcanzadnos Reyna dolorida la gracia, que necesitamos para llevar á su cumplimiento nuestros votos, pues para obligar á vuestra piedad, os saludamos reverentes con el Angel, diciendo: AVE MARIA.

VENIT ERGO, ET TULIT CORPUS JESU. Joann. cap 19.

LA obsequiosa piedad, que Joseph, y Nicodemus usaron con Jesus, y los oficios de condolencia que cumplieron con Maria, llenaron de consuelo á la dulce Madre, y fueron un buen confortativo à su corazon; mas al ver en sus brazos aquel cadaver lleno de heridas, de estragos, y de sangre, se dió al sentimiento por presa tan violenta, como que no bastando lagrimas para desfogar la veemencia del sentimiento, llegó á derramar sangre de sus ojos, como dice la Venerable Agredana Sor Maria de Jesus, despues de San German. (1) Es mas

(1) *B. Virgo a leò amore flevit ut post uberrimum lacrymarum imbrem, tandem sanguin. lucr. effunderit.* S. Germ. ap. Mal. fol. 152.

mas facil, oyentes, concebir en el pensamiento, que decir con palabras, qual fuese el agudisimo dolor de la triste Madre, quando los nobles varones dejaron en sus brazos el sangriento cadaver de Jesus. Como el Salvador havia dicho á los Apostoles: Yo salí del seno de mi Padre para venir al mundo, y aora dejo al mundo para bolverme á mi Padre; asi pasando ahora de los brazos de la Cruz á los de su Madre dolorida, pudo decir: *Exivi á Matre, & veni in Crucem, iterum relinquo Crucem, & vado ad Matrem.* Mas si la salida del seno de su Madre causó en el espiritu desta Señora un extasis de gozo, la buelta á sus brazos ahogó sus ojos en un diluvio de lagrimas, y puso su corazon en una cruelisima tortura. Conseguiré yo ciertamente haceros un poco capaces de su amarguisimo dolor, si acierto á daros en Jacob, y otros Heroes de los trabajos, y aflicciones, una imagen algo parecida á la que representa la Virgen sobre el Calvario. Ya sabeis el trato barbaro, y desapiadado, que á Joseph el antiguo hicieron sus hermanos, vendiendole por Esclavo á los Ismaelitas. Para sincerarse con su Padre de su delito, tiñeron la tunica del desgraciado Joven con la sangre de un Cordero, y la embiaron á su Padre con la noticia triste, pero falsa, de que Joseph havia padecido á los colmillos, y uñas de una fiera. Quando Jacob vió en sus manos aquella tunica, causa funesta de la mayor parte de los

ze-

zelos, y discordias, y miró la sangre, que creyó haver sido sacada de las venas de Joseph, se abandonó á un llanto tan deshecho, prorrumpiò en tan inconsolables suspiros, y hizo tales extremos de sentimiento, que besando mil veces aquellos sangrientos despojos no cesava de repetir: *Fera pessima devoravit filium meum.* Ay de mí desdichado! que una fiera cruel ha devorado mi hijo. Triste de mí! que confusion ha puesto en mi casa la desapiadada voracidad de una fiera. Se acabó para mi poder tener consuelo en los tristes dias, que me quedan, haviendome sucedido tal desgracia. Quando los hijos bueltos á su casa despues de algunos dias, miraron á su Padre tan dolorido, sino se arrepintieron de su delito procuraron á lo menos suavizar al pobre viejo, rogandole con lagrimas, que concediese algunas treguas al dolor, sino queria privarlos á todos antes de tiempo, de tan amoroso Padre. Nada bastava á templar su pena, ni á detener en las pupilas, y el corazon, los suspiros, y las lagrimas. Quanto mas se esforzaban los hijos en alegar razones para traer á los terminos de resignacion al afligido Padre, tanto mas parecia empeñarse él en castigarlos, sin pensarlo, siendo su vacilante salud nacida de su pena, el primer castigo de aquellos hijos inhumanos, y fraudulentos. Tomava de nuevo la tunica de Joseph, apretavala á su pecho, la besava con afecto, la bañaba con sus lagrimas, y buelto

to á sus hijos les decia: Vuestras diligencias serán siempre inutiles, hijos mios, mi dolor no puede darse á partido, mi llaga es incurable, mi rostro ha reñido para siempre con la alegria, llorando, y gimiendo como me veis, llevaré mis cansados miembros al sepulcro, para ver á mi hijo, y á vuestro hermano en el seno de nuestros Padres: *Noluit consolationem accipere, sed ait: descendam ad filium meum lugens in infernum.* (1)

Veis aqui, Señores, en esta scena de Jacob, una imagen de lo que pasó sobre el Calvario. Suponed dos cosas. La primera, la ventaja del amor de Maria á Jesus, sobre el amor de Jacob á su Joseph. La segunda, quanto es mas capaz de mover á compasion, y ternura al corazon de una Madre, tener en los brazos un Hijo difunto, y despedazado, que no ver un Padre en sus manos la tunica ensangrentada de un hijo suyo. Esto asi supuesto, si tan desmedido fué el dolor del Santo Patriarca á la vista de aquellos despojos sangrientos, que le hacian venir á la memoria las heridas desapiadadas, que havia recibido Joseph, quales creereis vosotros serian las lagrimas, y los suspiros de la mas tierna de todas las Madres, mirando en su seno, no ya la tunica sangrienta de su hijo, sino su mismo cadaver derramando aun sangre fresca de infinitas heri-

(1) Genes. 37. v. 35.

ridas abiertas de manos desapiadadas, y sacrilegas? Pensad quantas lagrimas dejaria caer de sus virginales ojos sobre aquel cuerpo despedazado? Quantos suspiros arrancaria de su pecho? Yo me represento, que agitado su espiritu de la compasion, y del horror, contária una por una las heridas de aquella cabeza, los taladros de aquellos pies, y manos, el dislocamiento de aquellos huesos, la abertura de aquel costado, y el universal rompimiento de aquellas carnes. Empezaria luego con toda el alma en los labios á besar mil veces aquellas heridas, y á lavar con el llanto aquel rostro, aquella cabeza, aquellas manos, y todo aquel sangriento cuerpo, repitiendo entre suspiros de su apasionado corazon: *Fera pessima devoravit Filium meum.* La fiera pesima del pecado ha hecho este estrago en mi Hijo inocentisimo, que no pudo cometerlo. Ha fiera horrible de la primer culpa! *que si* bien has caido á los golpes de Jesus, encargado de destruirte, pero ha sido al precio de su sangre, y de su vida: *Fera pessima devoravit Filium meum.* Repetia sus amorosisimos osculos á Jesus, y al paso, que iva lavando con sus lagrimas aquel sangriento cadaver, era teñido su rosto con la sangre del rostro, y cabeza de Jesus, dando cumplido con esto aquel oraculo de los Canticos: (1) *sicut lilium inter spi-*

(1) Cant. 2.

spinas, sic amica mea. El Lirio flor tan delicada, como bella, que solo se apacienta de la leche, que le administra la Aurora, y á quien tal vez turban su reposo, y le maltratan los alhagos dulces de la aurora mas apacible, puede mantenerse vivo entre las espinas? El lirio á quien suelen ofender los rayos mas corteses del Sol, puede vivir entre agudas punzas, sin exhalar por sus heridas, con su purisima sangre, su inocente espiritu? Si, Señores mios, puede vivir, pero por un milagro espantoso del poder divino. Herido el rostro de la Virgen con las agudas espinas de la corona del Hijo, fue un lirio purisimo, á cuyo natural candor se añadió la purpura, perseverando siempre vivo á pesar del deseo ardiente de morir en uno de aquellos abrazos afectuosos. Ay de mí! que huviera sido de mucho consuelo á la triste Madre no sobrevivir á tanta amargura, (1) muriendo en el osculo dulcisimo de aquel sangriento cadaver. Mas esta dicha, que tuvo Theoclia Madre del Martir San Calliopo, acabando la vida en la acogida de su difunto hijo, mientras le tenia en sus brazos, recien bajado de la Cruz, donde le havia hecho morir el tirano Maximo, (2) no fue comun á la Virgen, reservada de la Providencia para otros tormentos. Si bien aunque no murió á la vio-

 len-

(1) S. Bon. *O quam libenter hæc cupida Mater in amplexu Filii sui crucifixi, ex eius amore mortem obiisset?*

(2) Metaph. 7. de Abril.

lencia de tanta pena, probó penas mayores, que si huviera muerto.

De Enrica, Reyna de Grecia, escrive Beuterio, (1) que haviendo tenido la noticia de que su Esposo Polinicio havia muerto en la batalla, y quedava abandonado en el campo, fue tan herida del dolor, que á la misma hora en que tuvo el aviso se salió de su Palacio, y arrebatada de la veemencia de su pena se encaminó al sitio, donde se havia dado la batalla. Era de noche, pero no pudiendola detener, ni el horror de la muerte, ni lo triste, y obscuro de las tinieblas, y mucho menos la natural flaqueza de su sexo, comenzó á caminar entre cadaveres, buscando entre ellos, con el beneficio de un farol, que llevava en la mano, el de su esposo. Perseveró largo rato en el examen de aquellos despojos horrorosos de la muerte, hasta encontrar entre ellos al Rey su Esposo, des*nudo*, y tan cubierto de heridas, de sangre, de *polvo*, y corrupcion, que si el amor no huviera impreso con tanta fidelidad las señas en su mente, con dificultad pudiera haverle conocido. Prorrumpió la afligidisima Reyna con esta vista en lamentos tan sensibles, en lagrimas tan abundantes, y llantos tan deshechos, que dejandose caer sobre el cadaver (no sé si con el animo de desfogar su pena, acre-

(1) Beut. fol. 77.

acrecentarla mas, ó hacerle el honor de embalsamarlo con sus lagrimas) padeció un deliquio tan cruel, que cayó muerta, como victima de amor, al lado del que havia espirado victima de crueldad. Feliz muger! á quien sirvió de tirano dulce el amor haciendola morir, por no penar. No fue tan cortés el amor en la Madre dolorosa de Jesus, que apretase tanto sus cordeles, que la obligase morir, como ella quisiera, en un abrazo afectuosisimo de su Hijo difunto, y despedazado. Aunque no tuvo el consuelo de morir en el estrecho osculo de su Hijo, atendedla, que tiene partido el corazon de pena, mirandole en sus brazos, y haciendole estos, ó semejantes razonamientos: Serà posible Hijo mio, que con Vos solamente se ha de faltar á los devidos oficios, inspirados de la humanidad, y de la razon? No solo haveis muerto á las manos del odio irreconciliable de vuestros enemigos, sino que despues de muerto insultan vuestro cadaver? Con los reos mas famosos, despues de haver satisfecho con su muerte los derechos de la justicia humana sobre ellos, se usa de atencion, y de piedad, y con Vos se han de practicar tales excesos de furor, que nunca los usaron las Naciones mas salvages, y mas barbaras? Ellas han mirado los cadaveres de los malhechores como sugetos exemptos de la Jurisdiccion de su crueldad, y para abriros el pecho á Vos con una ignominiosa fiereza, se ha creido bastante au-

torizado un soldado ruin, llevado de su fiereza, y de su odio? O Hijo mio! y quan de otra manera te he visto yo en mis brazos? Diria la Virgen, dejando caer dos rios de sus ojos, y imprimiendo mil osculos afectuosos sobre el rostro, y cabeza sangrienta del Salvador. Allá en Belen, Hijo mio, te mirava recien salido de mis entrañas, mas claro, y resplandeciente que los Cielos, aora te miro mas obscurecido que los carbones. Entonces eran estos ojos fuentes de luces, y aora los miro fuentes de sangre. Esta frente clara, y serena, donde tenia su asiento la Magestad, la miro oy atravesada de crueles espinas. Este rostro hermoso, que era la embidia de los Cielos, y el espejo purisimo en quien se miravan los Serafines, es aora Sol obscurecido, y eclipsado, bajo las obscuras sombras de la muerte. Es posible, que estas manos tan heridas, y sangrientas, sean aquellas mismas, que eran el deposito de todo el poder del Cielo, y de quienes son hechura los mismos hombres? Es dable, que este pecho abierto sea de mi Hijo? Que haya habido valor en humanos brazos para egecutar tan desapiadados destrozos en el Autor mismo de la vida? Ha Hijo mio! si el amor de mi corazon no me asegurára quien sois Vos, os desconoceria por las señas. Qué se hizo aquella belleza antigua, aquel esplendor, aquella gracia, aquella dulzura de palabras, aquella hermosura, que atonito mirava el Sol

des

desde el Cielo, y levantadas en extasis de gozo, nunca acabavan de celebrar bastantemente las Estrellas de la mañana? Hijo mio, qué nada decís á vuestra Madre? Desatad esa lengua tan fecunda de los oraculos del Cielo. Abrid esos ojos, y derramad, como soliais, un diluvio de luces desas pupilas. Mirad agonizante vuestra Madre, á quien una mirada cariñosa, ó una palabra vuestra, bolverá la antigua alegria, y serenidad. Ha memoria mia! quanto me atormentas con renovarme sucesos pasados, obligandome á parangonarlos con los presentes. Hijo mio! quan diferente te tenia yo en mis brazos, quando allá en Belen te adoraron en ellos los Pastores, y te rindieron los Reyes orientales sus omenages! Allá te reconocian como Dios, y aqui te tratan, y te hieren como hombre vil. Allá cantavan los Angeles festivos, y aqui blasfeman los hombres. Allá mirava por todas partes espiritus bienaventurados, que dejando el Cielo despoblado, acudian á darte gloria, y alabanzas; aqui no miro sino quadrillas de hombres furiosos, y perversos, unidos para ofenderte en el honor. Allá eras el gozo, y la corona de tu Madre, aqui el cruel martirio de su corazon. O Monte Calvario! y qué mudanza has hecho en el dulce Hijo de mis entrañas. Se cerró la fuente de mis antiguas alegrias. Se eclipsó todo mi gozo. Se acabó para mí el consuelo, que tenia en la vista, y compañia de mi Hijo. Santos Ange-

geles, que me asistís, convertid vuestras citaras en luto, y no me llameis ya mas Maria, sino amarga, pues me ha llenado de amargura, y de hieles el Señor.

Desta manera verisimilmente desahogaria su pena la afligidisima Señora, pues asi por lo regular la han solido explicar aquellas Madres, á quienes una suerte desgraciada ha hecho infelices las aventuras propias, y de sus hijos. Admirable es en este particular el suceso del Rey Achis, referido de Plutarco. (1) Era este Principe dotado de todas aquellas qualidades, que pueden desearse en un Monarca. La prudencia, la afabilidad, la justicia, y sobre todo, el zelo de reformar las costumbres de sus subditos hacia su caracter. Esta qualidad, que devia hacerle acepto á sus vasallos, le hizo por el contrario tan odioso, especialmente á los rebeldes, y discolos, que llegaron á murmurar en publico de la conduta del Rey, y hicieron tal impresion en el animo de los mal contentos, que rompido el freno de la sugecion, y del respeto, sacrificaron á su furor al virtuoso Principe. Quando tuvo la noticia desta desgracia su afligidisima Madre, salió en busca de su Hijo, cuyo cadaver cubierto de heridas, y de sangre encontró en medio de una calle. Abalanzóse á él, lo tomó en sus brazos, y mientras lo tenia en su amorosisimo regazo, clavaba los

(1) Plut. cit. à Gint. const. de Planc. V. quæst. 49.

los ojos en el Cielo, y hecha un mar de lagrimas repetia muchas veces: *Heu me filii mi! nimia bonitas tua, nimia mansuetudo, & humilitas, te simul, & nos perdidit!* Ay de mí hijo! que tu humanidad, tu bondad, y tu mansedumbre nos ha perdido á entrambos. Si tu hubieras sido menos celoso, y amable, no tendria al presente tu triste Madre la amargura de tenerte en sus brazos despedazado. Tu bondad, hijo mio, ha sido tu delito, y tu virtuosa conduta ha armado el brazo de tus subditos para herir desapiadadamente tu cuerpo, y mi corazon.

Ved aí, oyentes, no el cadaver del Rey Achis, ni el de Abel, ó Amasa en un camino publico. Mirad el cadaver del Hijo de Dios, Autor de nuestra salud, depuesto de la Cruz, y colocado en los brazos de su triste Madre. Mas quién será capaz de decir los arroyos de lagrimas, que se desprendian de sus virginales ojos, y los profundos lamentos, que arrancaba del corazon? *Heu me filii mi*, diria mil veces, *nimia bonitas tua, nimia mansuetudo, & humilitas, te simul, & me perdidit.* Ay de mi hijo mio! que tu mansedumbre, tu beneficencia, y humildad han hecho el capital de tus delitos para el martirio de entrambos. O ingratos hombres! ó perfidos Hebreos! ó pecadores miserables! mostrad en que os ha ofendido mi dilecto? Decid de qué podeis acusarle para justificar vuestra crueldad? En

qué

qué os ha ofendido para armaros tan fieramente contra él? Sus delitos mas famosos han sido otros, que curar vuestros enfermos, iluminar vuestros ciegos, dar lengua á vuestros mudos, resucitar vuestros muertos, y ir dejando en todas partes vestigios admirables de su clemencia, y de su poder? Y esta es la retribucion, que haceis á sus beneficios? Asi pagais sus favores? Tal es la recompensa á vuestro Padre amorosisimo, y á vuestro magnifico bienhechor! Si huviera sido un perseguidor cruel de vuestros intereses, un discolo enemigo de vuestra paz, un defraudador de vuestros derechos, y libertades, un asesino de vuestras vidas, podia anelar vuestra justicia á mayor castigo por sus delitos, que el que ha recibido por sus virtudes? O Eterno Padre mirad á la que por dignacion vuestra es vuestra Hija, en el colmo de la mayor afliccion, á que vuestra severidad pueda condenar una criatura. Yo no tengo ya espiritu, ni corazon para mirar en mis brazos los sangrientos despojos, que ha dejado en ellos la crueldad de los Judios. Mirad al Hijo, que os pertenece por derechos de eterno nacimiento, y reparad si le conoceis por el vestido: *Vide utrum tunica filii tui sit, an non.* (1) Atended si tantas llagas, y destrozos, como se ven en este cuerpo, son identicas señales de la tunica hermosa de

(1) Genes. 37.

de la humanidad de que Yo le vestí en mi seno, por vuestra eleccion? *Vide utrum tunica sit filii tui, an non.* Vos, y Yo mirabamos con gozo esta tunica, entera, luciente, y resplandeciente, aora la vemos despedazada, obscura, y teñida toda con la sangre de nuestro comun Hijo. A Vos no puede dejar de haceros conocer vuestra sabiduria infinita, que á pesar de tan agenas señas, es esta la tunica de vuestro Hijo. A mí aunque los señales lo desmientan, el corazon lo asegura. Las apariencias son de un culpado famoso, pero mis luces, y mi afecto me dicen al oido del corazon, que esta humanidad cubierta de llagas, y de horrores, es la tunica de aquel Hijo, á quien Yo engendré en el tiempo, y Vos en la eternidad. Unamos, pues, ambos los afectos, y repitamos con Jacob: *Fera pessima devoravit Filium nostrum*: la fiera pesima del pecado ha hecho este estrago en el inocentisimo Hijo de nuestras entrañas. Ha! si Eterno Padre dolamonos de la desgracia de nuestro Hijo, (1) y ya que Vos por los drechos de vuestro sér sois incapáz de sentimiento, y de dolor, ostentadle siquiera como soleis, y tocada Yo del mas vivo, y penetrante sentimiento, digamos á una: *Fera pessima devoravit Filium nostrum.* La fiera horrible de la culpa ha transpintado con tan espantosa novedad á nuestro Hi-

(1) Gen. 6. v. 6. *Et tactus dolore cordis intrinsecus: pœnitet me fecisse eos.*

Hijo, que desconoceriamos su tunica por las señas, sino tuvieramos otros testigos mas fieles, que los sentidos.

Señores mios, no baste tener corazones mas duros que los peñascos, seria menester tenerlos tan obstinados como los Hebreos, para no suavizarse, y enternecerse á la vista de un espectaculo tan lastimoso. Nuestra dulce Madre con su difunto Hijo en los brazos, no pudo ser mirada sin compasion de las piedras, que se hicieron sensibles con sus sacudimientos, ni del Sol, que se tiró sobre el rostro el manto de sus tinieblas, para no tener testigos de sus lagrimas. Solamente los Judios miran con ojos enjutos, y con perfido corazon los afanes de nuestra Madre. Tendreis, pues, un corazon tan duro como ellos, para mirar con indiferencia sus amarguras? Es menester haver renunciado la Fé, y la humanidad, para no hacerse parciales de nuestra Madre afligidisima. Yo bien sé, que vosotros no mirais sin compadeceros á nuestra dulce Madre, que tiene en su regazo amorosisimo el frio cadaver de Jesus; mas no sé si entendeis lo que os está diciendo con las palabras, que dijo Abner á Joab, quando le miró mas ensangrentado contra los Israelitas: *Num usque ad internecionem tuus mucro desaeviet?* (1) Hijos mios, os está diciendo, mostran-

(1) 2. Reg. 2. 26.

trandoos en sus brazos á Jesus despedazado, y muerto: vuestras culpas han hecho el horrible estrago que mirais, os dais ya con esto por contentos? Cada delito vuestro ha sido una espada aguda, que ha abierto su herida en esta sagrada humanidad, quereis, pues, aun manejar de nuevo vuestras espadas, para que no quede reliquia deste cuerpo? *Num usque ad internecionem tuus mucro desæviet?* Estais satisfechos del barbaro estrago, que en el cuerpo de mi Hijo, y en el corazon de su Madre han hecho las saetas agudas de vuestras culpas? Quereis aun anelar á no dejar especie, ni figura en este cadaver, hasta hacer desaparecer todos sus miembros, reiterando, mientras os dure la vida, las cuchilladas de vuestras culpas? *Num usque ad internecionem tuus mucro desæviet?* Mirad, que mi Hijo está fuera la jurisdiccion de vuestros tiros, pues le tengo en mis brazos sin vida, y ya por esto insensible á los golpes, y á las heridas, pero está aqui mi corazon para recibir las estocadas de vuestras desapiadadas diestras. Atended hijos, que no merecemos mi Hijo, ni Yo, que os encruelezcais contra nosotros. Señores mios, havrá valor en alguno de vosotros para hacerle insensible á unas razones tan tiernas, y obligantes? No me lo persuado, mas deveis advertir, que la Virgen quiere de nosotros igualmente una compasion afectuosa de sus penas, y una fervorosa imitacion de sus egemplos.

Oigamos, pues, sus preciosas lecciones, y trabajemos en aprenderlas. Veis el animo invicto, y la resignada tolerancia con que padece el ultrage, y la fiereza, que usa Longinos con Jesus? Pues aprended á tolerar con un christiano sufrimiento las heridas, que en el cuerpo civil de nuestra reputacion abren las lenguas maldicientes de nuestros emulos, que miran con embidia nuestras ventajas. Reparais en los piadosos oficios, que cumple con su Hijo ya difunto? Pues quedad instruidos de los que deveis hacer con los muertos, pagando sus deveres á la Religion, y á la humanidad. Venerando con sus osculos afectuosisimos aquellas sagradas llagas, y entrandose con el afecto al corazon de Jesus, por aquella puerta, que abrió la cruel lanza en su costado, nos amaestra en la practica, que devemos hacer de meditar continuamente la dolorosa pasion del Salvador, venerando en sus heridas, y en su sangre el precio estimable de nuestra salud. Insistamos en aplicar todos nuestros pensamientos á la imitacion de quanto el Hijo de Dios ha sufrido para trasladarnos de las tinieblas á la region de la luz, y concibamos al mismo tiempo una gran confianza de alcanzar de su Magestad por los meritos de su dolorosa Madre, los socorros de la gracia, para llevar á su plenitud las practicas impuestas por el Decalogo. Y Vos, ó Virgen dolorosisima! aora que os miro con vuestro Hijo difunto en los brazos,

zos, os reconozco mas que nunca, como Martir, teniendo en vuestras manos el instrumento de vuestra pena. En vez de que los otros Martires ostentan su martirio, mostrando las espadas, las ruedas, ó los garfios, que fueron las maquinas crueles de quienes se sirvió el tirano para acabar con sus vidas, Vos mostrais á vuestro Hijo despedazado en los brazos, como que el instrumento doloroso de vuestro martirio es un Dios crucificado. Si vuestro corazon, al decir de Justiniano, (1) es un vivo espejo, que copia, y representa todos los estragos de vuestro Hijo difunto, todas sus llagas serian otras tantas saetas, que os heririan en el alma, hasta obligaros decir con el Psalmista: (2) *Sagittæ tuæ infixæ sunt mihi.* Si el Verbo Eterno es intitulado de San Geronimo: Una fuente oculta en el seno de su Padre: *Fons latens in sinu Patris*, aora puede llamarse: *Fuente patente en el seno de su Madre.* A Vos, pues, acudimos llenos de confianza, Madre dolorosa, para que nos faciliteis desa fuente las saludables aguas de una gracia perseverante, y de una dichosa eternidad. Amen.

DO-

---

(1) S. Laur. Just. *Jesu Christi mortui speculum erat cor Virg.*
(2) Psalm. 37. v. 3.

DOLOR VII.

INVOLVIT ILLUD IN SINDONE munda, & posuit illud in monumento. Matth. cap. 27.

SI desde que el Sol hace sus giros por el Cielo, ha havido algun dia digno de ser señalado con nuestra tristeza, y nuestras lagrimas, es ciertamente aquel en que se celebró el lugubre funeral de un Dios, muerto en un patibulo infame por los hombres, y á sus manos. Una Madre, que se mira quitar de los brazos un Hijo, que aunque muerto, y despedazado, no deja de ser un gran confortativo á su dolor: *Un* Dios lleno de heridas, y de sangre, puesto en un feretro para ser llevado á los horrores de un Sepulcro: Una procesion la mas triste, y funesta, que vió jamás el Cielo: Unos personages, que arrojan el corazon por los ojos á la vehemencia del sentimiento: Angeles, que lloran con amargura, derogado el privilegio de su impasibilidad: Elementos, que se desconciertan, Planetas, que se obscurecen, montes, que se abren, piedras, que se despedazan, y la naturaleza toda puesta en una violen-

lenta agitacion, son los obgetos tristes, y funestos, que se presentan este dia á nuestra piadosa consideracion. Preparemos pues, oyentes, nuestros pensamientos á una devota meditacion, nuestro corazon á una compasion la mas tierna, nuestros ojos á un amargo llanto, nuestra boca á unos suspiros profundos; y ponderando quan penetrante herida abrió en el tierno corazon de la dulce Madre esta ultima espada dolorosa, apliquemos balsamos á su llaga, que ciertamente es capaz aun de lenitivo, si los confeccionamos de una afectuosa compasion de sus dolores, y de una imitacion fervorosa de sus egemplos. Para conseguirlo todo de vosotros, es menester primero conseguir yo de la dolorosa Madre las luces, y fuego, que necesito para disipar mis tinieblas, y mi tibieza, que son el grande embarazo para hacer impresiones de salud. Pidamos todos esta gracia á la Virgen por el merito de sus dolores, saludandola con el Angel: AVE MARIA.

INVOLVIT ILLUD IN SINDONE MUNda, & posuit illud in monumento. Matth. cap. 27.

DAdas todas las disposiciones para el triste entierro: preparado el sepulcro, los balsamos, y los lienzos á diligencias de los piadosos Cavalleros Nicodemus, y Josef, discipulos ocultos del Salvador, y hombres de la primera reputacion, en el apre-

aprecio, y estimacion de los Judios, ya no faltava otra cosa, que embalsamar el cadaver, segun la usanza de aquel Pueblo, embolverlo en una sabana, y dar principio á aquella procesion, que no pudieron mirar sin lagrimas los Angeles, y llenó de quebrantos á los mismos Cielos. Mas para esto era menester arrancar del seno de la Virgen á su difunto Hijo, y para pretender esto faltava el animo en el corazon á los piadosisimos varones. Pero instando el tiempo, y considerando, que su condescendencia, aunque tan piadosa, les haria reos si difiriesen mas hacer los oficios devotos de la sepultura á su Redentor, se resolvieron presentar á la Virgen, llenos de sumision, y de ternura, y con expresiones humildes, y respetosas hacerle la demanda de su Hijo. Ya veis, Señora, verisimilmente le dirian, que conviene hacer á vuestro Hijo, y nuestro Maestro los oficios piadosos, que nos inspira nuestra obligacion, y exige de nosotros su estado presente. El dia se acaba, ya no puede dilatarse mas darle honorifica sepultura. Vos sentireis desprenderos dese tesoro; menos sentiriais, que os arrancasen el corazon. Nosotros nos confesariamos reos de una injusticia desapiadada, si alegasemos para quitar de vuestros brazos á vuestro Hijo, otro pretexto menos justo, que el de darle sepultura. Vos, Señora, aunque sois Madre, y á este titulo quisierais no privaros del consuelo, que recibís del mismo, cuya

vis

vista os martiriza, pero como por otra parte estais tan prota á someteros á los ordenes del Cielo, no tendreis dificultad en dejarnos cumplir nuestros oficios de piedad. Quien duda, oyentes, que á estas razones tan prudentes, y tan atentas de los varones responderia la Virgen, antes con las lagrimas, y los gemidos, que con la lengua? Ella conocia, que haviendo sido Jonás un simbolo de su Hijo, devia cumplirse aquella figura, entrando Jesus en la ballena del sepulcro. Sentia al mismo tiempo una violencia extrema en desasirse de aquel dulce pedazo del corazon. Pero quitando el equilibrio su sumision á los ordenes del Cielo, entregó el sangriento cadaver de Jesus á los varones, haviendole apretado mas amorosamente á su pecho, haviendole bañado con nuevas lagrimas, haviendole dado mil osculos afectuosisimos, (1) y haviendole quitado antes, con mano reverente, la corona, para tener en ella perpetuamente presente un compendio de la ignominia, y crueldad con que el Pueblo Hebreo havia tratado al anunciado de los Profetas, y al suspirado de sus Padres. (2) Acomodan el sangriento cadaver en una limpia sabana, despues de haverle ungido con las cien libras de balsamos preciosos que tenia preparados Nicodemus. No queda herida donde no caigan la mirra de las manos

(1) S. Bonav. in medit. de Vita Christi, cap. 81.
(2) Metaf. dies 15. August. apud Baron. num. 132.

de los Discipulos, y de sus ojos piadosisimos las lagrimas. Componen el cabello de aquella sacratisima cabeza, acaban de cerrar aquellos ojos, á quienes havian empezado á cerrar no tanto los dolores de la muerte, como el horror de nuestros delitos, limpian del polvo, y de la sangre aquellas llagas, reducen lo que pueden á su natural estado aquellos miembros, y huesos dislocados, y tomando de los estremos de los lienzos los piadosisimos varones, caminan ázia el huerto. No fue sino obra de los consejos de la Providencia, el que el sepulcro estuviese en un huerto, y que fuese nuevo, y ageno. Pues asi como el Salvador havia dado principio á su Pasion en el huerto de las Olivas, era congruente, que la terminase en otro huerto, con el misterio de su glorioso sepulcro, y resurreccion. San Juan cuidó advertirnos, que era un sepulcro nuevo, donde ninguno havia sido enterrado, y no vacó de misterio, pues como notó muy bien S. Agustin: (1) *Sicut in Mariæ Virginis utero, nemo ante, me post illum conceptus est: ita in hoc monumento, nemo ante illum, nec post illum fuit sepultus.* Quiso finalmente, que fuese sepulcro ageno, no solo para significar, como dice San Agustin, que havia muerto, no por su salud propia, sino la agena, sino tambien para demostrar con esto, que no de-

via

(1) S. August. Serm. 133. de Temp.

via tener sepulcro propio, quien estava exempto de la jurisdiccion de la muerte. Es reflexion aguda de San Ambrosio. (1)

Ya estamos devotos oyentes mios en el caso de ser menos criminal una avaricia desenfrenada de oro, que de lagrimas. Quien mira con ojos enjutos aquel entierro funestisimo, no merece el nombre de hombre, sino de fiera. Quien escasea las lagrimas á la vista de aquella procesion, que fecunda las pupilas de las criaturas insensibles, mas bien le quadra el nombre de bruto, que el de hombre. A quien no suaviza, y enternece su mismo Redentor, llevado en agenos brazos al sepulcro, no tiene Fé. Las entrañas, que dejan de ser tocadas de la compasion, mirando la mas afligida de todas las Madres, y la mas digna de todas las criaturas, que camina tras del feretro de su dulce Hijo, no son entrañas de racional, sino de una bestia la mas salvage. Atended Señores, que caminan á hacer el oficio de la sepultura los piadosos Cavalleros Joseph, y Nicodemus, llevando en unos lienzos delicados el destrozado cadaver del Salvador. Eran seguidos del Discipulo amado, de la Discipula amante, y de las otras Marias deudas muy cercanas de Jesus. Iva coronando la procesion la afligidisima Madre, vertiendo arroyos de sus ojos, y arrancando pro-

(1) S. Amb. lib. 3. de Virg. *Habeant tumulum, qui sunt sub lege mortis. Victor mortis tumulum non habet.*

fundisimos suspiros del corazon. Los Angeles de la paz no dejarian de acompañar el triste entierro, mostrando en la palidez de su rostro, y lagrimas de sus ojos, la interior amargura del corazon. Caminarian todos con paso grave, con porte recogido, con rostro triste, con apariencia lugubre, con silencio profundo, interrumpido solamente con los lamentos de aquella afligidisima comitiva. Los Planetas mirarian desde el Cielo, con susto, y veneracion la scena tragica, los arboles, y peñascos darian señas de sentimiento, y los elementos callarian, no haviendo podido aun recobrar la voz, desde que la perdieron por el horror, y escandalo del Deicidio. Desgraciada viuda de Naim, pues sigue el feretro de un hijo muerto en la flor de su edad, que era todo el apoyo de las esperanzas alegres de su Madre. Sus lagrimas, aunque menos justas, que las de la Virgen nuestra Señora, *fueron* mas atendidas, pues la resurreccion inmediata de su hijo fue precedida de aquellas palabras del Salvador, tan llenas de consuelo, como que pretendió atajar las corrientes de sus ojos: *Nolite flere.* (1) O Virgen dolorosisima! solas vuestras lagrimas quedan sin la acostumbrada compasion. Vuestra afliccion no tiene confortativo, pues ya no tiene movimiento aquella lengua, que detuvo en sus pupi-

las

(2) Luc. cap. 7.

làs làs lagrimas de la desconsolada viuda de Naim. Sobre Vos solamente cargan todas las aflicciones mas penosas, y de vuestro corazon parece tienen mandado el destierro, quantos obgetos pudieran servir de lenitivo á vuestros dolores. Pero á la verdad, es tan justo el motivo de vuestra pena, que ni yo con amaros como os amo, y doliendome como me duelo de vuestra afliccion, tengo valor para deciros: No lloreis: *Noli flere.* Solamente os ruego, Madre afligidisima, que ya que son necesarias vuestras lagrimas, apliqueis una siquiera dellas, pues son de tanto merito, que bastará á ser satisfaccion de mis enormes delitos. Y vosotros espiritus dichosos del Paraiso, cuya felicidad parece turbarse á la frente de tan funestisimo espectaculo, consultad las señas, que conservais de la hermosura, y festiva gracia de vuestra Reyna, y decid si la conoceis? A tí, ó Gabriel inclito, paraninfo del Espiritu Santo, y Embajador de nuestra salud, á tí clamo yo para acusar de sospechosas, y poco ingenuas las magnificas alabanzas, que diste á la Virgen en su retrete de Nazaret: *Ave gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus.* (1) Fue acaso por una hironía aguda, y penetrante, que Vos digiste á Maria: *Ave gratia plena, &c.* Porque cómo llena de gracia, la que gime oprimida de dolores? Co-

(1) Luc. 1.

Como *Dominus tecum*? si ya sin Hijo sufre calamidades mayores, que las que pudiera dar de sí un genio el mas tirano? Como *Benedicta tu in mulieribus*? si las maldiciones del Pueblo á que está expuesto un crucificado, (1) no dejan de caer tambien sobre su Madre? Mientras el Cielo calla, Señores mios, á la vista de un espectaculo tan triste, y de un dolor tan agudo de nuestra dulce Madre, veneremos nosotros con un silencio respetoso las disposiciones de la Providencia. Los juicios de Dios distan infinito de los nuestros. Nosotros no sabemos dar otros argumentos de nuestro amor, que poniendo el sugeto amado á cubierto contra toda adversidad. Dios á quien mas ama, aflige mas, siendo una prueva nada equivoca de su amor el permitirle á las tentativas de pruevas rigurosas, como se lee en Tobias. (2) Su misma Madre bevió el Caliz mas ingrato de tribulaciones, y de amarguras, para verificar el Señor, que la conduta de su providencia es siempre constante, de no conceder el Cielo, sino al precio de nuestro sufrimiento, y nuestra paciencia. La Virgen nuestra Señora con ser la mas inocente de todas las criaturas, padeció sobre todas ellas. Qué confusion para nosotros, que siendo pecadores, sufrimos con impaciencia, y con despecho los

tra-

(1) Gal. 3. 13. *Maledictus omnis, qui pendet in ligno.*
(2) Tob. cap. 12. *Quia acceptus eras Deo necesse fuit ut tentatio probaret te.*

trabajos, siendo como son los que nos rodean, no ya pruebas, ó tentativas de nuestra justicia, sino severos castigos de nuestros delitos.

Oyentes, si amamos á la Virgen tanto siquiera como á nosotros mismos, ya nos costará poco hacer una practica santa de las meditaciones destos dias. Pues si el amor á la Virgen nos obliga dedicar una afectuosa compasion à sus dolores, el amor propio deve justamente obligarnos á no hacer esteriles los egemplos admirables de su paciencia, sabiendo, que para ser felices en el Paraiso, es necesario tolerar acá en el mundo las aflicciones, con una edificativa resignacion. Mas esta tolerancia christiana á que os exorto con el egemplo de la Virgen, tiene paz con las lagrimas, y los suspiros en las ocurrentes tribulaciones, que nos sorprenden. La resignacion, y la paciencia no nos prohiben el sentir. El animo deve tener una gran paz en la adversidad, pero la humanidad puede hacer su oficio, dandole al dolor el tributo de los lamentos, y de las lagrimas. Asi lo vemos en la Virgen nuestra Señora, la qual con admiracion de los Angeles, y para egemplo de los hombres unió una paciencia invicta, y una sumision profunda á los ordenes del Cielo, con un sentimiento el mas agudo, y penetrante á la vista del cadaver de Jesus quando le pusieron en el sepulcro. Si damos á San Bernardo la fé que se merece, estando ya los Nobles

bles varones para dejar caer la lapida, y robar para siempre de los ojos de la Virgen los despojos sangrientos de su Hijo, les rogó con muchas lagrimas que descubriesen un poco por la ultima vez el rostro de Jesus, pues queria darle el ultimo de sus osculos. Condescendióse á su deseo, y levantando el lienzo, que lo cubria, se arrojó amorosa sobre aquel rostro, repitiendo el cambio de lagrimas por sangre, lavando el rostro de su Hijo con las avenidas de sus ojos, y tiñendo su rostro propio con la sangre de las heridas. Qué lagrimas tan devotas derramarian los Varones, el Evangelista, y las Marias mirando á la Virgen abrazada cariñosamente al dulce Nazareno, apretandole á su pecho, venerandole con el afecto, honrandole con los suspiros, y no pudiendose dividir de aquel dulce obgeto de sus amores? Señora, dirian los Varones, Madre mia, diria el amado Evangelista. Mi Maestra, replicaria Madalena, basta Señora, dirian todos con lagrimas, basta lo que haveis llorado, para el desahogo de vuestro amor, y de vuestra pena. Haceos fuerza contra vuestro dolor para no morir á la violencia de vuestra amargura. Si la muerte de vuestro Hijo, y nuestro Maestro, nunca puede llorarse bastantemente, consolaos siquiera, en que ninguna otra criatura ha llorado mas que Vos, y sino haveis ya muerto de dolor, devese á un milagro poco piadoso de la Providencia. Nuestros corazones re-

rebientan de pena á la vista del destrozo desapiadado de nuestro Maestro, y de vuestros gemidos inconsolables, no nos obligueis Señora, muriendo finalmente á la vehemencia de vuestro dolor, á hacer dos entierros en un sepulcro. Dichosa desgracia de la Virgen si huviera muerto en aquel abrazo afectuosisimo de su Hijo! O y con quanto afecto deseava ser enterrada con Jesus! Ninguna otra mansion de la tierra le era mas apetecible, que aquel sepulcro funesto, pero feliz. En su estimacion le preferia á los mismos salones de la gloria. Consideraria una superabundante recompensa de todas sus amarguras, si la muerte diese á su vida un golpe tan cortes, y tan á tiempo, que la preparase á entrar con su Hijo en una misma tumba. Y si esta gracia en el conocimiento de la Virgen era de dificil concesion, quanto huviera deseado siquiera hacer *ella* las veces del sepulcro, para que por un circulo dichoso reposase difunto el cuerpo de Jesus en las mismas entrañas donde se havia concebido? Con quanto mayor afecto, que Artemisa arbitró modo de enterrar á su esposo Mausolo en el corazon, se ofreceria la Virgen á ser tumba animada de su difunto Hijo? Con què embidia miraria aquel dichoso sepulcro, que iva á succederle en el honor de tener á Jesus en sus entrañas? Con què zelos atenderia aquella lapida feliz, que con preferencia á todas las criaturas, havia de ser el deposito de un

Dios? Si la Virgen no consiguió ser enterrada con Jesus, ni ser el sepulcro de Jesus, enterró á lo menos con Jesus su alma, su corazon, y todos sus amores, al decir de San Fulgencio, (1) y San Geronimo: *In tumulo sepelivit amores suos.* Ya no convenia diferir mas el entierro del Autor de nuestra salud, y asi buelto á cubrir su rostro con el sudario, acompañando el movimiento de la lapida con sus gemidos, y sus lagrimas, aquella tristisima, y afligida comitiva, quedó cerrado el sepulcro del Salvador. Levantó la Virgen mas altos los suspiros, fue mayor la inundacion de sus ojos, mas compasivos, y tiernos los gemidos, y como si la lapida huviera caido sobre su corazon, la redujo al extremo de rendirse á unos deliquios mortales. Abrazava la piedra con afecto, le dava mil tiernos osculos, la acariciava con suavisimas palabras, y parecia pretender dar sepultura al sepulcro en su mismo corazon. La fria piedra dió señales de enternecerse, y como sino quisiese perder la ocasion de poder ser testigo del agudisimo dolor de la dulce Madre, conserva oy dia, como dice San Bernardo, (2) los vestigios de sus lagrimas. O afligidisima Señora! tengo para mí, que como esta fue la ultima espada de vuestros dolores, fue ciertamente tambien la que abrió

(1) S. Fulg. S. Ger.
(2) S. Bern. de lam. Virg. *Ejus lacrymæ apparere dicuntur in monumento indicative doloris intimi.*

abrió mayór herida en vuestro purisimo corazon. Si vuestro Hijo se turbó, y llegó á derramar lagrimas junto al sepulcro de Lazaro, porque era amigo, quales serian vuestros afanes, y vuestras lagrimas al rededor del sepulcro de un Hijo vuestro, que era Dios? Ay de mí! que sola la memoria de la soledad en que quedais, y de vuestras penas, me llena el espiritu de funestas imagines, y deja caer sobre mi corazon una tristisima nube. Afligidisima Virgen, si Vos recibís algun consuelo de mi compasion, recompensadmelo suavizando la dureza de mi pecho, y alcanzandome la gracia á que anelo, de abrazar con Vos aquel sepulcro divino, y merecer con vuestros socorros el gozo de una gloriosa resurreccion.

Haviendo dado fin al funestisimo entierro del Salvador, se partió la Virgen á su casa, llevandose en el alma estampada toda la Pasion de su Hijo. La acompañarian verisimilmente los Varones, y las Marias, y antes de despedir la piadosa comitiva, daria humildes gracias, principalmente á Josef, y á Nicodemus, por los caritativos, y religiosos oficios hechos á Jesus. No se le olvidaria repetir en esta ocasion, lo que dijo David á los de Galaad, agradecido á los oficios piadosos, que havian hecho al cadaver de Saul: (1) *Benedicti vos á Domino,*

T 2 *qui*

(1) 2. Reg. cap. 2. v. 5.

qui fecistis misericordiam hanc cum Domino vestro Saul, & sepelistis eum. Nicodemus, y Josef, diria la Virgen, el Señor os llene de sus bendiciones, y os colme de sus beneficios, por la piedad, y misericordia, que haveis usado con vuestro Rey, dando sepultura honorifica á su destrozado cadaver: A mí como á Madre suya toca estimaros, y daros gracias por vuestra religiosa piedad. Esperad del Señor, que con la misericordia, y la verdad retribuirá el obsequio, que le haveis hecho; (1) y Yo como obligada, y agradecida me interesaré para haceros felices, y graciosos á sus ojos. Dicho esto, y retirada á una secreta estancia, soltaria las riendas al dolor, contenta de no tener quien atajase su llanto, y la consolase. Como el diluvio universal tuvo abierto el Cielo quarenta dias, no cesando un momento de resolverse las nubes en lluvias tan copiosas, que le hicieron ver su fin al mundo, á excepcion de las reliquias del Arca; asi las quarenta horas, que el Salvador estuvo en el sepulcro, abiertas en el virginal cielo de su rostro las cataratas de sus pupilas, cayó un diluvio de lagrimas en la casilla humilde, donde estava retirada nuestra Señora. A la vista de aquella tarima donde Jesus tomava su reposo, mirando aquella silla, donde solia sentarse, teniendo á los ojos aquel plato, aquella escu-

(1) Ibid. *Retribuet quidem vobis Dominus misericordiam, & veritatem, sed & ego reddam gratiam.*

cudilla, aquellas sandalias, que havian sido del uso de su Hijo, quién podrá decir, quan profundos eran sus gemidos? quán inconsolables sus lagrimas? y quán penetrantes sus heridas? Agitada de su afliccion vehemente, y arrebatada á la violencia de sus penosas inquietudes, dava bueltas por todos los apartamientos de la casa, para que no quedase en todo el pavimento ni una huella de Jesus, que no fuese honrada con sus lagrimas. Lleno su espiritu de tristes imagenes, y fecundos sus pensamientos de especies afligentes, recorria con la imaginacion todos los lugares donde su Hijo havia padecido, y pareciale oir las negras calumnias, y las falsas acusaciones, que contra él producian en las salas de los Pontifices las sacrilegas lenguas de aquella desvergonzada soldadesca. Aora se le representava aquel diluvio de azotes con que fueron despedazadas sus espaldas, aora la griteria de aquel Pueblo, que pedia á Pilatos su muerte ignominiosa, luego aquellos duros clavos, que hicieron en sus pies, y manos tal destrozo; y finalmente se representavan de tropel á su imitacion, los escarnios, las burlas, la corona, las blasfemias, las agonias, y la Cruz. Traspasado su purisimo corazon con imaginaciones tan dolorosas, exclamaria la afligidisima Señora: Es posible, Hijo mio, que la inocencia manifiesta de vuestras costumbres, y la amabilidad atractiva de vuestro rostro, no fuesen bastan-

tantes para suavizar aquellos fieros corazones? Es dable, que ni vuestro trato tan dulce, ni vuestra amorosa beneficencia, autorizada con evidentes milagros, bastase á desarmar aquellos espiritus furiosos, y vengativos? Que las prendas amables de vuestra Persona no hayan sido poderosas para hacerle deponer su ferino odio á aquel Pueblo ingratisimo, no cesando de las tentativas inhumanas, y sacrilegas, hasta veros agonizar, y morir en un suplicio infame? Hombres inhumanos! de quién haveis aprendido una crueldad tan inaudita, y un modo de atormentar, y dar la muerte tan opuesto á todas las leyes de la humanidad, y á todos los derechos de la razon? En estos, y semejantes tristisimos razonamientos, y meditaciones pasava la Virgen en su inconsolable soledad, no recibiendo alivio sino de su mismo dolor. *Sus lagrimas*, dice S. Bernardo, (1) *eran tan abundantes, que aun los que la miravan con aversion se sentian comovidos, y apenas podian contenerse sin llorar quantos la atendian llorosa, y afligida.* Y yo hijo de sus dolores, y sus lagrimas, merecedor por otra parte de mil infiernos, podré mirar con ojos enjutos á mi dulce Madre, que desamparada ya de su precioso Hijo, no come sino dolores por pan, ni beve sino lagrimas por agua? O! y quien diese á mis ojos una fuente de lagrimas

(1) S. Bernard. de lam. Virg.

mas para llorar dia, y noche sobre el Hijo de Dios difunto, su Madre anegada en un mar de penas, y sobre mí mismo ingratisimo pecador: *Quis dabit oculis meis fontem lacrymarum, et plorabo die, ac nocte interfectos filiæ populi mei.* (1) Pobre Madre de mi Señor Jesu Christo, decia á la Virgen enternecido el Dotor Serafico San Buenaventura: Dejad Señora de llorar, que no conviene á Vos, siendo tan inocente, llorar tanto. Yo que soy reo, y pecador devo considerar como una de mis primeras obligaciones el ofrecer el tributo de mis lagrimas. Dejadme llorar, Virgen Purisima, decia aquel espiritu serafico, y no lloreis Vos, que no es razon condenar á tantas amarguras vuestra inocencia: *Sine ergo Domina mea; sine me flere quia magis mihi licet, quam tibi, tu enim innocens es, & absque peccato, ego sum reus & peccator.* (2)

Yo he acabado, Señores mios, de exponer quanto sufrió el corazon purisimo de nuestra dulce Madre atravesado de siete espadas dolorosas. En la trabajosa Vida, y Pasion del Salvador haveis visto bastantemente, quan fieras cuchilladas descargaron el amor, y la compasion sobre el espiritu de la Virgen. Mas huvieran sido solo los Hebreos los autores de la Pasion ignominiosa de Jesus, y de las angustias de la Madre. Los Christianos oy dia,

(1) Jer. 9. 1.
(2) S. Bonav. de planc. Virg.

dia, reiterando aquellos pecados, que pusieron en la Cruz al Hijo de Dios, renuevan su crucifixion, y consiguientemente todos los dolores de la Madre. Siendo esto asi quién podrá estorvarme, que por el amor á la Virgen grite con todo el impetu de mi dolor, y de mi zelo; deteneos pecadores; suspendeos crueles, que vais á hacer? Bolvedme al imaculado Jesus, á quien tratais tan impiamente, que quiero librarle de vuestros ultrages, ya que no he podido librarle de las manos atrevidas de los Judios. No le despedazeis mas inhumanos, no le azoteis deshonestos, no apagueis su sed con hieles voluptuosos, no le desnudeis avaros, no abrais su pecho con una lanza vengativos. Es posible, que hayais de substituir á los Judios en el odio, y en la fiereza contra Jesus? El mismo dá su quejas contra vosotros: *Filii Matris meæ pugnaverunt contra me.* No son ya los Hebreos los que me hacen la guerra, dice Jesus, sino vuestros hijos, ó Madre mia: *Filii Matris meæ pugnaverunt contra me.* Esta esquadra armada contra mí, es compuesta de aquellos á quienes Yo en la Cruz os dí por hijos, y Vos los adoptasteis: *Filii Matris meæ pugnaverunt contra me.* Dichoso Yo, Virgen Purisima, si pudiese á lo menos desarmar á algunos siquiera destos infelices apostados contra Jesus. Afortunado mil veces, si haviendoles quitado el arma de la mano pudiese con satisfacion llegar á Vos para deciros: Este es un

Chris-

Christiano, Señora, á quien la consideracion de vuestras penas ha enternecido de manera, que se ha declarado parcial de vuestro Hijo. Este era un impuro, que con sus liviandades despedazava las carnes imaculadas de Jesus. Este era un sobervio, que formando en su cabeza ideas temerariamente altivas, traspasava la de Jesus con las agudas puntas de sus locas pretensiones. Este era un obstinado, que haviendose resistido hasta aora conceder la indulgencia á su enemigo, ha tenido fija la lanza en el pecho abierto de Jesus. Este era un avaro, Señora, que con su codicia tenia enclavadas las manos de vuestro Hijo. Este era un injusto, que con sus violencias desapiadadas hacia á Jesus en sus pobres una cruel guerra. Veis, Señora, que aora arrojan las armas á vuestros pies; y si hasta aora se han resistido hacerlo aun à la vista misma del infierno, ya no tienen corazon para obstinarse mirandoos tan dolorida por su causa. Oyentes, dichoso yo mil veces, si hallandose en mi auditorio algunos destos felices penitentes, pudiese en verdad presentarle à la Virgen estas almas afortunadas. Ciertamente, que la Virgen nuestra Señora no pretende tanto de nosotros una compasion afectuosa de sus penas, como una aplicacion virtuosa á imitarla en sus egemplos, dando principio á ello con la detestacion de las propias culpas. Si sobre el Calvario tuvo algun lenitivo su llaga, y estuvieron co-

mo adormecidos sus dolores, fue al decir de San Vicente Ferrer, quando los mismos, que havian crucificado á su Hijo, (1) se bolvian á Jerusalen, hiriendose sus pechos, y mostrando arrepentirse de su atentado. Y será posible oyentes, que por el amor de Maria no nos aplicaremos á curar en nosotros aquellas llagas, que hemos abierto en el cuerpo adorable del Salvador? No nos deverá el amor de una Madre, tal como Maria, el que depongamos aquel odio, que perdonemos aquella ofensa, que renunciemos aquel comercio impuro, que reparemos aquella injusticia, ú aquel escandalo? Esto seria oyentes, quitar de la corona de Christo la mayor parte de sus espinas, y del corazon de la Virgen casi todas sus espadas. Seria curar en el Hijo una llaga, y aliviar en la Madre una gran pena. Què aprovecha celebrar con pompa tan magnifica, y devota los dolores pasados, sino se procura quitar la ocasion de los presentes? Los dolores pasados eran inconsolables, porque los mismos remedios del dolor venian á ser argumentos de nueva pena, mas los dolores presentes no tienen lenitivo, porque nosotros no queremos aplicar el remedio que podemos, viniendo por esta falta nuestra la Virgen á ser no solo atormentada por nosotros, sino de nosotros, y mas injusta, y desapiadadamen-

(1) Luc. 23. *Percutientes pectora sua revertebantur.*

mente, que de los ministros mismos de la crucifixion.

Señores mios, sino se nos suaviza el corazon, y se enternecen nuestras entrañas á la vista de nuestra dulce Madre, martirizada por los dolores de su Hijo, y nuestra ingratitud, renunciemos el mentiroso nombre, que nos atribuimos de devotos, y parciales de Maria. Si en vez de presentarnos aqui para hacerle una fiel compañia en su amarguisima soledad, nos presentamos reos de mil culpas, y por esto en el acto de renovar con la ignominiosa crucifixion del Salvador todas las penas pasadas de su Madre, quedemonos en casa, y no vengamos á provocar el furor divino con nuestros sacrilegos atentados. Mas cómo podré yo creer de vosotros un trato tan desatento, y tan cruel con nuestra Madre Dolorosa, habiendoos visto acudir tan puntuales estos dias, dando tantas señas de compungidos en tantos tributos de lagrimas, y suspiros, con que haveis hecho contribuir á los ojos, y al corazon? No tengo razon ciertamente para sospechar de alguno de quantos han dado tan patentes señales de arrepentimiento, y de compasion, el que mantenga aun sus correspondencias clandestinas con las pasiones. Por tanto yo os exorto, devotos oyentes, á que conserveis siempre estampadas en vuestra memoria las afligentes penas de nuestra dulce Madre., para fecundar el corazon de unos senti-

mientos compasivos, y de unos deseos verdaderos de participar del fruto de la comun salud, con una practica constante de las virtudes christianas. Repasad con menudo examen quanto toleró de penoso, y de cruel el corazon purisimo de Maria en la vida, y muerte de Jesus, y proponed tomar las lecciones, que nos dió en cada pasage doloroso, de conformidad, y de paciencia. Si la Virgen aun mas que nuestra afectuosa compasion, quiere de nosotros el que la imitemos en los ilustres egemplos, que nos dió, apliquemonos particularmente este dia, á imitar las singulares virtudes, que practicó en su triste soledad. Todas sus ocupaciones eran visitar frequentemente con el cuerpo, y sin cesar jamás, con el espiritu, los lugares donde su amoroso Hijo havia padecido, y deshacerse alli en afectos de sentimiento, de gratitud, y de amor. Su trato era con Dios, y rendidas á la tristeza de su devota soledad, desfogava su dolor en lagrimas amargas, pero amorosas, no buscando el consuelo de las criaturas, sino del Padre de las misericordias, y del Dios de toda consolacion. Veis aqui oyentes el modelo sobre que deveis trabajar en la gran obra de vuestra salud. Quando carguen sobre vosotros los trabajos desta miserable vida, acudid á seguirle á Jesu Christo sus pasos dolorosos al Calvario, y comparad sus penas con las vuestras. Si la necesidad de la naturaleza, ó la malicia de los hombres os oprimen

men con pobreza, con enfermedades, con injusticias, ó con calumnias, aprended del generoso egemplo de la Virgen á someternos humildemente á la divina voluntad, no buscando consuelo en alguna de las criaturas, sino en aquel Dios, cuyas entrañas son el deposito de la misericordia, y de la clemencia. Recogidos en un lugar solitario como la Virgen, exponed á su Magestad vuestras aflicciones, y esperad dèl, que oportunamente serenará vuestras borrascas, y bolverá á vuestro corazon la antigua tranquilidad. En todo caso, sino pluguiese á su Magestad daros consuelo al presente en vuestros afanes, haced al Señor un sacrificio agradable de vosotros mismos, rindiendoos á las justas disposiciones de su adorable Providencia.

Y Vos, desconsoladisima Señora, admitid nuestros votos, y nuestros propositos, de ser admiradores compasivos de vuestras penas, y imitadores fervorosos de vuestros egemplos. Quánto me compadezco de la triste soledad en que quedais? Cómo pudiste Señora vivir, faltando Jesus, que era toda el alma de vuestra vida? A mí me parece veros como una affigida Tortolilla, que haviendo perdidò á vuestro Hijo, vais continuamente gimiendo, y llenando el aire de suspiros. Considerandoos como una mistica Jerusalen me considero con derecho de repetir por Vos el Treno doloroso de Jeremias: *Quomodo sedet sola Civitas plena Populo?* Cómo estais sola,

y

y viuda Vos, que en un solo Hijo teniais el gozo de todos los Pueblos de la tierra? Están á vuestro rededor los Apostoles, y las piadosas Mugeres para recibir vuestras enseñanzas; mas estos personages, renovandoos los misterios de la Pasion de Jesus, en vez de desminuir, acrecientan vuestras penas. Quisiera ofrecerme á haceros compañia, pero me retrae el conocimiento de mis delitos, que me hacen reo de la muerte de vuestro Hijo. No obstante, vuestra benignidad, y vuestra clemencia me dan animo. Y asi seguro de que no me arrojareis de Vos, me llego á acompañaros con mi mas tierna compasion. Contad Señora con mi alianza, y si os pagais de un corazon contrito, y humillado, admitid mis mas puros afectos, y propositos. Con Vos quiero vivir crucificado siempre al mundo, no queriendo dél sino sus cruces. Renuncio todos sus placeres sensibles, y sensuales, que hasta aora tan lisongeramente han arrebatado mi estimacion. Mis delicias serán en adelante la Cruz, y los clavos del Salvador. Estos harán el capital de mi gozo, y de mi dicha. Ya no quiero entenderme sino con las amarguras, y las penas. A estas elijo por prendas de mi salud. Los dolores serán mi pan, y no beberè mas agua, que la que mi compuncion obligará á mis ojos á derramar. Mas yo os ruego, Virgen piadosisima, que asi como yo prometo acompañaros en vuestra soledad, me seais siempre propicia

en

en la vida, señalando vuestra proteccion con vuestra asistencia en la hora de mi muerte. Amen.

SERMON

DE N. S.RA DE LOS DOLORES,

PARA EL VIERNES DESPUES DEL DOMINGO DE PASION.

STABAT JUXTA CRUCEM JESU Mater ejus. Joann. 19.

NO es dia este de conceder caras las lagrimas. Llora el Sol, y cierra sus hermosos ojos, por no ver derramar rios de sangre á quien es deudor del diluvio de sus luces. Llora la tierra, y sacudiendo de sus espaldas los montes, parece no poder sufrir sobre ellas el imponderable peso del Deicidio horrendo. Llora el Paraiso, y aquellos sus Angeles de paz padeciendo como decadencias en su felicidad, y como derogados los altos privilegios de su Bienaventuranza, muestran sus ojos fecundisimos de lagrimas: Finalmente: *Pendente in patibulo Creatore, universa creatura congemuit*, que dijo San Leon, y solos los hombres

bres (1) haviamos de ser avaros de nuestras lagrimas? No es justo, oyentes, mantener enjutos los ojos, tratandose de un Dios agonizante y de una Madre hecha testigo de sus afrentas y sus dolores. Por tanto con estilo antes lloroso, que elegante, con voces primero bañadas en sangre, que dispuestas con una cultura artificiosa, antes con suspiros intimos, y llenos de quebranto, que con frases adornadas, y escogidas deve hacerse el Panegirico de la mas dolorosa de las Madres, y la mas afligida de las criaturas, por la causa mas justa, y obligante, qual es mirar morir en un suplicio afrentoso igualmente, que cruel, al inocentisimo Hijo de Dios, y suyo. En otras materias basta, que la Retorica juegue sus piezas, haciendo una faustosa pompa de su brillante artificio, encareciendo con dignidad, y magnificencia, en esta no ès licito hablar sin lagrimas. El llanto perene de Jeremias, y el espiritu de un Angel se necesitava aora, para que bañados todos los periodos en dolorosos, y seraficos incendios, se comunicase á todos los mortales la mas tierna, y afectuosa compasion de Maria, puesta en el estado en que nos la descrive el Evangelista: *Stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus.*

Es advertencia de algunos Padres, que S. Juan por otra parte tan diligente en escrivir las mas me-

nu-

(1) S. Leon Serm. de Pass. Dom.

nudas circunstancias del tragico suceso del Calvario, y tan interesado, como deve considerarse en darnos una idea exacta de los dolores de Maria, para ganar parciales de su compasion, aora escrive con tan avara pluma, como que diciendo solo, que estava junto á la Cruz, nos dá una relacion la mas diminuta de sus dolores. Seria una injusticia manifiesta contra la capacidad, y el merito del grande Evangelista, sospechar en el descuido, ó negligencia. Su silencio pudo atribuirse, á que la compasion, y ternura embarazaron de tal manera su animo, que le cortaron los buelos á su pluma, ó lo que es mas verisimil, insinuó solamente las afligentes penas de su dulce Madre, porque no tuvo de sí la satisfaccion de poder hacer un retrato tan lastimoso, y dolorido, que pareciese una copia fiel sacada exactamente de su original. Si por esta razon dejó de escrivir en particular las lagrimas, la tristeza, el desfallecimiento, los ayes, los gemidos, las congojas, la languidez, y palpitaciones, afectos todos de la pena vehemente de la triste Madre, otro, sin pensarlo por ventura, sobre el modelo de Timantes, celebre Pintor de la antiguedad. Haviendole pedido á este, que descriviese en un lienzo el sacrificio de Ifigenia hija de Agamenon, no tuvo dificultad en delinear el sitio, el altar, los leños, las llamas, y á Ifigenia, que se consumia entre ellas. Menos le costó pintar á las mugeres, que

asistian al sacrificio, rendidas por presa del dolor, unas á arañarse las megillas, otras á arrancarse los cabellos. Consideró facil colocar junto al ara á Ulises con triste rostro, á Menelao en el acto de lamentarse, y á los deudos todos, con apariencia de quien es agitado de un gravisimo dolor. Pusose finalmente á pintar á Agamenon su Padre dolorido, pero tremulo el pulso, y elado el corazon, caidos en el suelo los pinceles, no pudo tirar el menor rasgo. Recobrado un poco del horror, y instado importunamente de los circunstantes, á que animase aquel lienzo, dando en él una idea propia del dolor agudisimo del afligido Padre, confesó con ingenuidad, que no alcanzava el arte á hacer una exacta pintura de semejante pena, y asi que él pintaria á Agamenon, pero le pondria un velo sobre su rostro. Si Timantes desconfia de mantener su credito, intentando representar á los ojos la imagen de un Padre dolorido, en el acto de ver sacrificar una hija suya, cómo creereis vosotros, que el Evangelista San Juan se atreviese darnos una idea exacta, y puntual de la amargura de nuestra dulce Madre, asistiendo á las agonias penosisimas de su Hijo, sacrificado á la justicia del Padre, por el furor de los hombres? Ha que hizo bien el sagrado Evangelista, tirando sobre el rostro de la afligida Madre el velo del silencio. Para fomento de vuestra piedad, y ganar vuestra compasion para con nuestra

Ma-

Madre afligidisima, pretendo yo correr un poco el velo, que cubre su rostro doloroso, pero con la mano maestra del Espiritu Santo, de los Santos Padres, y de la razon. Quiero decir, que caminando por el camino trillado de las Escrituras, de los Padres, y de las razones humanas, intento con estos socorros haceros capaces de las amarguisimas penas de Maria. Ni yo havré podido llenar mis deveres con tan justa fidelidad, ni vosotros oirme con mayor gusto, y satisfaccion, si consigo mostraros el mas natural, y mas sensible de todos los efectos del amor. Vereis por tanto al amor hacer de verdugo noble, martirizando el corazon de la Madre, y el del Hijo. Maria, y Jesus haviendo de ser cabeza de los Martires, convenia, padecer mas que todos ellos, mas no era razon exercitar en ellos su crueldad otro tirano menos generoso, y noble, que el amor. Quanto tiene el odio de desapiadado, y de cruel, cumple este dia el amor, pero sin estrepito, y con modos atentos, y corteses. Será pues el asunto: *El martirio reciproco del amor.* Pidamos antes luces al Divino Espiritu, para tratar yo de tal manera esta materia, y oirla vosotros tan provechosamente, que la Virgen aumente el numero de sus parciales, y Jesus el de sus prendas para el Paraiso. Esto os rogamos, Espiritu todo caridad, por la intercesion de vuestra Esposa á quien devotamente saludamos con el Angel: AVE MARIA.

STABAT JUXTA CRUCEM JESU MATER *ejus.* Joann. 19.

ES el dolor en nosotros una pasion tan regulada por las direcciones del amor, que éste le acrecienta, ó le disminuye, segun él aviva sus llamas, ó las apaga, pues á este proposito dijo S. Antonino de Florencia que: *Dolor fundatur in amore, tanto enim quis dolet, quanto plus diligit.* Por esta regla se governavan los Hebreos, quando de las lagrimas de Christo sobre Lazaro, inferian el cordial amor que le profesava, *Lacrymatus est Jesus: ecce quomodo amabat eum.* En consideracion desto yo no temo condenar de sobradamente rigida, y aun estolida la Filosofia de los Estoicos. Ella quiere que sus labios sean poco menos insensibles, que las piedras. Pretende, que considerando cada uno su felicidad dentro de sí mismo, mire con indiferencia todas las desgracias de los amigos. Prohibe derramar lagrimas sobre los sepulcros de los Padres, veda los suspiros sobre las ruinas de la Patria, y quiere finalmente, que el animo se muestre mas insensible á las fortunas, y á las desgracias, que los peñascos al azote de los vientos, y las Islas á los furiosos embates de las tempestades. Semejante Filosofia, so color de mantener el imperio de la virtud, abandona los derechos de la razon, por hacer

á

á un hombre sabio, pretende, que dexe de ser hombre, y para que merezca el nombre de señor de una pasion, le obliga revelarse contra la naturaleza. Tirana Filosofia por cierto Qualquiera tiene derecho para clamar contra ti: *O Philosophia! tirannica sunt præcepta tua: amare jubes, & si quis amisserit quod amabat, dolere prohibes?* Sientan como quieran los Estoicos: (1) dolerse en los infortunios del amado es caracter tan propio de un amante racional, que, ó no ama de veras quien no se duele, ó desmerece llamarse hombre: *Tantum quippe necesse est ut urat dolor, quantum hesserat amor*, dice San Agustin. (2) Esto supuesto, si entre todos los amores, es el mas tierno el amor de Madre, conviene decir, que el dolor de Madre en las desgracias de su Hijo sea consiguientemente el mas excesivo. Mas si entre todas las Madres, que han sido testigos de las desgracias de sus hijos, Maria es la mas amante; si entre todos los hijos, que han sufrido mas ultrages, y dolores, Jesus es el mas amable, qual devia ser el martirio de la affligidisima Señora? Una Madre, que es toda corazon delante de un Hijo, que es todo llagas: una Madre, que tiene unidas en las entrañas todas las caricias, delante un Hijo, que muestra en su rostro todas las gracias: una Madre, que excede en el amor á todas las Madres del

mun

(1) Stob. Serm. 67. (2) Lib. 2. de Civit. Dei.

mundo, delante de la Cruz de un Hijo, que se aventaja en los dolores á todos los hijos de los hombres: una Madre la mas benemerita de las criaturas, enfrente la Cruz de un Hijo, que siendo Dios, padece no obstante, y agoniza; puede darse pena mas aguda, dolor mas profundo, ni martirio mas cruel?

La Magía cruelmente sagaz ha hallado el medio de atormentar un objeto distante, y hacerle sentir en la propia persona todas las crueldades, que ella egecuta en su retrato. Desta manera llega un infeliz á atormentar á su enemigo, hiriendole en su imagen, y haciendo sentir el dolor de las heridas al original. El amor, que no es menos ingenioso, que la Magia, obra inocentemente maravillas semejantes. Uniendo estrechamente dos almas, hace sensibles á la una las penas de la otra, y consigue hacer con un dolor dos miserables, con una estocada dos heridas, con un martirio dos Martires, y de una sola victima dos sacrificios. Tan desapiadada maravilla obró el amor en el corazon de nuestra Reyna dolorida. Aquel Hijo amado, que hasta entonces havia sido el gozo, y las delicias de su Madre, puesto en la Cruz era su atormentador, y su tormento. Mostrandole sus llagas, le martirizava el corazon. Dejandose ver crucificado, le comunicava sus heridas; pues como decia S. Bernardo: *Vulnera Christi morientis, erant vulnera Matris dolentis.* (1)

De

(1) Serm. de pass. Dom.

De tal manera la hacia el amor participante de su pena, que solo havia la diferencia entre los dolores del Hijo, y de la Madre, en que los de Jesus estavan repartidos en diferentes partes de su adorable cuerpo, mas en Maria todos unidos la hirieron en su purisimo corazon. Alli se confederaron las espinas para herirlo, alli los clavos para traspasarlo, alli la hiel para amargarlo, alli los martillos para molerlo, y alli las agonias de la Cruz para abatirlo. En consideracion desto dijo el Serafico Dotor San Buenaventura, que en el corazon purisimo de Maria se hallan la corona de espinas, la cruz, los clavos, la lanza, los azotes, y todos los dolorosos instrumentos de la Pasion. Fuera de que los dolores de Maria fueron aun mas prolijos, que los dolores de Jesus. Ella quedó herida de sus heridas, y tuvo que dolerse, y que sentir mas allá de la muerte de su Hijo. Quando la ultima barbaridad abrió la cruel herida en el pecho de Jesus, esteril ya de dolor, mas no de sangre; la Virgen nuestra Señora sintió el fiero, y agudo cuchillo tanto mas penetrante, quanto mas invisible, pues aunque no le rompió las carnes por defuera, le desangró sin ruido el corazon.

Para adquirir una idea propia de la incurable llaga, que el amor abrió en el corazon purisimo de nuestra afligida Reyna, quiero, que convengais conmigo en un supuesto falso. Suponed pues, Madres,

dres, que á un hijo vuestro, el que mas amais, y sobre quien mas solidamente apoyais vuestras esperanzas en vuestra honrada ancianidad, le estais mirando en las manos de crueles verdugos, despedazadas ya sus carnes, hechôs dos fuentes de sangre sus ojos, llevado al suplicio como malhechor, y finalmente le veis dar el ultimo aliento en sumo desamparo, y sugeto á la mas afrentosa de todas las ignominias. Decidme, si este supuesto fuera verdadero, quan dolorosa os seria su vista, si siendo imaginario, haveis llegado á sentir una especie de horror en el corazon? Podriais en tal caso contener los sollozos, reprimir las lagrimas, aprisionar los suspiros? Ciertamente que no, pues cierto instinto os persuade, que seria imposible dejar de morir de pura pena. Aora pues decidme, de dónde procede vuestra pena, sino de la ternura con que le amais? Si fuera el ajusticiado un famoso malhechor, con quien no tuvieseis conexion, ni por amistad, ni por sangre, no digo, que miraseis sus dolores, y su muerte con indiferencia, pues aun en tal caso no dejaria la humanidad de hacer su oficio, inspirando unos sentimientos compasivos, pero la compasion se contendria dentro ciertos terminos, en vez de que si fuese hijo vuestro quien padecia, no guardariais limites en los extremos de sentimiento, rompiendo los frenos de la moderacion, la veemencia del amor, y de la ternura.

Ao-

Aora, pues, sereis vosotras tan necias, que pretendais, qué digo igualar, pero ni aun traer á comparacion el amor á vuestros hijos con el de nuestra dolorida Madre al suyo? Luego siguese, que su mayor amor á Jesus fue el tirano dulce, que atravesó su pecho con una espada, otro tanto mas cruel, y mas aguda, quanto fue el exceso de su amor, y los desusados modos, con que fue vilipendiado, y herido su inocentisimo Hijo. Yo ingenuamente confieso, que nada estraño quanto los Santos Dotores, y los Padres encarecen la grandeza de sus dolores, pues aunque sin el principio de tan cordial amor, pasarian por hiperboles, y encarecimientos de una retorica piadosa, y eloquente, mas con el fundamento de un amor mayor, que el que han tenido y tienen á sus hijos todas las Madres del mundo, no llegan aun á guardar una justa proporcion, encareciendo la grandeza de sus dolores. Diga por tanto en buen hora San Bernardo, que no hay lengua que pueda explicar los dolores de Maria. Diga Ricardo Laurentino, que no hay entendimiento, ni de hombre, ni de Angel, que los pueda dignamente comprender. Diga San Amadeo, que no le bastaron para padecerlos y sufrirlos las fuerzas puramente naturales, si que huvo de ser confortada con fuerzas sobrenaturales, y divinas. Diga San Ildefonso, que fue martir en su paciencia, y tolerancia. Diga San Geronimo, que

fue mas que martir en su constancia, y fortaleza. Diga San Anselmo, que todos los tormentos de los Martires fueron leves en comparacion de sus dolores. Entone finalmente por todos San Bernardino de Sena, que si los dolores que padeció el corazon purisimo de Maria, se repartieran en todas las criaturas capaces de sentir, moririan todas de repente.

Qué no hay mas, Señores, que ver una Madre, y del caracter de Maria, despedazado, y sangriento á un Hijo suyo, á quien amava como á su Dios? La eloquencia tan celebrada de los Padres es poco fecunda, para descrivir la grandeza de su pena. Los Angeles mismos son insuficientes para dar una imagen de su dolor. Todas las razones humanas no alcanzan á hacer venir en un justo conocimiento, de quan desapiadadamente fue herido el corazon de la Madre, del amor del Hijo. O amor! y ó dolor! Qué efetos tan naturales! pero qué violentos! qué afligentes què tiranos! y no solo tiranos, sino la misma tirania, como los llamó S. Juan Chrisostomo: *Grandem naturæ tirannidem.* Que el amado haya de afligir, y atormentar al amante, y que el mismo amor haya de ser la causa del dolor, viendole morir, y padecer? Pues asi es oyentes, y siempre ha sido asi. En el sacrificio de Isaac, quién sino Isaac afligia á Abrahan? En la desgracia de Absalon, quièn sino el mismo Absalon atormentava á David?

En

En el infortunio de los hijos de Job, quién sino ellos mismos eran el tormento de su Padre? En la desgraciada aventura de Joseph, quién sino el mismo Joseph, creido despedazado de una fiera, llenava de tristes congojas á Jacob? Amaria, pues, menos la Virgen á Jesus, que estos insignes Personages á sus hijos? Serian menores los infortunios, que lloravan en sus hijos estos Padres, que los que lloró la Virgen en el suyo? La amabilidad de aquellos hijos podrá compararse con la deste? Luego si hay una ventaja infinita entre hijo, y hijos, desgracias, y desgracias, no puede dejar de ser sin comparacion mayor el dolor de Maria, que el de aquellos Padres, á quienes la Escritura representa tan afligidos. Si una simple benevolencia obró en el corazon de los amigos de Job un efeto tan lastimoso, como que apenas divisaron al Santo Patriarca llagado, y lleno de inmundicias rasgaron sus vestidos, se cubrieron de zeniza, y estuvieron siete dias, y siete noches llorando sus desventuras, tan preocupados de la tristeza y del dolor, que en todos ellos pudieron articular una palabra; qual sería la afliccion de la dulce Madre, mirando á su Hijo, otro tanto mas llagado, y digno de la compasion, y del amor? No se hace, oyentes, como necesario el arguir, que en vez del vestido se le despedazaria á la Virgen el corazon, y en vez de agua se derramaria de sus virginales ojos sangre viva? Asi es, Señores, es-

tando al dictamen de San German: *Ita amare flevit ut post uberrimam lacrimarum effusum imbrem, tamen sanguineas lacrimas effuderit.* (1) En el encuentro de la calle de amargura se cumpliò el oraculo de Joel, que: *Sol convertetur in tenebras, & Luna in sanguinem*, pues afrontandose Christo, y Maria, el Sol convertido en tinieblas, desparecida, y eclipsada su claridad con el polvo, salivas, y sudores, y la Luna convertida en sangre, por la mucha que se destilava de sus pupilas. O! cómo en esta vista reciproca se descubririan los corazones, cómo se los leerian, còmo se comunicarian los sentimientos del espiritu? No pudo la Virgen articular voz sensible por la gran pena; mas el Hijo, dice S. Anselmo, saludó á la Madre en estos terminos: Dios te salve Madre, y Paloma mia querida, Dios te salve ó Madre afligida, y atribulada, cómo devieron comover vuestras purisimas entrañas estas palabras de vuestro Hijo: *Factum est cor meum tanquam cera liquescens in medio ventris mei*, (2) diriais sin duda. Qué dices Hijo mio, añadiria: Madre llamas á la mas afligida, y desamparada de todas las mugeres? Madre á la que muy presto ha de quedar huerfana de la prenda que mas ama? Madre á una criatura desvalida, que ni puede librarte de los dolores, ni aun tiene el consuelo de poder hacer de su vida un precio bastante, para redimir tu

(1) S Germ. fragm. 8. (2) Psalm. 21. 15.

tu muerte? Si Señora mia, quisiera yo deciros, Madre dolorosa. Os llama Madre, y lo sois mas tierna, y verdadera, que lo son de sus hijos todas las madres del mundo. A Dios os dice, que fue como deciros: A Dios, que no me vereis mas vivo, sino muerto en una Cruz por los hombres, y despues en vuestros brazos despedazado. Dios os guarde, y conserve la vida, que bien necesitais de confortativos celestiales, pues sino la rendiriais á la violencia de tanta pena. Dios os guarde Madre mia, cuyo dulce nombre de Madre se estenderá luego á todos los hombres, que voy á redimir. Arrebataron con esto los verdugos al Redentor de la presencia de la Madre, la qual sigue á su Hijo, arrojando lagrimas por voces, hasta llegar al Calvario donde devia hacerse al Eterno Padre el sacrificio mas agradable, imolando á su justicia, y á su amor la mas inocente de las victimas. Ya estais Señora sobre la cima infausta del Calvario. Haveis llegado al lugar donde ha de darse fin á la funesta tragedia. Si pudierais amar menos á vuestro Hijo, os ahorrariais de unos dolores tan agudos, que temo acaben con vuestra vida. Quando Noé, oyentes, fue destinado para guardar en su famosa Arca las reliquias del genero humano, cerró Dios por de fuera la puerta del Arca, dice la Escritura, y si damos fé á S. Juan Chrisostomo, fue para escusarle la afliccion de ver el in se able estrago, que hacia el diluvio en el Uni-

ver-

verso: *Ut non ex spectaculi tristis apectu magis crucia-tur.* (1) De la misma manera, quando Abrahan partió á cumplir el orden del Cielo de sacrificar á su hijo, no se lee (es observacion juiciosa de San Basilio de Seleucia) que tratase con su Esposa Sara del misterio, aunque confirió con ella del viage. Qué es lo que haceis ó inclito Patriarca! Qué razon puedes alegar, que te obligue ocultarle à Sara el gran sacrificio, que vas á hacer? La victima es de entrambos, consulta pues con Sara las determinaciones de Dios. Puedes acaso temer, que ella se oponga á las determinaciones del Señor? No Señores, dice Abrahan, introducido á hablar en estos terminos por S. Basilio. No temo, que mi virtuosa Sara haga resistencia á los designios del Altisimo. Nada sospecho, que ella intente, que digo embarazar la egecucion, pero ni entretenerla. No obstante, dice Abrahan, aqui se trata de hacer morir al cuchillo á un hijo de sus entrañas, y asi aunque Sàra es virtuosa, pero es Madre. No le revelo el misterio, porque temo, que ella muera de pena, luego que sepa, que su hijo ha de morir con el hierro. Ella ama á Isac, como nacido de sus entrañas, y asi á la hora que sepa, que Isac ha de morir será ella mas presto victima de su dolor, que lo será Isac de mi espada: *Dei amans est mulier, sed Mater est.* Al fin, al fin, mi Esposa Sa-

---

(1) S. Chrysost. de Noe, & Arca.

Sara es santa, pero es madre, y asi guardo para mí el secreto sacrificio de Isac, por no hacerla morir á violencias de la compasion, y del dolor. En estos terminos habla el citado San Basilio, en nombre de Abrahan, y yo adorando sus preciosas huellas continuo mi razonamiento en esta forma: Se usa con Noé la piadosa cautela de quitarle de sus ojos la miserable ruina, que egecutava en el mundo el universal diluvio, para ahorrarle el sentimiento de ver naufragar á los consanguineos, y los amigos; y á la Virgen se le dejan abiertas todas las ventanas de los sentidos, y del alma, para ser testigo del estrago horrible, que el diluvio de la pasion hace en el inocente Hijo de sus entrañas? Temese la muerte de Sara á la hora que sepa, que su hijo ha de morir *bajo* el cuchillo de su Padre, y si se teme, se desprecia el peligro de morir Maria, llevandola sobre el Calvario á mirar con sus ojos á su Hijo, hecho presa del rabioso furor de los Hebreos? Si se teme, que el amor apriete desapiadadamente los cordeles á la garganta de Sara, y por eso se le oculta el misterio del sacrificio, amaria menos Maria á Jesus, que Sara á Isac? Ay de mí Señores! que no hay lengua bastantemente eloquente para demostrar el exceso, que hizo al amor de Sara el de Maria. Consiguientemente el dolor que yo finjo en Sara, siendo verdadero, seria tan inferior, como el de una gota á un caliz redundante. Comparar sus penas con las

que

que sufriera Sara, informada menudamente del sacrificio de su hijo, y aun con las que sufrieron millones de Heroes, por el furor de los Prefectos, y Proconsules Romanos, seria un paragon de *las* incomodidades de una facil navegacion, con los afanes mortales de un naufragio.

Para haceros yo mas capaces del martirio del corazon de Maria, devo primero daros una idea de los estragos, que ha obrado el amor en aquellas Personas, que mas se han señalado en amar. Y aunque pudiera hacerlo mostrandoos un David, que llora como un niño, y se abandona al desconsuelo, no solo en la muerte desgraciada de Absalon, sino en la enfermedad de su pequeño hijo, havido de Bersabé; á una Ana, que no le cabe el corazon en el pecho, por las inquietudes, y los afanes, que le causa la ausencia de Tobias; á una Julia, que muere de repente á la vista de los sangrientos despojos, que le presentan de su Esposo, muerto por el furor de sus enemigos? Ciertamente, que el que quiso dar en un simbolo expresado el dolor de nuestra Reyna afligidisima, atinó en dibujar dos corazones ambos heridos con este lema: *Vulneratum vulnerat*; (1) pues para herir un corazon amante, no hay modo mas cruel, que atravesar con una espada al corazon amado. Aora, pues, si para atormentar

(1) Gint. Cons. 46.

tar el corazon de la Madre, y martirizarla, se puso en armas el amor á su Hijo, como haveis visto, resta solo ver, como para martirizar el corazon del Hijo, hizo esfuerzos mas violentos aun que los clavos, y los azotes el amor, siendo este amor á su Madre el tirano mas especioso, y mas cruel de su doloroso martirio.

PARTE SEGUNDA.

HAviendo ya establecido, que de las penas agenas se toma el sentimiento, segun se ama mas, ó menos la persona afligida, y convencido, que la Virgen toleró tantas angustias, y amarguras, porque amava á su Hijo, sobre el amor con que le aman todos los Angeles, y los hombres, resta decir poco, para haceros conocer, que el amor de Jesus á su Madre fue para él, tirano mas desapiadado, que todos los ministros, y sayones. Jesus no tenia obgeto mas tiernamente amado, que su Madre; aora, pues quanto se doleria de sus penas? La Soberana Virgen, que sabia quan profundas heridas abrian sus propios dolores en el corazon de su Hijo, dijo á su fiel sierva Santa Brigida: *Viendome mi Hijo tan afligida por su causa, sentia tanto mis propios dolores, que en su comparacion todos los suyos estavan como adormecidos para el sentimiento.* No menos atormentavan al Hijo los dolores de la Madre, que sus propios dolores, decia San Lorenzo Justiniano.

(1) No solo dijo San Buenaventura, afligian al Hijo las penas que él pasava, sino que se las agravava mucho mas la afliccion de su Madre, que con tanto amor le asistia. Lo que mas aumentava, y hacia subir de punto la pasion del Hijo, era la compasion de su Madre, dijo el Dotor melifluo S. Bernardo (2) Mas padeció Christo en su propia Madre, que en sí mismo, afirmó Arnaldo Carnotense.

Si la Virgen Señora nuestra leyendo, como leía el corazon de su Hijo, veía alli que el amor á su Madre era el mas cruel tirano, que le atormentava, como dejaria de hacer en su pena este, ó semejante razonamiento? Que mi Hijo haya de padecer, pero que haya de ser yo quien mas le haga penar con mis dolores? Que mi Hijo haya de morir á la fuerza de los tormentos, pero que esto haya de ser, y aun con mayor rigor á la violencia de mis cariños? Que sea por decirlo asi, mas cruel con Jesus el amor de Hijo, que el odio de sus mayores enemigos? Qué amandome, como me ama, haya de ser mas tirano mi dolor solo, que juntos todos los dolores? Y qué haya de sentir mi amado Hijo, aun mas que verse asi puesto en una Cruz, el ver jun-

(1) S. Loren. Just. *Non minus de materno, quam de proprio urgebatur dolore.*

(2) S. Bern. *Adaugebat vulnerum passionem materna compassio.*

junto á sí su afligidisima Madre? O Hijo mio! será posible, que el amor que teneis á vuestra Madre, ha de bolverse en espada, para herir vuestro corazon mas desapiadadamente, que los azotes, los clavos, y la lanza? Amadme menos, si podeis, que yo sufriré de buena gana no ser abgeto tan tierno de vuestros cariños, á trueque que el amor que me teneis desista de hacer en Vos estragos tan violentos. Mirad mis penas con indiferencia, y no martiriçeis vuestro corazon, y el mio, sintiendo, como sentís, mis amarguras. Mas ay de mí! que si yo no sè, ni puedo distraerme de la fineza, y ternura con que os amo, no obstante que mi amor, á la vista de vuestras penas, me desangra el corazon; cómo podreis Vos dispensaros de penas, y dolores, amando menos á vuestra Madre de lo que la amais? Ya está visto Hijo mio, que nuestro amor reciproco es nuestra cruz, y que si desistiesemos de amarnos, como nos amamos, dejáramos de sentir los desapiadados golpes, que descarga sobre ambos corazones el tirano dulce del amor.

Señores mios, vosotros deveis á vuestro talento, y á vuestras luces quedar instruidos altamente del martirio del Hijo y Madre, no obstante de haverme oido hablar dél con estilo bajo, y con expresiones poco propias, y acomodadas, para significar las crueles violencias del amor. A pesar de lo desmayado, y tibio de mi eloquencia teneis una

idea la mas viva de lo que sin ruido, y sin estrepito ha obrado el amor de desapiadado, y de tirano en los corazones de la Purisima Virgen Maria, y de Jesus. Sus llagas son incurables, pero admiten no obstante algun lenitivo. En recetarlo yo, y aplicarlo vosotros, está la felicidad de entrambos. Y pues el amor á nuestra Madre afligidisima nos ha congregado este dia, para ofrecerle el justo tributo de nuestra mas tierna compasion, quiero enseñaros el modo de servirle de consuelo en su pena, sirviendome de un suceso de los Romanos. En una batalla, que se dieron Parthos, y Romanos quedó entre los muertos Publio Craso, hijo del Generalisimo Marco Craso. Pusieron los Barbaros la cabeza de Publio sobre una lanza, y la presentaron á los Romanos, no tanto con el fin de provocarlos, como para intimarlos, y abatirlos. Marco Craso, buelto entonces á sus Soldados, que cobardes á nada mas atendian que á salvar la vida con la fuga, les dijo lloroso, y consternado: Hijos mios mia es la pérdida. No sois vosotros á quienes se hace el ultrage, sino á mí. Mio es el vituperio, y el escarnio. Si me amais, como decís, y deveis, y teneis en las venas algunas reliquias de la sangre generosa de vuestros mayores, unid vuestras espadas á la mia, para borrar el oprobio. Recobrad los alientos perdidos; y no quede uno siquiera entre vosotros, que no pueda disputarles su gloria, y su valor militar

á

á quantos Heroes se han hecho lugar en los fastos de los Romanos. Mi reputacion considera una mancha obscura, el insulto, que hacen los Parthos á nuestras armas. Por nada menos anelo, que por toda la sangre de mis enemigos, pues una gota, que quede por derramar hará falta para lavar del todo la mancha oprobiosa, que ha caido sobre la tela de nuestra gloria. Esto, que dijo Marco á sus soldados, animandolos á vengar la muerte de su hijo, y á reparar el honor decaido de sus armas, repite á todos nosotros la Virgen nuestra Señora en este dia de sus aflicciones. Mirad, nos dice, monstrandonos á su Hijo sobre la Cruz, ó en sus brazos: Hijos mios, mis enemigos, que son vuestros pecados, han hecho morir con muerte la mas ignominiosa, y la mas cruel, al dulce fruto de mi fecundidad, y á vuestro amoroso libertador. Mia es la pérdida, pues era mi Hijo aquel cuya muerte lloro. Mia la ignominia, pues ha muerto como infame malhechor, el que no podia tener parte en el delito. Mios son el deshonor, y la afrenta, pues soy Madre verdadera del que siendo el mas inocente de los hombres, ha sido condenado á morir, como el mayor asesino de todos ellos. Si en vuestras venas teneis sangre derivada de los Santos para la succesion de tal Fé, unios á mí, para combatir el egercito cruelisimo de los pecados, que ha levantado sobre la Cruz, como trofeo de su poder barbaro, á mi dulce

ce Hijo, y vuestro Redentor. A mi Hijo ya no le podeis recucitar; pero vengad su deshonor, y el mio, dando la muerte á los que le han muerto. Si me amais, como á vuestra Madre que soy, no quede con vida enemigo alguno de quantos han puesto sus manos sobre mi Hijo. Ahogad todos los pecados en un diluvio de vuestros ojos, pues ellos han sido los crueles, que han dado la muerte al inocente Hijo de Dios, y mio.

Triste de mí! que mientras en nombre de la Virgen os exorto á encrueleceros contra el pecado, que ha sido el autor de la ignominiosa muerte de su Hijo, miro tan serenas vuestras pupilas, como si nada os perteneciesen Hijo, y Madre. Con tal indiferencia os advierto oirme del atentado de vuestros pecados sobre la vida de Jesus, como sino fuerais reos, ó como si os envanecieseis de haverlo sido. Tan lejos os considero, segun la contraseña de vuestras festivas apariencias, de declararos contra los delitos, que confiriendo lo que veo con lo que pasa, no tengo dificultad en creer, que aun estais con animo de reiterar con vuestros pecados el tragico suceso de la crucifixion. Será posible, oyentes, sospechar tal dureza de unos hombres, que tienen Fé? No os parece, que una Madre tan afligida merece una compasion la mas tierna de vosotros sus hijos tan amados, por la muerte de aquel Hijo sacrificado de vosotros, y por vosotros.

No

No seria una fiereza sin nombre matarle su Hijo de nuevo en sus mismos brazos, con las agudas espadas de vuestras culpas? Ha que esta fuera una especie de barbaridad, que inferior á ella, pero muy semejante, fue en Antonino el horror, y escandalo de los siglos. Resuelto Antonino Caracalla á quitar del mundo à su hermano Geta, cuyas inocentes costumbres eran una acusacion de sus escandalos, despues de haver estudiado mil modos secretos, para efectuar su reo designio, viendo frustradas todas sus sagaces, y malignas medidas, le embistió cierto dia en su mismo Palacio con una espada desnuda. Huyó del nuevo Cain el inocente Abel. Corrió diferentes estancias despavorido, y medroso, seguido siempre del cruel Antonino, el qual parecia una furia detrás de su hermano. Alcanzó á ver Geta en un retrete á su Madre, y corriendo á ella, creyó haver hallado seguro asilo; oponiendo aquel escudo de piedad á los golpes del furor fraterno. Pensad aora vosotros, qué no haria tal Madre, para salvar al hijo inocente del hijo cruel? Quantas veces replicaria: Detente Antonino, parate Antonino, qué vas á hacer? Perdona á tu hermano, que viene á salvar la vida en el seno mismo donde ambos la recibisteis. Antonino ten atencion á tu Madre; Antonino respeta el sagrado de quien te dió sér. No me prives de dos hijos con tu atentado. Antonino considera mis brazos, como un escudo otro tanto

mas

mas fuerte, quanto es mas tierno. Parate Antonino, sacia tu crueldad en tu misma Madre, si quieres dar á este precio la vida de tu hermano. Antonino mira lo que haces? Antonino dejate obligar de mis gemidos. Antonino rindete á mis lagrimas. Todo fue en vano, pues en el seno mismo de su Madre le atravesó el pecho á su hermano con el hierro, hiriendo con un solo golpe dos corazones. No os llenais oyentes de horror, y mas propiamente de indignacion contra aquel cruelisimo fratricida? Mas entretanto, quantos hay entre vosotros imitadores barbaros de su brutal egemplo? Desde que propusisteis satisfacer aquella pasion vergonzosa: desde el momento, que resolvisteis tomar aquella venganza, ó rendir aquella honestidad vais en seguimiento de Jesus, para reiterar su muerte. Quantas veces satisfaceis un deseo criminal, llegais con la espada desnuda de vuestros delitos, y sin que las acogidas amorosas de su Madre puedan defenderle, le asesinais en su mismo seno. Será posible, que Jesu Christo Hijo de Maria, y hermano vuestro, ni aun en los brazos de su Madre ha de hallar asilo contra vuestro babaro furor? No os tiembla el corazon, y se os enfria la sangre, por el horror de vuestro atentado? Bello modo por cierto de compadeceros de las amarguisimas penas de Maria. Antendedla, que buelta á vosotros, os dice con lagrimas, y gemidos: Hijos mios, ya que mirais con neu-

neutralidad mis amarguras, no me las acrecenteis siquiera, despedazando con el hierro de vuestros delitos al inocente Hijo de mis entrañas? Perdonad á Jesus, que es vuestro hermano, y bastele haver sido una vez sacrificado por vosotros sobre el Calvario. Si teneis Fé, y os preciais de hijos de Madre tan tierna, y amorosa, enjugad sus lagrimas oyentes, acallad sus justas quejas, consoladla en sus aflicciones. Todo lo cumplireis á satisfacion desa Señora, no mas que con llorar amargamente vuestras culpas, que son clavos mas agudos á su corazon, que las penas mismas de Jesus, al decir de S. Bernardo: *Beata Virgo Maria plus doluit de peccatis nostris, quam de Filii sui acerbissimis pœnis.*

SERMON
DE GRACIAS
AL HALLAZGO DE LA IMAGEN DE N. S.RA
DE LA ASUMPCION,
ROBADA DEL CONVENTO DE S. JUAN de la Ribera dia 16. de Agosto del año 1762.

SECUNDUM MULTITUDINEM dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam. Psalm. 93. v. 19.

COn que es cierto, Señora, que haveis buelto á entrar en este Templo? Seais, pues, bien venida á vuestra casa. Contadnos vuestras aventuras en el tiempo, que haveis estado distante de nosotros? Decidnos el trato, que os han hecho los dias, que os hemos llorado ausente? Mas no Señora, no digais lo que os ha sucedido, pues para oir esta relacion, es menester primero hacer prevencion de lagrimas. Basta que nues-

nuestros ojos tengan el gozo de veros renovada en vuestra belleza antigua, para que yo considere como asunto de mi primera obligacion decir á tan florido, y piadoso concurso en nombre desta Venerable Comunidad: *Congratulamini mihi, quia inveni dragmam, quam perdideram*, (1) dadme los parabienes de mi dicha, pues al fin he venido á dar con la dragma preciosa, que havia perdido. Yo me veía sin esa joya, en cuya comparacion son estiercol todas las riquezas del Mar Persico, y con quien no merecen parangonarse, ni la perla de Cleopatra, ni la joya de Policrates, ni el diamante de Isabel Reyna de Bretaña. Yo llorava inconsolablemente el sacrílego robo desa dulce Madre, y no me concedia alivio, mientras no recibia avisos de su paradero. Vacilante entre la certeza del robo, y la duda del trato, que se haria á esa bella Imagen, pasava los dias entre afanes, y las noches sin reposo, semejante por esto á una tremula Calamita distante de su astro suspirado. Pero bendito sea Dios, á quien devemos haver buelto á esta casa la antigua alegria. Su Magestad se ha dejado obligar de los tiernos suspiros desta Comunidad, y ha tenido á bien enjugar las pupilas de los devotos Religiosos, que lloravan inconsolablemente la orfanidad de tan dulce Madre. Ausente la verdadera ar-

(1) Luc. 15. 9.

ca del testamento, y en manos mas desatentas, que las de los Filisteos, vivamos entregados á una tristeza tan profunda, que de ninguna otra cosa recibiamos alegria. Buelta aora al centro deste verdadero Pueblo de Israelitas, se apodera el gozo tan llenamente de nuestros corazones, que no nos deja arbitros, para prorrumpir en otras voces, que en aquellas: *Congratulamini mihi, quia inveni dragmam quam perdideram.* (1) No os maravilleis, Señores, pues la invencion desa Santa Imagen es un incentivo poderoso de nuestra alegria, principalmente por evitar el ultrage, que estaba recibiendo, y reparar el que havia ya recibido; pero tambien tenemos aun otra razon muy poderosa. No querais saber, Señora, los rumores, que con la ocasion de vuestro robo se esparcian contra el honor, y decoro desta Comunidad. Vuestra ausencia era una herida, que nos tenia desangrado el corazon, mas las voces, que la malignidad difundia, eran un golpe tan pesado, que el honor, y la reputacion (aun con los socorros de la paciencia) apenas lo podian tolerar. Gracias á Vos, Señora, que dejandoos hallar, y descubierto el agresor, nos haveis curado de dos heridas, y ambas agudas: la una abierta con la saeta penetrante de nuestra piedad, y de nuestro amor, la otra con la lengua maldiciente de los detractores.

Pe-

---

(1) Luc. 15.9.

Pero degemos esto á parte, y no rebolvamos memorias capaces de suscitar nuevos sentimientos. La verdad por sí misma ha descubierto nuestra inocencia, y ha condenado severamente los juicios de los impios. Nuestro gozo presente es igual á nuestra pasada amargura, y el honor que recibe esa Imagen en esta insigne solemnidad, con que es restituida á su casa, es una devida recompensa de los pasados ultrages. Aqui se ha cumplido á la letra lo que de sì mismo decia David, (1) alabando los consejos admirables de la Providencia: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.* Si Señores, el consuelo, y el gozo se han puesto en un justo equilibrio con las amarguras, y ultrages, que ha recibido esa Imagen. Alabad al Señor, y dadle magnificas gracias, mientras yo, engrandeciendo siempre los consejos de su Providencia, os hago ver haverse cumplido en esa Santa Imagen aquello de David, y que puede considerarse como un oraculo de lo que está pasando: *Secundum multitudinem dolorum meorum, &c.* Pidamos para esto los socorros necesarios de la gracia á la que oy particularmente deve mostrarse interesada en mi conduta: AVE MARIA.

SE-

(1) Psalm. 93. 19.

SECUNDUM MULTITUDINEM DOLO-rum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam. Psalm. 93. v. 19.

BAsta tener un rayo de luz del genio de Dios para considerarle prontisimo á substituir alegrias por lagrimas, suavidad por amargura, y honores por ultrages. Dad una ogeada á todas las historias, ó sagradas, ó profanas, y quedareis convencidos desta verdad. Su Magestad no tiene corazon para mirar nuestros afanes con indiferencia, ni para vernos afligidos, y ultrajados hasta el fin. Joseph sacado de las prisiones para montar sobre los brillantes coches de Faraon, Abigail pobre aldeana, levantada luego sobre el trono de David á ceñir su frente con Real Corona, y las lagrimas de Betulia convertidas en rubies con la sangre de Holofernes, son otros tantos testimonios de la conduta siempre constante de la Providencia, en hacer, que succeda la gloria al vilipendio, y á los ultrages el honor. Dejo á parte infinitos Principes, y Señores, quienes han subido al trono desde las carceles, y han devido sus fortunas á sus desgracias. Mas aunque faltáran todos estos sucesos, la magestad, y pompa de nuestra solemnidad es por sí sola un argumento harto concluyente de querer Dios poner en un mismo temperamento la gloria

y

y los ultrages, el consuelo, y el dolor. Observad el como de lo que voy á decir, y conferid dentro de vosotros, para ver si le quadra á esa Santa Imagen aquello del Psalmo: *Secundum multitudinem dolorum meorum, &c.*

Dia diez y seis de Agosto deste presente año mil setecientos sesenta y dos como á las cinco de la tarde llegó á aquel altar sacrilega mano, y tomando de su cama esa dulce Imagen, se salió deste Templo, llevando consigo el preciosisimo deposito. Yo me persuado, Señores, que tal atrevimiento hizo temblar esas paredes, que los Santos desos nichos cerrarian los ojos por no mirar maldad tan detestable, y que los Angeles llenos de horror con semejante vista se encogerian de ombros alabando el sufrimiento de aquel Dios, que por menor delito cometido contra el arca de la alianza, hizo morir de repente al Sacerdote Oza. Este Templo quedó sin esa joya del Cielo, pero el miserable delinquente partió tanto mas pobre, quanto mas rico. Llevandose la luz, caminava ciego, cargado con la medicina de todos nuestros males, contraìa la mas peligrosa enfermedad, y llevando en sus brazos la misma vida, se iva acercando aprisa á la muerte. Divulgóse esta noticia en nuestra Ciudad, y en todo nuestro Reyno, y fue recibida con tanta amargura, y dolor, que qualquier encarecimiento no pasará los limites de una justa ponderacion. Qué

no

no hay mas, Señores, que robarle á un corazon catolico su misma Madre Maria? Que digo á un Catolico? á un Español; aun mas, á un Valenciano. Creereis, que algun hijo de Valencia oyese sin lagrimas el sacrilego robo de nuestra Señora? Como si sobre el corazon de cada uno huviera caido una obscura nube, se veian todos poseidos de la tristeza, y del dolor. No havia rostro donde floreciese una risa, los mas avaros ojos no negavan las lagrimas, y todos davan á leer en sus semblantes la interior amargura del corazon. Robada á los Valencianos su dulce Madre, creía cada uno no deverse conceder reposo, hasta descubrir el sacrilego robador, y recobrar la etsimada prenda. Su costernacion me representa la de Ruben, quando no hallando en la cisterna á su amado hermano Joseph, (1) se abandonó por presa del dolor, y gritando por todas partes decia: *Puer non comparet, & ego quo ibo*? El niño Joseph no parece, triste de mí, á dónde me bolveré? Con semejante expresion, me parece á mí explicarian su sentimiento los Valencianos, doloridos del sacrilego robo de nuestra Señora. Nuestra Madre dirian, no parece, á dónde pues acudiremos por consuelo? *Mater non comparet, & ego quo ibo*? Ha! que es sobradamente dolorosa nuestra pérdida donde iremos á recibir informes para

su

(1) Genes. 37.

su hallazgo? *Mater non comparet, & ego quo ibo?* Somos hijos, pero la madre mas dulce, que satisfacia todas nuestras ansias con su vista, nos la han robado de nuestros ojos: *Mater non comparet, & ego quo ibo?* A dónde acudiremos por consuelo, si nuestra Madre ha sido arrebatada de sacrilega mano, y no sabemos el lugar de su habitacion? *Mater non comparet, & ego quo ibo?* Y si por ventura el robador será alguna fiera pesima, que hará estragos en la Imagen de la mas digna Madre, que jamás vieron los Cielos, y la tierra? En suma: nosotros miramos á todas partes, y no tenemos el consuelo de ver á nuestra Madre, á dónde, pues, iremos tristes de nosotros? *Mater non comparet, & ego quo ibo?* Ha! si, oprimidos de mil congojas y consumidos de la tristeza repetiremos mil veces en nuestra amargura: *Mater non comparet, & ego quo ibo?* Ha! que: *Mater non comparet, & ego quo ibo?*

No atribuyais, Señores, á una natural flaqueza, ó á un genio sobradamente fleble estas demostraciones tan excesivas de dolor. Haced vanidad de parecer amilanados, quando se trata de sentir haveros robado tan tierna Madre. Micha no deja de clamar, y suspirar, quando los soldados de Dan le saquean su casa, y preguntando por la causa de sus clamores, responde dolorido: *Es bueno que me haveis robado mis Dioses, y preguntais por la causa de mi sentimiento?* Labán segun la Escritura lo repre-

senta (1) no dejaria de llorar como un niño el robo de sus despreciables idolillos, y caminando en seguimiento de los robadores no dudo yo pretenderia obligarles primero con las lagrimas, y los suspiros, que con la fuerza. El al fin huviera conseguido la restitucion de sus idolos, si quando los buscó por los tentorios de Raquel, hubiera sacudido las mantas de los Camellos. (2) Nunca le vino al pensamiento á Labán, huviese valor en su hija, ni en su yerno para poner los idolos en un lugar tan humilde, y despreciable; pero á la verdad alli los hubiera hallado si huviese mandado levantarse á su hija que estava sentada sobre ellos. Yo tengo para mí, que èl sintió menos perder sus idolos, que huviera sentido hallarles en lugar tan poco digno.

Ay de mí, Señores! que ya estamos en el caso de deveros decir el sitio donde ha sido hallado este deposito, que el Cielo havia fiado á nuestra custodia. Cerrad vuestros oidos ó Angeles del Cielo, haceos sordos ó Santos desos altares, fortaleced nuestros animos, Señores mios, pues ciertamente no podreis oir sin horror, el lugar inmundo donde fue arrojada nuestra Señora. Degradada, pues, esa Imagen con el robo de su Corona, despojada de sus joyas, y vestidos, es arrojada á un lugar tan sucio, y

(1) Judic. cap. 18. (2) Genes. cap. 31.

y tan inmundo como pudiera ser aquel donde fue puesto el Salvador en casa de Caifas la noche de su prision. (1) Para dar un justo encarecimiento á tan execrable novedad será menester, que el mismo Jeremias (2) entone aquel terrible trueno? *Obstupescite Cæli super hoc, & portæ ejus desolamini vehementer*: ó Cielos! llenaos de horror sobre este caso, y no mantengais en pie mas vuestras puertas. Ojos mios, siempre avaros de lagrimas no las escaseeis aora para llorar á medida de mi dolor el ultrage, que padece mi dulce Madre. O entrañas mias dificultosas siempre á suavizarse, enterneceos aora á vista del sacrilego trato, que se hace á la Reyna de los Angeles, y Santos. Corazon mio dominado hasta aora de la dureza, derritete de sentimiento en detestacion de la horrenda injuria, que recibe la Madre mas tierna, y cariñosa. Los siglos aun no han acabado de murmurar el criminal exceso de los Griegos, los quales al Emperador Andronico Cameno le depusieron del trono, y paseado por las calles con desprecio sobre un jumento vil, le veian arrojando inmundicias en su rostro. Menos mal, pues, él era un tirano, que con homicidios, y crueldades pretendia afianzarse sobre el trono: mas que la Virgen nuestra Señora en esta Ciudad como Valencia, que vale decir, el centro de su devocion, y

(1) S. Bonav. medit. vit. Christi, cap. 75.
(2) Jerem. 2. 12.

el objeto de sus caricias, sea arrojada á un albañal inmundo, no puede oirse sin horror, ni acordarse á la memoria sin lagrimas.

Pero suspendedlas por aora, Señores, que conviene llegar á las floridas riberas del Nilo con los ojos enjutos, donde serán menester para derramarlas sobre un amable niño naufragante. Atended alli, oyentes, la Madre de Moyses, que acomoda al tierno niño en un canastillo. (1) Cierralo por todas partes, y se determina arrojarlo sobre las corrientes, exponiendo al amado infante á las inundaciones de las aguas, y á las gargantas de los Cocodrillos. No os doleis, Señores, de un niño tan agraciado, y tan amable expuesto á hallar luego sepultura en el vientre de los Cocodrillos, ó en el seno de las aguas? Madre cruel! Cómo tienes corazon para exponer tan francamente la vida de un tan dulce niño? Cómo tienes animo para desprenderte con tanta facilidad de una prenda tan tiernamente amada! Cómo hay valor en un pecho de Madre para tomar el oficio de verdugo de su mismo hijo? Es posible, que no te darás por obligada de su inocencia? Qué no te hará piadosa su hermosura? Qué no atenderás á las voces de aquella sangre, que te habla al corazon con una eloquencia, tanto mas persuasiva, quanto mas muda? Què haces Señora? ad-

(1) Exod. cap. 2.

advierte, que ese niño es un pedazo de tus entrañas. Pero dejadla, oyentes, que ella obra segun los designios de Dios. El corazon se le parte de pena quando estiende sus brazos para desprenderse del canastillo. Deja caer antes sobre el rostro del dulce niño rios de lagrimas, abraza mil veces el canastillo; ya lo vá arrojar, ya se retrae; abrelo de nuevo; mira el dulce niño, comuevensele nuevamente las entrañas, determinase á reservarle. Sientese otra vez movida á arrojar sobre las aguas el pequeño bagel, no puede contenerse, ya está resuelta, dale los ultimos osculos, despidese llena de amargura, se abraza tiernamente con él, y haciendose fuerza á sí misma, y al natural cariño tira sobre las corrientes el canastillo, pero con él vá el corazon, el alma, el afecto, la ternura, y mientras hondeando el canastillo camina sobre las aguas, ella se queda á las margenes del rio debilitada de llorar, y casi en los brazos de la muerte. Creereis, Señores, que el amor á Moyses fuè quien hizo parecer tirana á su misma Madre? No lo dudeis. La Madre de Moyses toma todas las medidas que puede, para conservar aun en el rio la vida del infante. Dejandole en el lugar de su nacimiento le exponia á un cierto peligro de perecer, segun el orden cruelisimo de Faraon; arrojandole al rio podia salvar su vida. Manteniendole en su casa le dava sentencia de muerte, exponiendole á las aguas le

le ponian en la contingencia de ser feliz. Entre una muerte cierta, y otra dudosa, ella eligió ésta, fiandole á seguir las aventuras de la Providencia.

Si no obstante, Señores, aun os doleis de la suerte de Moyses, y os sentís movidos á llorar sobre su desgracia, yo quiero que vuestras lagrimas sean mas preciosas haciendo dellas un justo tributo á nuestra Señora. No mireis ya mas la Madre de Moyses en el acto de arrojar á las purisimas aguas del Nilo al Niño amable. Atended á aquel hombre, tanto mas digno de nuestra lastima, quanto nos ha herido mas profundamente en el corazon de nuestra Madre, y dobladamente objeto de nuestra compasion, por ser reo de un delito, que no tiene nombre. Miradle, que manteniendo en sus brazos el mas rico tesoro de los Cielos, está determinado á hacer su deposito en un lugar inmundisimo. En vez de que Moyses es arrojado á las limpidisimas aguas del Nilo, Maria Señora nuestra es arrojada al inmundo cieno de una asquerosa acequia. A Moyses le arroja quien tiernamente le ama, á Maria Señora nuestra quien la aborrece. Con Moyses se toman prudentes medidas, para que no perezca, á la Virgen nuestra Señora le arrojan á lugar tan sucio, para que sea consumida de la podredumbre. El deseo de conservar la vida de Moyses obliga usar con él una crueldad aparente, mas aqui la impiedad, y la codicia son quienes aconsejan la

ac-

accion mas barbara, que puede imaginarse.

Yo, Señores, me he puesto muchas veces á pensar, qué huviera hecho para librar esa Imagen del padecido oprobio, si por fortuna mia huviera visto al famoso delinquente con la Virgen en sus brazos, resuelto ya á arrojarla á la inmunda acequia. Pareciame, pues, segun los alientos, que me inspira mi piedad, y mi devocion á esa dulce Imagen, que convertido en una furia hubieran sido debil barrera para detenerme todas las espadas. Huviera parado frente animosa á la misma muerte, y á todo arresto hiciera un esfuerzo magnanimo sobre mis fuerzas, para quitarle de los brazos la robada Prenda. Mas, si impedido á usar de las manos, tuviera libres solamente los ojos, y la lengua, atended en tal caso lo que hiciera: me arrodillaria en el suelo, y convertidos mis ojos en dos fuentes de lagrimas amarguisimas levantaria hasta el Cielo los suspiros, y los sollozos, y formando una alternativa dolorosa de gemidos, y de lagrimas, huviera pretendido ablandar su dureza, y suavizar su corazon. Mas si aun con esto no pudiera vencer su obstinacion, le huviera dicho: qué haces infeliz? Mira que caminas aprisa á tu perdicion. Dónde vás á arrojar aquella Virgen purisima, cuyo candor inocente es la admiracion, y gozo de los Angeles? Dios por un efecto de su Omnipotencia, y amor la libró del lodo de la culpa, y tú la vás á ensuciar tan

tor-

torpemente? Su limpieza es sobre su purisimo aseo de los Serafines, y tú pretendes manchar esa hermosura? Mira que vas á llamar sobre tí todas las iras del Cielo, todas las furias del abismo, y todos los odios de los hombres. Atiende, que es *Madre* tuya esa contra quien intentas una descortesia tan inhumana. En què ha podido esa dulce Imagen ofenderte, para tratarla con semejante rigor! Bien tendrás corazon para arrojarla? Dí, haz una breve reflexion, bien tendrás corazon para arrojarla? No te llena de horror el ánimo del pensamiento solo de tan loca temeridad? Ha! que no has mirado bien la gracia dese semblante. Mirala mejor, y dejate obligar del cariño, que inspira la vista solamente dese amable rostro. Pareceté si estarà bien entre los ascos ese espejo purisimo, en quien se miran los Serafines? No digas, que eres hombre, sino te deretraes de cometer un exceso tan criminal. Ea desiste, desiste de una accion, que deshonrará eternamente tu nombre, y te hará sugeto de las venganzas humanas, y divinas. No apartes el rostro, fija de nuevo tus ojos en esa dulce Imagen, mirala de espacio, y averguenzate de haver intentado contra ella un oprobio tan vergonzoso. Si te haces insensible á mis ruegos, y á mis suspiros, será fuerza, que yo mude de lenguage, y convertido todo en fuego me buelva á los Angeles llamando sus cuidados sobre esa Imagen. Principes podero-

si-

sisimos del Reyno de las Estrellas atended el ultrage, que vá á recibir vuestra gran Reyna. Estorvad el torpisimo desprecio con que es tratada vuestra Señora. Para que quereis las alas, sino acudís aora prontos á embarazar el sacrilego atrevimiento deste hombre. Derramad, si es menester, vuestros calices llenos de la ira de Dios. Desnudad vuestros aceros, y cortad los brazos dispuestos á arrojar de sí la prenda mas estimada, que sostienen. Desfogad vuestros enojos, y vuestras coleras contra quien provoca las venganzas del Cielo. Si teneis verdadero zelo del honor, y decoro de vuestra Reyna, qué haceis ociosos, sin hacer sentir los estallidos formidables de vuestro poder?

Mas que advierto yo Señores? el robador sacrilego no depone su obstinacion, los Angeles miran con horror, pero tambien con encogimiento el desprecio horrendo, que se vá á hacer á la Virgen; y entretanto es arrojada esa dulce Imagen á un lugar sucio, y abominable. Llevada de las inmundas corrientes hizo detencion cerca de un puente, donde fue hallada entre las inmundicias, y los ascos. Consumida de la mordáz acrimonia la encarnadura de cuerpo, y rostro, y caida luego en tierra á pedazos la tunica interior, quedó casi desnuda enteramente. Mudado su color optimo, obscurecida su belleza antigua, perdida la gracia, y hermosura, y con la falta de dos dedos, el uno del

pie, otro el indice de la mano derecha, y la mitad del mas pequeño de la mano izquierda, era obgeto dolorosisimo, capaz de sacar ternura de los peñascos. Ostentava la imagen de la antigua Jerusalen en los dias de su desolacion, y de su ruina, y qualquiera que la mirase con algun sentimiento de religion no seria tan avaro de lagrimas, que las negase. Pobre Imagen! puesta en lugar tan poco digno de sí. Quien huviera podido saber entonces donde parava tan dulce prenda, para hacerle algun obsequio, si no digno de recompensar tan horrendo ultrage, capaz à lo menos de desahogar algun poco un corazon amargo, y afligido. Señor, por qué no embiaste fanales del Cielo, que señalasen el lugar de tan preciosisimo deposito? Por qué no pusiste de guardia al rededor de la imagen de vuestra Esposa, y vuestra Madre alguno siquiera de aquellos fuertes armados, que en otro tiempo estuvieron encargados de guardar su dulce lecho? Merecerá menos vuestros cuidados la imagen de vuestra Madre que el cadaver de aquel Profeta embiado á Jeroboan? (1) Aora, pues, si á un Leon ordenaste estuviese de observacion guardando el cadaver del Profeta, por qué no renovaste aqui una maravilla semejante? Mas qué digo yo? pues que el prodigio, que se observó los dias, que esa Santa Imagen

(1) 3. Reg. 13. 24.

gen estuvo en el inmundo desaguador, tiene algo que cederle al del Profeta? Espectaculo digno ciertamente de nuestra ternura, y que ya no me atreviera á referirlo sino lo huviera visto autenticado en toda forma (*)

Sucedió, pues, que Gaspar Mathias, Labrador, y vecino del sitio donde fue hallada la Santa Imagen, tenia un Perrito de leche, el qual saliendose de su casa se puso sobre un puente, que está inmediato al lugar donde estuvo la Santa Imagen. Perseveró alli tan constantemente, que no havia diligencias, que bastasen á tenerle en casa. Quando para pasar alguno le obligavan con amagos, ó con golpes á apartarse, se observava, que luego inmediatamente se bolvia al mismo lugar. El Dueño le tomó algunas veces para llevarle á la Barraca donde estava la Madre, pero sin detenerle siquiera un punto el natural cariño, apenas le soltava de las manos, corria luego á ponerse sobre la puente. Todos los Labradores de aquel Vecindario hablavan de esta novedad, no sabiendo á qué atribuir el tesón de aquel Animalito en perseverar en un sitio, donde jamás havia sido visto hasta entonces. Por dos veces le observaron, que se arrojó bajo la puente cerca donde estava la Imagen de nuestra Señora, lo

 qual

(*) Informacion, que se halla en el Archivo de San Juan de la Ribera, recibida por Vicente Gimenez, Notario Apostolico, dia 10. de Octubre de 1762.

qual movió á Gaspar Mathias, Josef Monzó, y Bautista Mathias, para entrar en el desaguador á ver si hallarian algunas anguilas, como lo havian hecho en diferentes ocasiones. Bautista Mathias entró el primero, y al levantar una porcion de broza, y inmundicia halló esa Soberana Imagen medio enterrada entre las podredumbres, y los ascos. Pusieronla sobre un margen inmediato, y le encendieron luego dos luces, para hacerle el honor que podian en aquella repentina, é inopinada coyuntura. El Perrito desde aquel momento se fue á una Barraca de aquellas cercanias (como quien havia ya cumplido el encargo de descubrir el riquisimo tesoro) y desde aquel instante no se ha visto ya mas en aquel parage. Yo, Señores, haciendo varias consideraciones dentro de mí mismo reconozco este suceso como milagroso, pero no pretendo, que mi juicio sea tenido como una decision, porque no subo á este Pulpito á hacer oficios de Juez, ni de Fiscal; aunque no faltará verisimilmente quien quiera tomarse estos oficios movido del ocio, de la malignidad, ó de la embidia. Lo cierto es, que negar el hecho no puede atribuirse sino á una obstinacion ciega, y no reconocer en èl una maravilla obrada en obsequio de tan dulce Madre, no deja de ser una manifiesta falta de piedad. Entre tanto, pues, que la critica mas rigida, y menos pia, disputa inutilmente si el hecho fue milagroso, ó

na-

natural, yo llamo vuestras atenciones sobre las providencias de Dios. No os enterneceis, oyentes, con la relacion de un suceso, que tanto encomienda los cuidados de su Magestad sobre esa Imagen? Mientras Valencia oprimida de la tristeza dobla las diligencias para hallar la Santa Imagen, un Animalillo despreciable está de vela noche, y dia al rededor del preciosisimo deposito. Mientras tantas almas religiosas se afligen en los Claustros, pidiendo á su Magestad mostrase el lugar donde parava la dulce Prenda,. un Perrito le está señalando, haciendo el obsequio que puede á la Reyna de los Angeles, y hombres. Ha Señores! y mientras infinitos hijos de abominacion se entregan á los placeres mas vergonzosos, y á los combites (como si no les tocase sentir la ofensa hecha á la comun Reyna) un estolido Perrito deja el dulce regazo de su madre, descuida de su preciso alimento, y pasa mil incomodidades por no apartarse del lugar donde le tiene la Providencia. En suma: un Perrito señalando la venida ya proxima del mozo Tobias (1) enjuga las lagrimas de sus Padres, que le lloravan ausente, y poco menos que perdido, y otro Perrito señalando el lugar inmundo donde parava la estimada Prenda de los Cielos, trajo el gozo á esta Ciudad, y detuvo las lagrimas en las pupilas de

---

(1) Tob. cap. 11. v. 9.

de los que lloravan su pérdida. Yo alabo, Señores, los cuidados de Dios para que pareciese la Imagen de su Madre, pero me cubro de horror al acordarme solamente del lugar inmundo donde fue arrojada nuestra Señora. Hombre ciertamente infeliz el que tuvo valor para cometer un exceso tan criminal, pero afortunado aun en cierta manera, pues ha ofendido á una Madre tan tiernamente piadosa, que en el seno de su misericordia halla lugar qualquiera que la busca. Dichoso él, si seriamente dolorido de su delito acude por el perdon á la misma que agravió tan enormemente. La Virgen sobre ser de un genio inclinadisimo á compadecerse de qualquier miseria, se moverá aora particularmente á ser piadosa, por reconocerse deudora á sus ultrages del honor que recibe en este dia.

PARTE SEGUNDA.

SI Señores, yo no dudo decir, que esa Imagen es deudora oy dia á sus desgracias pasadas, como que ellas la han puesto en estado de recibir todo el honor que puede dar una Ciudad como Valencia. Moyses fue sacado del canastillo para criarse entre los esplendores de una Corte, y tener en el Palacio de Faraon el primer lugar, y la Virgen nuestra Señora ha sido sacada de un lugar tan sucio, para ser desde oy en adelante un idolo amoro-

roso de nuestra Ciudad, y de nuestro Reyno, no pudiendose dejar de verificar aqui tambien, que *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam*; ó sino aquel oraculo de Isaias; (1) *pro eo quod fuisti derelicta: ponam te in superbiam sæculorum, gaudium in generationem & generationem.* Porque suponed, Señores, que esa imagen no huviera sido tratada con tan vilisimo desprecio: en tal caso no recibiria oy dia en tantas lagrimas tantos tributos de los corazones, en tan magnifica pompa, y aparato tantas confesiones de su grandeza, en tantos conciertos de musicas, tantas alabanzas de sus virtudes. En consideracion de esto yo me atrevo decir, haverle sucedido en cierto modo á esa Santa Imagen lo que en los Fastos Pontificios se lee de tres altos Personages desterrados del lugar de su nacimiento. Fueron estos Juan, Julio, y Juliano, éste Romano, y los dos primeros Florentinos. Encontraronse una noche por casualidad en las riberas de Genova, donde cenaron juntos, sirviendo cada uno de consuelo al otro en sus comunes desgracias. Mas quièn huviera entonces tenido luces de los decretos de la Providencia, para anunciarles su futura felicidad? Pero quién huviera creido, sino á un oraculo del Cielo, que una scena de tan abandonados Prelados

(1) Isai. 60. 15.

dos devia convertirse luego en un Consistorio de *la* mayor autoridad sobre la tierra? El caso fue tan estraño, como verdadero. El casual encuentro de tres desterrados fue la vigilia de una conjuncion maxima de tres Planetas dominantes en el firmamento de la Iglesia. Las desgracias de sus destierros les abrieron camino á la Tiara, llegando á ser saludados todos tres con los Soberanos nombres de Julio II. Leon X. y Clemente VII.

Veis aqui, Señores, en este suceso una calificacion de la conduta siempre constante, que ha tenido en sus disposiciones la Providencia, y de que nos dá unas bellas pruebas en esa Imagen. Observad en ella, que al mal olor de aquellas inmundicias, succeden estos inciensos. El deshonor de aquellos ultrages es recompensado con la gloria, que recibe de tan floridos concurrentes. La pretension de que quedase sepultada en una misma asquerosa tumba su Imagen, y nuestra memoria, ha sido una conquista abundante de parciales. El golpe, que dió en todas partes el sacrilego robo, fue una voz imperiosa, que llamó las atenciones de los Pueblos. Por los doce dias, que estuvo solitaria en un lugar tan inmundo, se mantendrá siglos enteros sobre esas aras, cortejada de las Personas mas distinguidas, y mas ilustres. Por uno empeñado en quitarle la gloria, y el decoro, substituye esta ilustre Congregacion, instituida para desagraviarla de los

los ultrages recibidos, renovando todos los años este dia, en una magnifica solemnidad, el empeño en que oy entra de recompensar el deshonor con que ha sido tratada esa bella Imagen. Si Virgen purisima, si, el dia de vuestros oprobios es el que formará la epoca de vuestras glorias. Contad en adelante, aun mas que hasta aora, con el corazon de los Valencianos. Somos vuestros, y por vuestro honor, y decoro haremos mil veces un sacrificio gustoso de nuestra vida. Vuestra Imagen, antes poco visitada de la devocion, será en adelante un termino consagrado de nuestra Religion, y vuestra piedad. Señores, entremos todos con la Providencia en el empeño de recompensar el pasado ultrage de esa dulce Madre. Hagamos como un capital de honor hacerle olvidar el desprecio cruelisimo con que ha sido tratada.

Reverendos Padres, ya no diremos mas entre gemidos, como deciamos, llorando la ausencia de esa Señora; *Revertere Sulamitis, revertere, revertere, ut intueamur te.* (1) Ya la tenemos buelta á nuestra casa, mejorada en su antigua hermosura, renovada en su purisimo aseo, y poniendo fin á nuestras lagrimas, y principio á nuestro gozo. Pero no se nos olviden del pensamiento las obligaciones, que hemos contraido con Dios por este ha-

(1) Cant. cap. 6. v. 12.

llazgo, y los deveres de reconocimiento, y amor á que nos empeña esa dulce Madre. Demos á todos en nuestra conduta una idea, capáz de que conciban por ella la sinceridad de nuestro gozo, y el deseo, que se den magnificas alabanzas al Señor por esta invencion. Señora, quedad para siempre en nuestra casa, y tened presentes en toda ocurrencia las lagrimas, que nos ha obligado derramar el sacrilego robo de vuestra Imagen. Si el agravio le haveis recibido de un hijo de esta Ciudad, yo os presento por recompensa tantos Valencianos, para quienes no hay obgeto mas tiernamente amado, que Vos. Por el delito de uno no será justo sugetar los demás á las venganzas del Cielo. Todos somos hijos de vuestro amor, y hacemos vanidad de semejante filiacion. Señora una sola cosa voy á acordaros, y á ello me obliga la caridad. Bien sabeis Vos, Señora, que el titulo de Madre de Dios es el que levanta mas altamente vuestra dignidad, pero tambien sabeis, que de este titulo sois deudora en cierto modo á la flaqueza de Adan. Su delito os hizo Madre de Jesus pasible, y Redentor. La Iglesia llama feliz á la culpa, (1) pues mereció para su remedio á Jesu Christo. Ya me entendeis, Señora. Nada pretendo disminuir la grandeza de la culpa cometida contra Vos en el robo de vuestra Imagen. El robador

(1) *O fœlix culpa, quæ talem, ac tantum meruit habere Redemptorem.* Eccles. in bened. Cær. Pasc.

dor sacrilego ha cometido un exceso enorme, un delito atroz, no quiero disculparle. Pero mirad, Señora, esta culpa ha sido en cierta manera provechosa para Vos, pues os ha producido el dulce fruto del honor, que recibís oy dia en vuestra Imagen, y recibireis en adelante. Si no huvieseis sido ofendida tan enormemente, no mirariais á tantos empeñados en daros pruevas solidas de amor, de fidelidad, y de ternura. Qué hareis pues, Señora, sino perdonar á quien ofendiendoos os ha ganado parciales. No podeis dejar de reconocer á su delito como causa, á lo menos como ocasion de las grandes glorias, que estais recibiendo. Moveos pues, Señora, á compasion del triste deliquente, alcanzadle de su Magestad la misericordia, suavizad el corazon de los Señores Ministros inclinandoles á la piedad. Yo os ruego por las entrañas de vuestra misericordia, que hagais por el miserable reo un esfuerzo piadoso, y nos alcanceis á todos nosotros la gracia, y la perseverancia final en ella, como prenda segura de la Gloria: *Ad quam nos perducat*, &c.

FIN.

INDICE
DE LAS COSAS MAS NOTABLES contenidas en este Tomo.

A

An-

De-

Demostenes

E

Exemplo

En-

N

P

T

V